REVISTA DE CRITICA CULTURAL
NOV. 2005 Nº 32 $ 3.000

sobrepuesto, el que presenta manchas de
de sustancia [illegible] nada en el
de este lado y [illegible] erna posterio
ismas manch[illegible] alpicaduras e
cuello. Manchas de sangre y sustancia
observan también en la parte anterior y
lo izquierdo y cara anterior de la pierna
chas de sangre en forma de salpicaduras s
zapato derecho y parte interna de ambos
sangre y sustancia cerebral atricionada se
hombro, delantero, manga derecha y parte
menos cantidad en las mismas regiones de
nteriores también se presentan profusamen
pregnadas de sangre.

12 (8pp)

marcas y cicatrices

(revisitando la dictadura y la transición)

sed [illegible] th a
at presents stains of blood and impregnati
on t[illegible] ve a
erve the same stains and dilacerated cereb
left-hand side of the neck. Stains of blood
can also be observed on the front and left
sers. Stains of splashed blood can be obser
nside both socks. Stains of blood and dilac
observed on the shoulder, right sleeve, fro
aller quantities in the same area on the lef
t and pants are profusely

UNIVERSIDAD ARCIS

Magíster en
Estudios Culturales

Modalidad semipresencial

Directora académica:
Nelly Richard

Director ejecutivo:
Emilio Gautier

Coordinador académico:
Federico Galende

:: CLAUSTRO ACADÉMICO

Alejandra Castillo
Doctor (c) en Filosofía, con mención en Política

Isabel Cassigoli
Licenciada en Sociología

Jaime Donoso
Doctor (c) en Filosofía con mención en Literatura

Federico Galende
Doctor (c) en Filosofía, con mención en Estética

Carlos Ossa
Licenciado en Teoría e Historia del arte; Magíster en Comunicaciones Sociales

Carlos Pérez Villalobos
Doctor en Literatura y Licenciado en Filosofía

Sergio Rojas
Doctor (c) en Literatura y Magíster en Filosofía

Carlos Ruiz Encina
Magíster en Estudios Latinoamericanos

Miguel Valderrama
Doctor (c) en Historia

Rodrigo Zúñiga
Doctor (c) en Filosofía y Licenciado en Teoría del Arte

:: PROFESORES INVITADOS

Néstor García Canclini (México)

Jesús Martín Barbero (Colombia)

Beatriz Sarlo (Argentina)

Nicolás Casullo (Argentina)

Rossana Reguillo (México)

Leonor Arfuch (Argentina)

John Beverley (Estados Unidos)

Idelber Avelar (Estados Unidos)

Alberto Moreiras (Estados Unidos)

El Magíster en Estudios Culturales pretende avanzar en la comprensión de las principales corrientes de pensamiento teórico y crítico que informan nuestro presente, recurriendo a la transdisciplinariedad para generar una discusión actualizada de los autores que integran el corpus internacional y, especialmente, latinoamericano, de los estudios culturales, la teoría cultural y la crítica cultural.

El Magíster en Estudios Culturales busca analizar las nuevas coyunturas de saber y disciplinas en las que se debaten las ciencias sociales y las humanidades en América Latina; preguntarse por el lugar diferenciado del arte y de la literatura, del pensamiento estético, en el mundo de la globalización cultural y del consumo mediático; explorar las intersecciones entre lo político, lo social y lo cultural, por donde emergen nuevas prácticas de creación, de oposición política y de resistencia intelectual que, en la heterogeneidad de sus lenguajes y prácticas, desbordan la herencia formalizada de las tradiciones académicas.

El Magíster en Estudios Culturales está diseñado con la finalidad de ofrecer un programa de formación avanzada, a través del cual se obtengan diversas habilidades interpretativas, destrezas analíticas y conocimientos varios en torno a los grandes debates contemporáneos sobre universidad, cultura, política, estética, crítica, mercado y sociedad.

:: PLAN DE ESTUDIOS

El programa de Magíster en Estudios Culturales está constituido por un conjunto de actividades modulares (a distancia y presenciales) de dos tipos: 1) centrales (núcleo del curriculum vitae y análisis especializados) y: 2) complementarias (seminarios y eventos académicos y culturales) que -en su totalidad- establecen el programa de estudios que los estudiantes deben completar.

Este programa está pensado como un seminario de trabajo de lectura-informe. Los estudiantes examinan una completa bibliografía relacionada con cada uno de los problemas planteados por los módulos y elaboran sus documentos. Además al final de cada semestre se realiza un seminario concentrado de carácter presencial, donde se discuten las temáticas más relevantes con académicos invitados nacionales e internacionales.

Informaciones y Matrícula
estudiosculturales@uarcis.cl

Coordinación Académica
Federico Galende: 3866684

Unidad de Ventas
Mirza Cueto: 386 6646

:: MALLA CURRICULAR

- **Estudios Culturales I; los estudios culturales en la etapa de su proyecto formativo (la Escuela de Birmingham)**
- **Estudios Culturales II; los estudios culturales en el contexto de la globalización académica (Estados Unidos, Latinoamérica)**
- **Teorías críticas y pensamiento contemporáneo**
- **Estudios de la cultura visual y políticas de la mirada**
- **Literatura y formaciones de poder; lo latinoamericano, lo subalterno y lo postcolonial**
- **Marxismo y postmarxismo; hegemonía y luchas de sentido**
- **Identidades sociales y nuevas subjetividades críticas**
- **Ciudad y globalización: de lo letrado a lo global-mediático**
- **Proyecto de título I**
- **Proyecto de título II**

www.uarcis.cl

SUSCRIPCIONES

Suscríbete enviando esta colilla por correo

NOMBRE: _____

DIRECCIÓN: _____

CIUDAD, PAÍS: _____

TEL: _____ **E-MAIL:** _____

Me suscribo por Nºs:

Suscripción nacional: 2 años: 4 números ($10.000)
Suscripción internacional: 2 años: 4 números (U$ 60)

Extender cheque a nombre de: Nelly Richard
Revista de Crítica Cultural
Dirección: Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile

REVISTA DE CRITICA CULTURAL

Magíster en
Estudios Culturales

Modalidad semipresencial

UNIVERSIDAD ARCIS

Directora académica:
Nelly Richard

Director ejecutivo:
Emilio Gautier

Coordinador académico:
Federico Galende

:: CLAUSTRO ACADÉMICO

Alejandra Castillo
Doctor (c) en Filosofía, con mención en Política

Isabel Cassigoli
Licenciada en Sociología

Carlos Pérez Villalobos
Doctor en Literatura y Licenciado en Filosofía

Sergio Rojas
Doctor (c) en Literatura y Magíster en Filosofía

:: PROFESORES INVITADOS

Néstor García Canclini (México)

Jesús Martín Barbero (Colombia)

Beatriz Sarlo (Argentina)

cultural y del consumo mediático, explorar las intersecciones entre lo político, lo social y lo cultural, por donde emergen nuevas prácticas de creación, de oposición política y de resistencia intelectual que, en la heterogeneidad de sus lenguajes y prácticas, desbordan la herencia formalizada de las tradiciones académicas.

El Magíster en Estudios Culturales está diseñado con la finalidad de ofrecer un programa de formación avanzada, a través del cual se obtengan diversas habilidades interpretativas, destrezas analíticas y conocimientos varios en torno a los grandes debates contemporáneos sobre universidad, cultura, política, estética, crítica, mercado y sociedad.

totalidad- establecen el programa de estudios que los estudiantes deben completar.

Este programa está pensado como un seminario de trabajo de lectura-informe. Los estudiantes examinan una completa bibliografía relacionada con cada uno de los problemas planteados por los módulos y elaboran sus documentos. Además al final de cada semestre se realiza un seminario concentrado de carácter presencial, donde se discuten las temáticas más relevantes con académicos invitados nacionales e internacionales.

Informaciones y Matrícula
estudiosculturales@uarcis.cl

Coordinación Académica
Federico Galende: 3866684

Unidad de Ventas
Mirza Cueto: 386 6646

:: MALLA CURRICULAR

- **Estudios Culturales I; los estudios culturales en la etapa de su proyecto formativo (la Escuela de Birmingham)**
- **Estudios Culturales II; los estudios culturales en el contexto de la globalización académica (Estados Unidos, Latinoamérica)**
- **Teorías críticas y pensamiento contemporáneo**
- **Estudios de la cultura visual y políticas de la mirada**
- **Literatura y formaciones de poder; lo latinoamericano, lo subalterno y lo postcolonial**
- **Marxismo y postmarxismo; hegemonía y luchas de sentido**
- **Identidades sociales y nuevas subjetividades críticas**
- **Ciudad y globalización: de lo letrado a lo global-mediático**
- **Proyecto de título I**
- **Proyecto de título II**

www.uarcis.cl

Nº 32

- "Las derrotas son completas sólo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon" (una entrevista con Jorge Arrate)
NELLY RICHARD / 04

- El Palacio de la Moneda: del trauma de los Hawker Hunter a la terapia de los signos
PEDRO SANTANDER Y ENRIQUE AIMONE / 12

- La retórica de la marca y los sujetos de la dictadura
ISABEL PIPER / 16

- marchaRearme
11 de septiembre: una convocatoria abierta para rearmar los sentidos de nuestra historia / 20

- Luz Arce: militancia, colaboración, perdón (palabras desde la zona gris)
MICHAEL LAZZARA / 22

- La memoria pantalla (acerca de las imágenes públicas como políticas de desmemoria)
DIAMELA ELTIT / 30

- La imaginación concentracionaria del Golpe: el Estadio Nacional de Chile, lo siniestro y el fútbol
FELIPE VICTORIANO / 34

- El irrecuperable Allende de Guzmán
CARLOS PÉREZ VILLALOBOS / 44

- Allende, Guzmán y la estructura mítica de los sueños
FEDERICO GALENDE / 48

- Genealogía de la mediatización política en Chile (fragmentos de 1920-2005)
JUAN PABLO ARANCIBIA / 52

Imagen portada: *fulbelt, archivo plataforma* / Patricio Vogel / marzo-mayo 2005 / Galería Gabriela Mistral

Directora: NELLY RICHARD

Consejo Consultivo: DIAMELA ELTIT / FEDERICO GALENDE/ CARLOS PÉREZ V. / CARLOS OSSA / WILLY THAYER

Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile
www.revista-de-critica-cultural.cl

Publicidad y suscripciones:
ANA MARÍA SAAVEDRA / LUIS ALARCÓN
Fono / Fax: (56-2) 563 0506
E-mail: revista@entelchile.net

Diseño Gráfico: ROSANA ESPINO

Imprenta Salesianos

C
Fonds

Prince Claus Fund *for* Culture and Development

Hoge Nieuwstraat 30
2514 EL Den Haag
The Netherlands

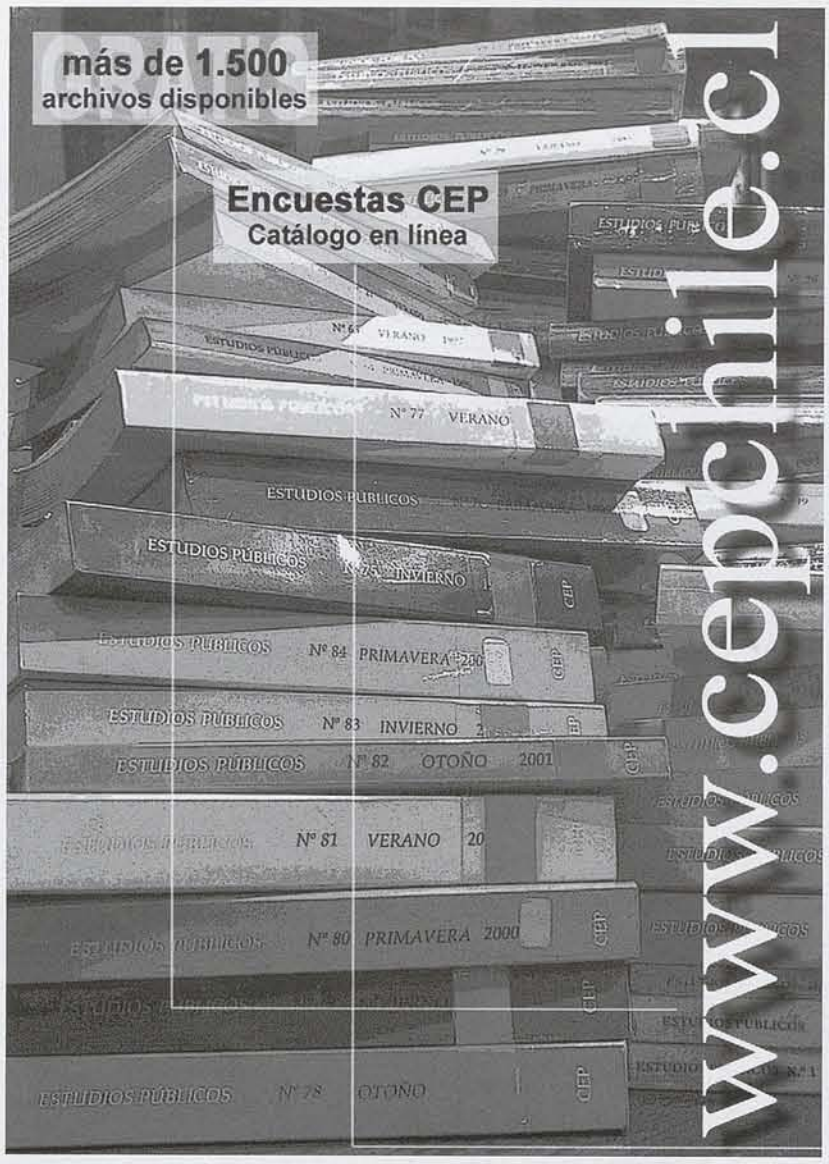
tel # 31 70 427 4303
fax # 31 70 427 4277
info@princeclausfund.nl
www.princeclausfund.nl

The Prince Claus Fund stimulates and supports activities in the field of culture and development by granting awards, funding and producing publications and by financing and promoting networks and innovative cultural activities. Support is given both to persons and to organisations in African, Asian, Latin American and Caribbean countries.

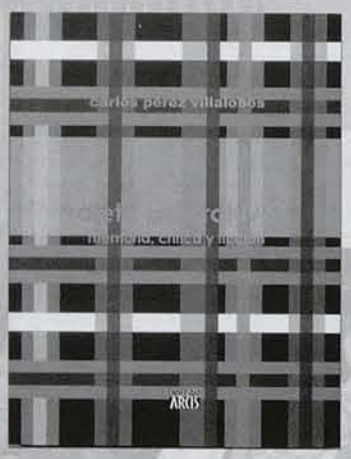
PATRIMONIO CULTURAL
Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Suscribase a Revista Patrimonio Cultural por $ 5000 anuales y reciba cuatro ediciones anteriores de regalo. Más información en: 360 53 20 - 632 4803 - patrimonio.cultural@dibam.cl

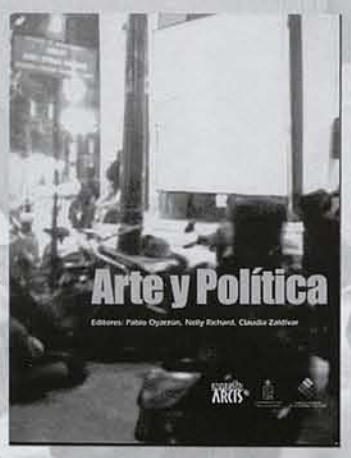
www.patrimoniocultural.cl



Librería ARCIS / Libertad 53 / fono: 3866412



Carlos Pérez Villalobos
Dieta de Archivo
Memoria, crítica y ficción



Pablo Oyarzun, Nelly Richard y Claudia Zaldívar editores
Arte y Política

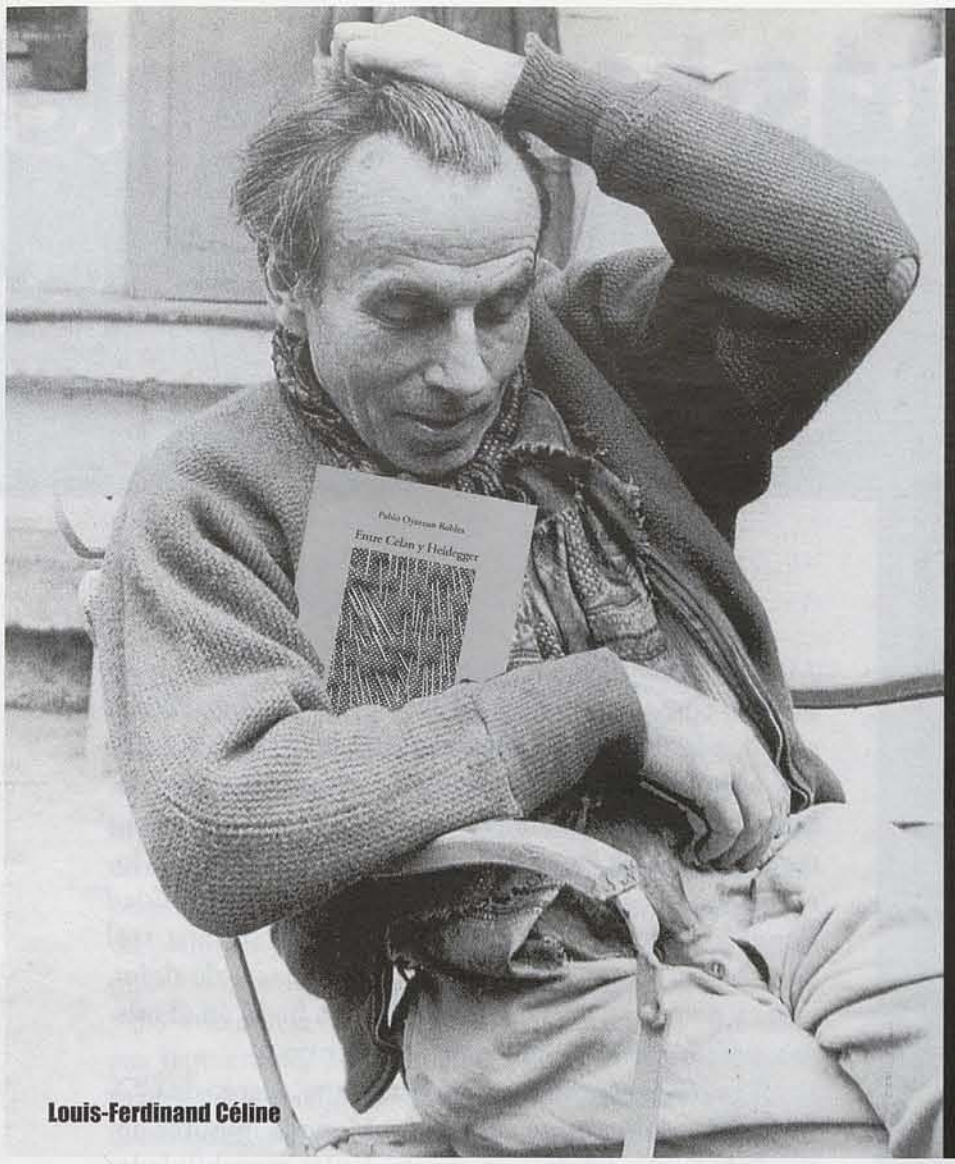
Leonardo León
Araucanía: la violencia mestiza y el mito de la "Pacificación", 1880 - 1900

Co-ediciones

Cecilia Sánchez
Escenas del cuerpo escindido
Universidad ARCIS/
Cuarto Propio

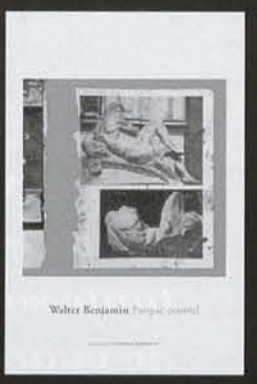
Carlos Ossandón B./
Eduardo Santa Cruz A.
El estallido de las formas
Universidad ARCIS/
LOM Ediciones

Eduardo Santa Cruz A./
Luis Eduardo Santa Cruz G.
Las escuelas de la identidad
Universidad ARCIS/
LOM Ediciones

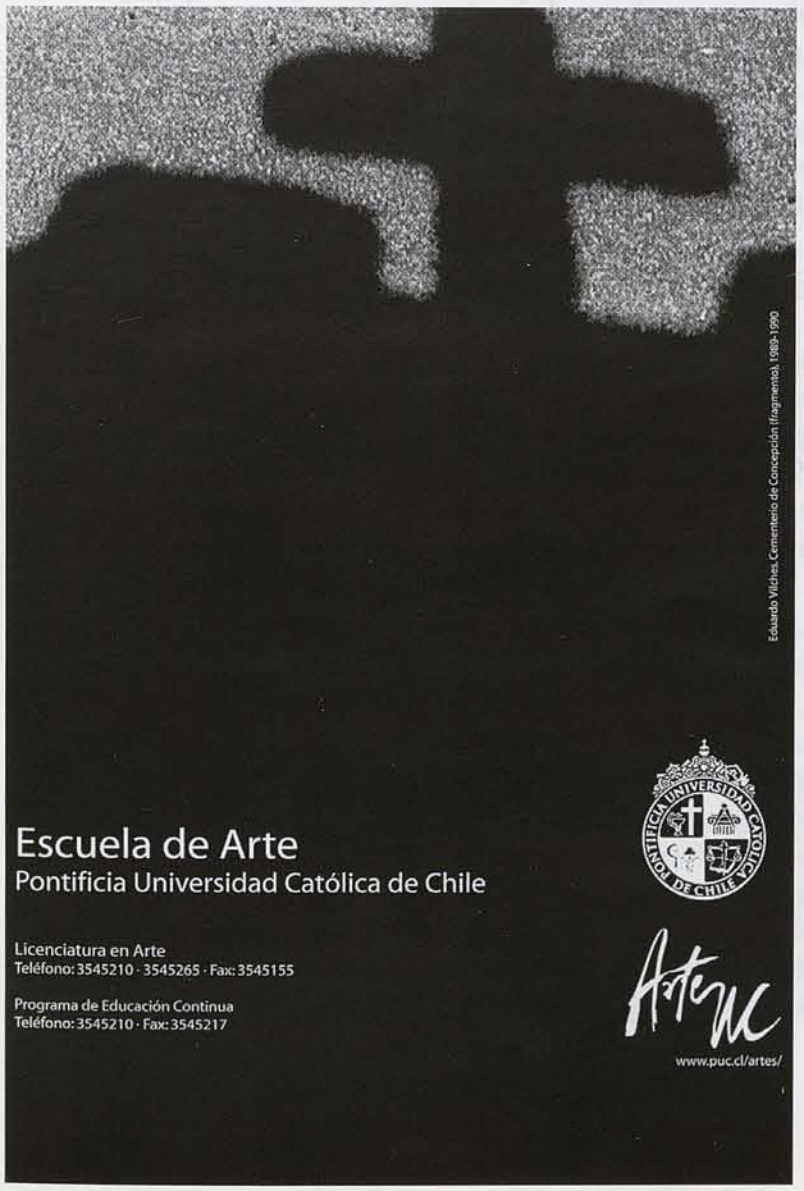


Louis-Ferdinand Céline

ediciones/ metales pesados



josé miguel de la barra 460
teléfono: 638 75 97
mail: mpesados@metalespesados.cl
web: www.metalespesados.cl

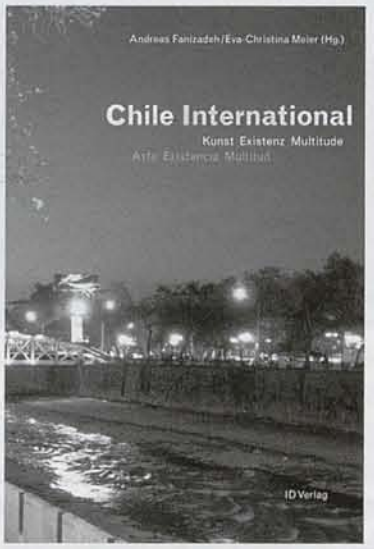


Escuela de Arte
Pontificia Universidad Católica de Chile

Licenciatura en Arte
Teléfono: 3545210 · 3545265 · Fax: 3545155

Programa de Educación Continua
Teléfono: 3545210 · Fax: 3545217

www.puc.cl/artes/



Andreas Fanizadeh
Eva-Christina Meier (ed.)

Chile Internacional
Arte, Existencia, Multitud

160 páginas con textos en alemán y castellano
numerosas imágenes
Berlín 2005

ID Verlag
http://www.idverlag.com
idverlag@t-online.de

Quince años después del regreso de la democracia algo se está moviendo. "Chile International" expone esto a través de ensayos, entrevistas, relatos e imágenes, relacionando también la experiencia chilena con debates artísticos y teóricos europeos.
Con la contribución de: Pedro Lemebel, Antonio Negri, Diamela Eltit, Juliane Rebentisch, Dirk von Lowtzow, Àlvaro Peralta Sainz, Jorge Calbucura, Galería Metropolitana, Hoffmann's House, Andrés Bucci, Elisabetta Zileri, Guillermo Cifuentes, Eva-Christina Meier y Andreas Fanizadeh

en venta: Librería Metales Pesados
José Miguel de la Barra 460, Santiago, Fono 6387597

"Las derrotas son completas sólo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon"

(una entrevista con Jorge Arrate)

Nelly Richard

Jorge Arrate es economista y abogado. Militante socialista por más de cuarenta años, vivió catorce en el exilio. A su regreso a Chile fue secretario general del Partido Socialista y, en el Congreso de la Unidad Salvador Allende (1990), asumió como presidente del partido unido. Ha sido cuatro veces ministro: en el gobierno de Salvador Allende y luego en los gobiernos de la Concertación de Patricio Aylwin y de Eduardo Frei.

Nelly Richard: *Jorge, te propongo que partamos recordando el fervor épico de los tiempos revolucionarios. Si tu participación en el gobierno de la Unidad Popular desfilara frente a ti bajo la forma de una secuencia cinematográfica, ¿qué imágenes te gustaría recortar y fijar?*

Jorge Arrate: El despliegue audiovisual para el trigésimo aniversario del golpe nos alimentó de imágenes, reafirmó algunas ya existentes, ofreció otras nuevas. Las imágenes de la memoria colectiva, nos guste o no, quedaron bastante establecidas, me parece. Entiendo, pues, que preguntas por mi archivo, por mi memoria, por impresiones personales intensas.

Durante los primeros seis meses del gobierno de Allende trabajé en La Moneda, a veinte metros de su oficina, como asesor económico. Tenía 29 años. Estaba allí cuando llegó la noticia del asesinato de Pérez Zujovic. Junto a mi amigo Arsenio Poupin, asesor jurídico, hasta hoy desaparecido, vimos llegar a los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas por la puerta de Morandé 80 y luego a los jefes de los partidos de la Unidad Popular. Allende usaba esa mañana de frío su capa azul de médico. No olvido su rostro, una mezcla de dolor, rabia y firmeza. Creo que él aquilataba bien, en el mismo instante, el significado de lo ocurrido.

Recuerdo septiembre de 1972. Estoy a cargo de CODELCO y Allende me llama a La Moneda minutos antes de la firma del decreto que fijaba las rentabilidades excesivas para la Gran Minería del cobre y que significaba que, en el caso de las dos grandes minas, no habría pago efectivo. Me pide que llame al Embajador de Estados Unidos en su nombre para informarle de su decisión. "Me comprometí a hacerlo antes de hacerla pública", me dice. Lo hago desde la secretaría del Presidente. Me late fuerte el corazón y también a Beatriz, a Payita, a Patricia, que están allí, tensas, entusiastas, alrededor del teléfono.

Recuerdo junio de 1973, el "tancazo". Ya es crepúsculo y los amotinados han sido reducidos. La multitud está en la plaza, frente a La Moneda y muchos gritan "a cerrar, a cerrar, el Congreso Nacional". Siento ahí nuestras dos almas, la imprudente y la prudente, la desafiante y la moderada. No eran, creo yo, de unos u otros. En mayor o menor medida todos teníamos dos almas.

Recuerdo estar en Montevideo y escuchar la Radio Carve, flash urgente. "El Presidente Allende se ha suicidado". Era el 11 de septiembre. En fin...

N. Richard: *¿Cómo redimensionas hoy la figura de Allende, en el contexto de las luchas ideológicas y las tensiones partidarias de la Unidad Popular ?*

J. Arrate: Las derrotas son completas sólo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon. No es el caso de los derrotados del 11 de septiembre de 1973. Hay explicaciones para la fortaleza de su memoria, pero una es la principal: Salvador Allende.

Treinta y dos septiembres he recordado y pensado una y otra la figura de Allende y veo, digno, sereno, al constructor de justicia, al luchador por el socialismo. Pero con el tiempo emerge para mí un Allende más "incómodo". He ido descubriendo un Allende inconfortable, portador de anomalías y desórdenes, un gran crítico de la sociedad capitalista latinoamericana de su tiempo pero también un crítico de los modos que la izquierda propuso para cambiarla. Allende tuvo un accionar político inconformista, indócil, rebelde, que coincidió y disintió con la izquierda o las izquierdas (su izquierda, sus izquierdas), normalizadas por ese entonces, en su mayor parte, en discursos teóricos sólidamente establecidos que aspiraban a clasificar y dotar de "regularidad" al discurso allendista.

Es que el proceso chileno al socialismo era surcado por corrientes subterráneas. En 1970 la Unidad Popular asumió el gobierno con el lastre de las disfuncionalidades provenientes del pasado, de esa contradicción entre el proyecto que surgía triunfante pero aún no realizado (inada más que la victoria de una insólita esperanza!) y las posiciones teóricas consolidadas, probadas en otras latitudes y con la apariencia, entonces, de cierto grado de éxito. Allende obviamente no podía reescribir el pretérito: la fuerza con que contaba era la que existía, con sus incuestionables virtudes y sus innegables limitaciones. No tenía otra alternativa que superar las dificultades sobre la marcha. Y, como también era esperable, este hecho constriñó severamente los márgenes de libertad del Presidente para actuar y redujo severamente las opciones disponibles. Desde este punto de vista es posible sostener que los partidos de la izquierda protagonistas de la Unidad Popular, más allá de sus aportes impresionantes a la generación y desarrollo de un proceso, de su probada lealtad y heroísmo, y eventualmente de su razonamiento político en alguna coyuntura más afinado que el del presidente, constituyeron una fuerza más normalizada, apegada al canon teórico, mientras Allende, en posiciones contra la corriente, teóricamente no consagradas, por eso mismo mucho más complejas que los recetarios vigentes, fue más innovador y levantó con su acción una crítica de la izquierda chilena mucho más profunda que las autocríticas "oficialistas" que circulan hasta hoy.

N. Richard: *Después del golpe militar, la izquierda comienza a elaborar relatos autocríticos de su propia historia para tratar de comprender y analizar lo que fue vivido trágicamente por ella como fracaso y derrota. Si tuvieras que dejar consignados hechos y razones frente al "tribunal de la historia", ¿qué anotarías como principales méritos, impedimientos y desaciertos, en la conducción del proceso de la Unidad Popular?*

J. Arrate: El intento de la Unidad Popular es el único momento en nuestra historia en que un proyecto político propone –y parece poder conseguirlo– un cambio real del signo del poder central imperante por siglos. Ni el Alessandri del año 20, ni el Frente Popular de 1938, ni la Revolución en Libertad de Frei, tuvieron ese significado. No cambiaron el signo del poder, lo acomodaron, con cambios importantes, sin duda, pero sin afectarlo esencialmente. El proyecto de Allende es un cambio programado e intencionado de una sociedad capitalista hacia una socialista, más allá de las imprecisiones o debates sobre el concepto de socialismo. Para decirlo en términos de una vieja canción revolucionaria, se trata "que la tortilla se vuelva"... "Que los pobres coman pan y los ricos mierda, mierda", decía esa canción de mis tiempos de estudiante. Esa es la grandeza del proyecto allendista: querer sustituir una sociedad clasista, desigual y autoritaria por una igualitaria y democrática.

Los debates sobre la gestión de gobierno de la Unidad Popular no carecen de interés, pero deben ser puestos en ese contexto. La Unidad Popular se equivocó en políticas específicas (todos los gobiernos se equivocan), pero ese período no puede ser analizado con una óptica tecnocrática. Había un proceso social que apuntaba a revertir el orden vigente y sus adversarios actuaron con todas sus armas. Se trató de un enfrentamiento político total en que la economía fue un campo de batalla.

Entre las equivocaciones de la Unidad Popular hay dos que tienen un significado mayor: una, no haber dado más potencialidad a la instancia plebiscitaria y dos, no haber ejercido las facultades presidenciales que le permitían erradicar de las Fuerzas Armadas a los sectores golpistas. El uso de estos instrumentos podría haber facilitado el esquivo entendimiento con los sectores políticos que no acompañaban el proyecto pero tenían una vocación democrática básica, como la Democracia

Cristiana. Por otra parte, reconozco, podían acelerar la dinámica golpista.

N. Richard: *Cuando dejas Chile y partes al exilio, ¿cuál era el clima de encuentros y desencuentros que se vivía en el interior del Partido Socialista?*

J. Arrate: Una precisión: nunca salgo de Chile para exiliarme. Parto a fines de agosto a una misión de gobierno: la gira anual de desarrollo de mercados del cobre. Voy a Berlín, Moscú y Tokio y cuando estoy en Moscú me instruyen desde el Partido Socialista para que regrese de inmediato a Chile. Mi avión llega el día del golpe y no puede aterrizar. Quedo varado –"anclao", hubiera dicho Gardel– en Montevideo y Buenos Aires. Vuelvo catorce años más tarde.

El Partido Socialista fue durante la Unidad Popular el mejor representante de esas dos almas de que te hablé. La imagen de un Partido Socialista en conflicto permanente con Allende es errada. Los principales colaboradores de estrecha confianza de Allende eran socialistas, la masa socialista era decididamente allendista. Había también socialistas más críticos, con diversos matices. Algunos de ellos en la dirección del Partido. Altamirano tenía críticas, pero estaba firmemente comprometido con Allende, de quien, además, era un amigo muy cercano.

Por otra parte, en la historia presidencial de Chile ha sido casi inevitable el conflicto entre el Presidente y su partido. En el gobierno de Aguirre Cerda, los radicales se retiraron del gobierno. En el de Frei Montalva, se dividió la Democracia Cristiana. El proceso que encabezó Allende era mucho más complejo. Se trataba de una experiencia nueva, desconocida. Era natural que hubiera puntos de vista encontrados.

Para responder directamente tu pregunta: creo que a fines del gobierno de Allende las relaciones al interior del Partido Socialista y de éste con el Presidente eran tensas pero no alteraban, en última instancia, el apoyo al gobierno y al proceso.

N. Richard: *¿Cómo se fue desarmando y rearmando tu vida en el exilio?*

J. Arrate: La vida en el exilio está marcada por dos cosas: la ansiedad por volver y la incertidumbre sobre cuándo será posible. Entonces, obviamente, es una vida deshilachada y, para gente como yo, obsesionada por el objetivo de deshacerse de la dictadura, botar a Pinochet. Tuve el privilegio de dedicarme a eso durante catorce años.

En la reunión de la izquierda (Unidad Popular y MIR) en La Habana, en octubre de 1973, fui designado Secretario Ejecutivo de la oficina coordinadora internacional de la solidaridad. Se llamó Chile Democrático y se estableció en Roma. Me establecí allí por dos años. La Fundación Friedrich Ebert me otorgó una beca para escribir mi experiencia con la nacionalización del cobre. Fueron dos años en que el movimiento político y social italiano e internacional contra la dictadura fue espectacular. Pero mi Partido Socialista había establecido oficina en Berlín, en la República Democrática Alemana, tras la "cortina de hierro". No era lo más adecuado para el PS que había sido siempre un partido antistalinista y muy crítico de la experiencia soviética. Pero Berlín ofrecía seguridad para dirigentes como Carlos Altamirano, a quien –se supo posteriormente- planearon asesinar en seis oportunidades. Luego de dos años en Roma partí a Berlín a hacerme cargo de la Secretaría de Relaciones Internacionales del PS. Fue toda una experiencia. Debí viajar mucho, pero, en particular, fue interesante conocer por dentro el "socialismo real". Confirmé mis aprensiones de socialista: había una mayúscula falta de libertad. Al mismo tiempo era una sociedad bien igualitaria y la capa dirigente mantenía costumbres más bien sobrias. Había salud, educación, trabajo, alimento, entretención para todos. Había excelente ópera, muy buen teatro clásico, mucho Brecht, pintura clásica, museos, pero nada vanguardista, nada que rompiera los cánones consagrados. Pero no se podía leer lo que se deseara, las noticias eran censuradas, no se podía salir del país sin permiso especial. En mi caso podía hacerlo porque tenía una visa múltiple, pero se trataba de un privilegio de los dirigentes chilenos. Entonces Orlando Letelier propuso crear un centro en Europa Occidental, en Holanda. El proyecto se aprobó poco tiempo después de asesinado Orlando y me fui a Rotterdam a dirigir el Instituto para el Nuevo Chile, que funcionó catorce años financiado por el presupuesto fiscal holandés. Ayudar a reestablecer la democracia en Chile era para los holandeses una política de estado.

Fue una época muy fructífera y muy polémica. Llegué a Holanda en 1977 y dos años después el Partido Socialista se dividió. Lo dividió el muro de Berlín, pensaba yo. Un sector se había apegado más a concepciones marxista-leninistas y a las posiciones soviéticas. Otro, al que yo me adscribía, rescataba el marxismo de la declaración de principios ("rectificado y enriquecido por el avance científico y el constante devenir social", decía la frase afortunada de 1933), era crítico de los soviéticos y miraba con particular interés el eurocomunismo y el socialismo europeo de izquierda. La división fue durísima: estábamos repartidos en decenas de países y cientos de ciudades y con una conexión difícil con Chile, donde la dictadura alcanzaba su momento más fuerte. La "renovación socialista" comenzó a difundirse. La renovación original, no la que luego en los noventa iría adquiriendo otras aristas. Los seminarios, debates y publicaciones del Instituto sirvieron de canal para estos materiales, si bien no los únicos porque el Instituto no era un centro socialista: había radicales, demócratacristianos, izquierda cristiana. Y sus actividades eran abiertas a todos.

Para mí lo más interesante que hicimos fueron las Escuelas de Verano. Empezaron en Rotterdam en 1981, en 1985 se trasladaron a Mendoza, en la frontera, y luego

hubo un par en Santiago y varias en regiones. Las escuelas eran un esfuerzo cultural, más que político. En ese sentido es lo más próximo a lo que creo que Lechner hubiera llamado "los desafíos culturales de la política", algo tan ausente de la política de hoy y de la comprensión de la mayoría de quienes la ejercen. En la primera escuela nos invadió el feminismo, el tema de la igualdad social de la mujer. En la segunda, nos coparon los poetas jóvenes con su irreverencia y su fantasía. En fin, los temas medioambientales, el pensamiento gramsciano, el teatro, la literatura latinoamericana, hasta el tarot, fueron temas de las Escuelas. Todo era posible allí, nada era censurado. Trabajábamos con varias aulas en paralelo. Cada cual elegía su conferencia, su cursillo, su seminario. Iba gente de Chile a Rotterdam y llegaban chilenos y latinoamericanos de más de veinte países. Luego, la gente de Europa tomaba vacaciones y partía a Mendoza (los que podían cruzaban a Chile) y centenares de chilenos salían desde todas las regiones para ir a Mendoza. En esas escuelas siempre había al menos una aula libre para que si alguien llegaba con la intención de enseñar o de exponer tuviera un sitio disponible. Nosotros no éramos, naturalmente, responsables de que alguien quisiera escucharlo, pero podía abrir cátedra, por así decirlo.

Cuando volví a Chile en 1987, luego de mis tres intentos frustrados de 1984 y de varias solicitudes de ingreso rechazadas, el Instituto ya estaba en Chile y volví a asumir la dirección en Santiago. Comenzaron entonces los años de la transición.

N. Richard: *¿Cuál es la nueva comunidad de ideas con la que entras en diálogo durante el exilio? ¿Cuáles son los encuentros y las lecturas que van modificando tu universo de referencias teóricas y políticas sobre la izquierda?*

J. Arrate: Conocí Cuba poco después del 11 de septiembre de 1973. Fue un impacto importante, un mundo que conocía de oídas. Vi una revolución en pleno desarrollo que proponía una visión que en América Latina había ganado prestigio y presencia. Sólo Allende en Chile había reclamado el derecho a la excepción: postulaba una vía no violenta versus la idea de la lucha armada que era predominante. Pero acababa de ser derrotado en su empeño. Creo que, entre nosotros, ese fue un momento de máxima atracción por la Revolución Cubana.

Llegué a Italia convencido que, para evitar nuestra derrota, debíamos haber sido más radicales. Otra línea, en ese entonces la del Partido Comunista, proponía un análisis más centrado en nuestra débil capacidad de aliarnos con el centro.

Poco a poco intenté entender la política italiana. Cuando yo llegué, Berlingüer acababa de producir sus famosas "Reflexiones sobre los acontecimientos de Chile", publicadas en dos números consecutivos de la revista del Partido Comunista Italiano *Rinascita*. El "compromiso histórico" berlingüeriano me pareció una posible aproximación para Italia, pero no para Chile.

Pero la atmósfera política italiana era de grandes debates y teóricamente densa. Para gente como nosotros que consideraban la teoría como instrumento indispensable y que habíamos tenido una exposición sólo a los clásicos como Marx, Engels y Lenin, el debate teórico italiano de los setenta era inevitablemente atractivo. Yo no era un gran teórico, al estilo de otros que existían en la izquierda chilena, pero era un militante fuertemente interesado en los desarrollos de la teoría. El Partido Socialista me había formado en la curiosidad intelectual y en un cierto espíritu crítico. Había leído a Kardelj el teórico de la autogestión yugoslava, a Mao, y conocía los principales textos de dos polémicas inolvidables: en Chile, la polémica socialista-comunista sobre el concepto de "campo socialista" y en el plano internacional, la polémica chino-soviética de los sesenta. Entonces, me aproximé a la discusión italiana sin prejuicios.

En Italia conocí a varios altos dirigentes e intelectuales comunistas que habían luchado contra el fascismo y que ahora impulsaban la línea eurocomunista. Conocí a Santiago Carrillo, el secretario general de los comunistas españoles, a Rossana Rosanda, la fundadora de *Il Manifesto*. El personaje que más huella dejó en mí fue Lelio Basso, uno de los grandes luxemburguistas, que me incitó a leer a Rosa Luxemburgo, y cuya carrera política me impactó mucho: era senador vitalicio –un homenaje a los héroes antifascistas– independiente de izquierda: había sido secretario general del Partido Socialista Italiano pero lo había derrotado la conjunción de la corriente maximalista con la corriente más moderada, de neto corte socialdemócrata. Basso era quien me provocaba más resonancias chilenas. Por lo demás lo había conocido en Santiago en 1972 durante un seminario internacional.

Para mí fue decisiva la lectura de Gramsci. La obra de Gramsci recién se difundía universalmente, se traducía a otros idiomas. Empecé a leer los *Cuadernos de la Cárcel* en italiano, en la versión que había preparado Togliatti, en Roma. Entonces partí a Berlín y me llevé cuanto libro de Gramsci y sobre Gramsci había en las librerías romanas. Terminé leyendo los *Cuadernos* en la versión del Instituto Gramsci, de Valentino Guerratana, en mi pequeña oficina en la casona que cobijaba a la dirección del Partido Socialista en un pueblito típicamente prusiano en las afueras de Berlín. Claro, para leer me encerraba en la oficina y colocaba sobre el libro alguna revista, generalmente *Tiempos Nuevos* o la *Revista Internacional*, ambas publicadas en la URSS, para que si alguien entraba no viera que estaba leyendo a Gramsci. Nadie lo prohibía en el Partido Socialista pero mis primeras menciones a sus textos causaban una sonrisa o movían a comentarios algo burlones. En Berlín armé un gran fichero de Gramsci con la intención de escribir un libro, pero nunca lo hice. En cambio, en 1976 publiqué en la revista *Chile América* un artículo sobre las famosas

notas sobre Maquiavello de Gramsci, polemizando con José Antonio Viera Gallo que había hecho otro tanto. Mi visión era, por supuesto, más radical que la de él...

De los alemanes aprendí poco. Trabajaban básicamente consignas, códigos, no porque no tuvieran grandes teóricos, sino porque eran considerados herejes. Así ocurrió con Bahro, con Haldeman y otros que fueron publicados en Occidente.

En 1977 partí a Holanda y el impulso gramsciano recorría ya segmentos importantes de chilenos socialistas, comunistas y mapucistas. Creo que ese es el origen de la "renovación", en Chile y afuera. En Chile con los aportes de Faletto, Moulian, Brünner y Manuel Antonio Garretón, y de Tironi y su grupo que trabajaban el concepto de "nuevo sujeto popular". Afuera con la contribución que hicimos junto a Altamirano y que luego tuvo ecos en México y otros sitios del exilio latinoamericano. En los años de Holanda fui invitado un par de veces a los inolvidables encuentros que se llamaban "Foro Internacional del Socialismo" y que organizaban todos los años los yugoslavos en Cavtat, un balneario al lado de Dubrovnik, donde utilizaban la gran capacidad hotelera luego de la temporada veraniega. Allí asistí casi como quien va a un espectáculo y mis intervenciones escritas fueron siempre modestas y de tono menor. Es que la asistencia era impresionante: allí iban socialistas de todos los pelajes, desde los ortodoxos soviéticos y alemanes, pasando por los renovadores polacos y húngaros, los autónomos yugoslavos, los eurocomunistas, los comunistas ortodoxos, los socialdemócratas de izquierda, los trotskistas, los heréticos chinos y toda la fauna guerrillera y partidista de América Latina, Asia y África. Conocí allí a Lefevre, a Coletti, a Gruppi, a Thernborn, a Vranicki y a muchos más que he olvidado, que eran las grandes luces del marxismo de la época. Debatían sobre todo de tres importantes cuestiones: si el marxismo estaba o no en crisis, cómo conjugar socialismo y democracia, cuál era la naturaleza de los regímenes comunistas de Europa Oriental.

A veces, cuando oigo discutir sobre la evolución del socialismo chileno y algunos lo acusan de proclividades socialdemócratas, me da algo de risa. En realidad, nunca me reconocí como tal, en cambio si tuviera que identificarme con una corriente de pensamiento, por el impacto que tuvo en mí, diría que es el eurocomunismo de inspiración gramsciana.

Nunca consideré ésta como la asunción de una nueva identidad política. Por eso nunca quise hablar sólo de "renovación", sino también de "rescate". Mi primer libro usa en su título ambos términos. Porque Eugenio González, la Introducción al Programa de 1947 del PS, la idea de autonomía de los fundadores del socialismo –que implica diversidad dentro del movimiento socialista– y que relevara especialmente Raúl Ampuero, y las intuiciones teórico-políticas de Allende en el ámbito de la relación entre democracia y socialismo, constituyen conceptos que perfectamente engarzan con los desarrollos eurocomunistas de los setenta y parte de los ochenta.

En fin, como tú ves se trata de un mundo de ideas post sesentistas que, sin embargo, trataban de ser respetuosas de los impulsos vitales de los sesenta. Creo que la capacidad de teorizar se fue perdiendo en la izquierda chilena (y universal). No ha desaparecido, pero hay que vitalizarla, en especial entre quienes practican la política. Hay entre nosotros grandes teóricos y grandes prácticos, pero ha tendido a desparecer la figura del político con marco teórico.

Nuestra visión de entonces adoleció de dos grandes vacíos. Uno, teorizamos poco sobre el mercado, sobre la relación entre democracia y mercado que hoy me parece más crucial que la relación entre democracia y socialismo. No percibimos, en especial los socialistas chilenos que participamos en la "renovación", que el mercado es una amenaza constante y creciente sobre la democracia. Dos, trabajamos muy poco los teóricos postmodernos, algunos de los cuales, como Foucault, sugieren cruces de gran interés con el mundo conceptual gramsciano. ¿Cómo se relaciona el concepto gramsciano de hegemonía con la idea foucaultiana del poder? Es por esas y otras debilidades que la "renovación" se convirtió en "post renovación" y la "post renovación" en "ultra renovación".

N. Richard: *Como en todas las transiciones del Cono Sur, después de tanta crueldad y violencia sobre los cuerpos (desapariciones, torturas, etc.), fueron altas las perspectivas de que se hiciera justicia en materia de derechos humanos en Chile. La célebre frase de Aylwin ("Justicia en la medida de lo posible") le puso un límite de pragmático relativismo a esta demanda de justicia que, desde el punto de vista de las víctimas, no puede sino ser absoluta. Se instauró el oficialismo del consenso que operó como una lógica de reunificación y, a la vez, de desactivación de los conflictos. Sólo con la captura de Pinochet en Londres, pudo desatarse la rabia y la frustración de las víctimas. ¿Cómo evalúas lo que ha ido pasando con el tema de los derechos humanos, de las relaciones cívico-militares, durante los gobiernos de la Transición?*

J. Arrate: La cuestión de los derechos humanos ha sido en estos quince años un espacio natural de enfrentamiento. Lo es en todas las transiciones como las nuestras, o en casi todas. Ese espacio ha estado lleno de pequeños y grandes combates, de pequeñas y grandes concesiones, de muchas ambigüedades.

Creo que el curso de ese enfrentamiento tiene que ver, en parte, con los roles predeterminados de los protagonistas. Como tú bien dices, para las víctimas no hay otra opción que la justicia absoluta o justicia máxima. Para los victimarios, siempre habrá un abanico: justificaciones, arrepentimientos, negativa a reconocer la verdad, búsqueda ansiosa de la impunidad a toda costa. Son pocos, si es que los hay, los que enfrentan valerosamente la verdad de su conducta. Los gobiernos, por otra parte, responden a su función normalizadora. Todo gobierno es normalizador, salvo que promueva una revolución,

y no es el caso en las transiciones. Acarrea como herencia una responsabilidad de Estado que nunca es neutral: está marcada por los sellos de ese Estado, seguramente clasista, discriminador, más o menos autoritario. Su signo más reciente, la tinta más fresca, es la impresa por la dictadura que ha precedido a la transición.

En ese sentido creo que hay que considerar la ambigüedad de la frase de Aylwin. Hay en ella un cierto espíritu de veracidad, de no hacer demagogia. Nos dice que la justicia puede tener límites, que los tiene, y –no cabe duda– eso favorece a los que buscan quedar impunes. Pero no dice cuáles son los límites porque los límites son "lo posible" y "lo posible" es algo que se irá construyendo. Así ha sido: lo que es posible hoy en Chile no se consideraba posible hace quince años. Agregaría que Aylwin también dice, por ejemplo, "la justicia es la mayor virtud social". Estamos en el reino de lo ambiguo, de las interpretaciones. Aylwin se mueve en terreno minado o que, al menos, pareciera estarlo. Es cauteloso. ¿En exceso? Puede ser, si se miran los hechos tres lustros después.

No quiero liberar a nadie ni a ningún gobierno o partido de su responsabilidad. Tan sólo digo que la cuestión no es lineal, simple, clara. No fue Aylwin quien impuso límites, fueron las fuerzas de cada uno o, para ser más preciso, la apreciación que cada uno hizo de sus fuerzas y de las del adversario. En ese sentido me inclino a pensar que la Concertación –y por cierto me incluyo yo–sobrevaloró la fuerza del pinochetismo. A eso contribuyó mucho, pienso yo, el 44% que obtuvo Pinochet en el plebiscito que parecía un fuerte apoyo ciudadano a las instituciones armadas que habían sostenido y actuado la dictadura.

Sin embargo, la transición chilena no queda mal parada en la comparación relativa. Todas –no es preciso decirlo– quedan absolutamente en deuda cuando se las mide en relación con la justicia deseable o máxima. Fíjate tú: la transición española simplemente no considera el tema. Había pasado mucho tiempo, dicen. Pero la policía franquista torturó y mató durante todo el franquismo. Las instituciones españolas han tenido más vigor para perseguir internacionalmente los crímenes de lesa humanidad –lo que celebro– que para examinar sus propias heridas y buscar a sus propios culpables.

En cuanto a las otras transiciones europeas, hay que destacar el proceso a los coroneles griegos como un acontecimiento importante. Pero no hay que olvidar que esos coroneles habían perdido una guerra, en Chipre, a manos de los turcos, y nada debilita más a los militares que una derrota por las armas.

En Brasil el tema no tuvo relevancia en la transición y en Uruguay se terminó plebiscitándolo y perdiendo el plebiscito. Hubo juicios a los generales en Argentina, pero también habían perdido la guerra de las Malvinas, eran ejércitos desmoronados. Y luego hubo "punto final" y "obediencia debida" y el indulto de Menem.

En Chile ninguno de los intentos, abiertos o encubiertos, para llegar a un "cierre" han sido posibles. No hay "punto final". Ni "obediencia debida". El indulto concedido por el Presidente Lagos al asesino de Tucapel Jiménez ha sido lamentable porque, entre otras razones, trae a la memoria los indultos menemistas y porque el Presidente ha cometido el desacierto de invocar el "cumplimiento de órdenes" que habría recibido el homicida. Es la "obediencia debida"... Entonces, su decisión ha sido un penoso retroceso.

Si uno mira el elenco de actores concluye que las víctimas han cumplido con la misión que les corresponde y han sido en Chile el factor decisivo para que aún siga vigente la cuestión de las violaciones a los derechos humanos. Los gobiernos han cargado, los tres, con la convicción que deben "reconciliar" al país y ese objetivo es la base de sus ambigüedades y vacilaciones. La Iglesia Católica ha sido muy funcional a esa aspiración y tiene una gran responsabilidad en la difusión de la equivocada idea que el "perdón" es casi una obligación moral de las víctimas. Lo he dicho: primero se les victimiza mediante la tortura, la prisión o la muerte, luego se les victimiza porque se los acusa de carecer de generosidad, de no saber perdonar, de no "reconciliarse"... ¿Parece justo o razonable? Nunca he compartido la idea de la reconciliación como se ha planteado y creo que ha sido un error de los gobiernos de la transición imponérsela como objetivo y querer imponerla a la ciudadanía.

Mi percepción es que en este cuadro, los partidos políticos que representan a las víctimas han actuado bastante bien. El Partido Comunista, sin duda. El Partido Socialista ha tenido un desafío difícil al ser parte del gobierno, pero, en el balance, creo que ha salido adelante con dignidad. El costo no ha sido poco: ha debido tener, en el hecho, una doble postura. Una, la del Partido, su dirección y sus militantes, que son víctimas y han actuado como tales; dos, la de algunos personeros socialistas en el gobierno que se han apartado de la línea partidaria para asumir la postura "reconciliadora" con una suerte de aceptación tácita del partido. Así ocurrió, por ejemplo, a propósito de la detención de Pinochet en Londres.

Por último, una cuestión que me parece interesante. Hay otro protagonista. En inglés se le conoce como los "bystanders". Es decir, los que están por ahí, los que miran desde fuera, los que se mantienen neutros, indiferentes. Es la mayoría y dentro de esa mayoría hay un fuerte contingente que apoya a la dictadura que actúa. ¿Qué ha pasado con ellos? Poco, creo yo. La transición chilena y sus aguas han sido propicias para la natación submarina, suave, imperceptible, para el silencio o para decir frases tan célebres como "debimos haber hecho más, pero todos debieron hacerlo". Y, en realidad, ¿hicieron algo? Ni siquiera eso. La mayoría miente al decirlo, porque la mayoría no hizo nada. En Chile los mirones han pasado colados.

En síntesis, en la batalla por justicia en materia de derechos humanos se ha logrado construir un "posible"

–usando el término de Aylwin– que es harto más de lo que se pensó a comienzos de los noventa. El mérito principal corresponde a las organizaciones de derechos humanos, los familiares, los abogados, las fuerzas políticas seriamente comprometidas. Los gobiernos han debido archivar todo proyecto sospechoso de "punto final", aunque, de un modo que aún no me resulta claro ni comprensible, en los últimos meses del gobierno de Lagos pareciera abrirse un período de perdones, de nuevo empuje para la impunidad, de algunos fallos judiciales que apuntan a la impunidad. Espero que no sean una tendencia.

La cuestión ha estado, sin duda, fuertemente relacionada con las relaciones civil-militares. Creo que Cheyre representa un momento de retorno de las FFAA a posturas "profesionales", entendiendo por tales aquellas que las distancian de la política contingente, si bien su rol social seguirá siendo, naturalmente, el que corresponde al Estado del que son parte. A mí me parece un progreso importante: claramente prefiero FFAA profesionales que FFAA involucradas en la vida política. Pero llegar a este momento no ha sido fácil. Primero, por la larga permanencia de Pinochet en la Comandancia en Jefe. Hace unos días, en una conversación informal, el ex Presidente Aylwin me recordaba que en su primera reunión como Presidente con Pinochet le expresó que, desde su punto de vista, era deseable que no asumiera como Comandante en Jefe. Su deseo no fue acogido, como sabemos. Tuvimos que soportar a Pinochet, condicionando siempre la transición y las relaciones con la FFAA, muchas veces por puros intereses personales bastardos, como hemos llegado a informarnos ahora.

¡Qué oscuro capítulo de nuestra transición! Pero las transiciones son eso: pactos, acuerdos, compromisos, que muchas veces, al mirarlos desde fuera, inducen confusión o repulsa. Sin embargo, las fuerzas que asumen el camino de lo que se ha denominado "transiciones", un paso no violento del gobierno dictatorial al gobierno mínimamente democrático, saben y deben saber que el terreno en el que incursionan es así: rugoso, ingrato, carente de heroísmos o de epopeyas que inciten el orgullo. Pero, me pregunto, ¿había alternativa?

Mi impresión es que no había una alternativa viable, entre otras razones porque las FFAA chilenas no estaban derrotadas, eran profesionales y eficientes y actuaban con orden y disciplina. Otra cuestión es cómo se ejerció la política en la "transición". En este ámbito admito que caben muchas críticas, que hubo opciones posibles, que seguramente todas las que se adoptaron no fueron las más acertadas. Podemos conversar sobre esto.

Pero, vuelvo a las FFAA. El reemplazo de Pinochet por Izurieta abrió esperanzas que el propio Pinochet frustró al emprender su sospechoso viaje a Londres, al que pienso no debía haber sido autorizado, y ser atrapado por los tribunales españoles e ingleses. Izurieta quedó prisionero del espíritu de cuerpo, de la lealtad militar, del pinochetismo de la mayoría de la oficialidad. La presión sobre el gobierno fue tremenda, la presión sobre los socialistas fue peor aún.

Cheyre pudo abrir una nueva etapa, por sus propias convicciones, porque no cargó con el tema de la detención de Pinochet en Londres y, particularmente, porque las denuncias de corrupción y los juicios contra Pinochet y sus familiares, originados en Estados Unidos, terminaron por desprestigiarlo y despojarlo de su aureola. Nadie quiere ser ahora pinochetista, ni haber sido pinochetista, ni el propio Lavín. Sólo el diputado Moreira que, en ese sentido, ha mostrado una lealtad a toda prueba, lamentablemente en una causa tan deplorable... Como todos sabemos, lo que hunde a Pinochet definitivamente no son sus delitos contra las personas sino sus delitos económicos. Doloroso, un poquito repugnante, ¿no?, pero coherente con una sociedad donde impera con máxima fuerza la ley del dinero.

N. Richard: *La Transición se cursó bajo la hegemonía del mercado y el desate neoliberal de una sociedad que sobrevalora el consumo como modo de integración al mundo globalizado. Lo "económico" desplazó y reemplazó a lo "político-ideológico", tecnificando lo social. Para muchos, los gobiernos de la Concertación han privilegiado el diálogo con el mundo empresarial, en desmedro de una interlocución democratizadora y participativa con las organizaciones sociales y las reivindicaciones ciudadanas.*

¿Era posible imaginar una salida a la dictadura que fuese exitosa desde el punto de vista político-institucional, sin haber tenido necesariamente que consagrar esta democracia neoliberal que sólo habla el lenguaje del mercado?

J. Arrate: Apuntas muy bien a la cuestión del consenso. Consenso ha sido desactivación. Porque para vivir juntos se requiere un consenso básico, pero no es necesario un consenso para todo. La supresión del conflicto ha sido un leitmotiv inconsciente de amplios sectores democráticos que han activado la transición. Podría citar muchos ejemplos, pero sería largo y muchos de ellos son obvios y conocidos. Cuando se ha tratado de proponer conflictos que el "consensualismo" estima inadecuados, han operado los mecanismos destinados a apagar el incendio. En mi experiencia personal no puedo dejar de recordar mis modestas propuestas de una legislación laboral más protectora o de introducir reformas que disminuyeran los costos para los afiliados de las AFP y permitieran la negociación colectiva de tasas con las Administradoras. Quedé muy solo en esas opciones. No quiero profundizar ahora, lo haré en mis memorias si alguna vez me dispongo a escribirlas. Desgraciadamente casi siempre resultan latosas, entonces tengo hartas dudas...

El resultado es un país que progresa materialmente, el que más progresa en América Latina, el que vive con mayor orden y estabilidad. Pero, al mismo tiempo, el que más ha visto ensancharse las desigualdades abso-

lutas entre los más ricos y los más pobres y que ha visto desgajarse, disolverse, neutralizarse la sociedad civil organizada. Vivimos en una sociedad de mercado, en que todos o casi todos están mejor materialmente pero en que la estratificación social y la exclusión social, cultural y política son fenómenos mayúsculos.

El punto es que el mercado es la institución rectora. Gobierna la economía y, por tanto, el crecimiento, y gobierna también la democracia.

En quince años de Concertación, Chile ha más que duplicado su producto por habitante. Uno debe preguntarse: ¿a dónde ha ido ese "plus" de crecimiento o ese "adicional" de riqueza que ha generado la sociedad? Si uno mira las cifras de distribución del ingreso por deciles, pareciera que ese "adicional" se ha distribuido en función de los ingresos de cada uno, porque la distribución por deciles se ha mantenido bastante inalterada. La cuestión es clara: el "adicional" debiera llegar a quienes más lo necesitan y no a los de ingresos más altos. Las políticas públicas apuntan en esa dirección y logran corregir en parte los resultados que arroja el mercado, pero de un modo totalmente insuficiente. Con un sector público que representa sólo la quinta parte del producto es difícil hacer más. ¿Hasta cuándo? ¿El crecimiento del próximo decenio se va a repartir también de igual forma?

Creo que tenemos que apuntar a un "crecimiento justo". ¿Cómo definirlo? Debemos intentar una definición fina, pero la gruesa es obvia: el "adicional" para los más pobres, para los más necesitados. Creo que la distribución del crecimiento que el mercado impone actualmente no pasaría, por ejemplo, ninguno de los test de justicia de la teoría liberal rawlsiana.

Y debemos apuntar a una democracia que se libere de la invasión del mercado. Fue el profesor Robert Dahl, de la Universidad de Princeton, un hombre de pensamiento democrático y liberal –no un marxista o un izquierdista– quien formuló la ley de conversión de recursos económicos en recursos políticos. El dinero se convierte, de un cierto modo, de muchos modos, en poder político en las instituciones. Eso es evidente en Chile más que en otros países y sólo recientemente se ha comenzado a considerar la cuestión. El hecho es que cuando el mercado se enfrenta a la democracia, busca convertirla en parte de sí mismo. La democracia se hace, entonces, censitaria: se vuelve al viejo sistema en que votaban sólo los contribuyentes o en que el voto del adinerado valía más que el del desposeído. El mercado monetiza todas las diferencias y las traspasa al mundo de las mercancías. En la democracia, por el supuesto básico que la constituye, un negro es igual a un blanco, un gordo a un flaco, un hombre a una mujer, un rico a un pobre. Sus votos valen lo mismo. En el mercado, en cambio, cada uno vale según cuanto dinero tiene.

Esta contradicción entre democracia y mercado me parece un hecho macroscópico que no se examina a fondo. Mientras, se nos trata implícitamente de convencer que democracia y mercado son complementarios, que calzan perfectamente. Pienso que no es así, que se contradicen en aspectos básicos. No se trata de proponerse la tarea imposible o destructiva de eliminar uno u otro. Ambas son instituciones establecidas universalmente en el mundo de hoy. Pero los méritos de ambas sólo pueden conjugarse mediante una acción social constructiva. Hoy, en cambio, vivimos el predominio del mercado y, por esa vía, la mercantilización de nuestra democracia.

Crecimiento justo y sociedad democrática, en vez de crecimiento y nada más y sociedad de mercado, son conceptos que por sí solos constituyen un programa que se nutre de las debilidades y fortalezas de la experiencia de la Concertación, y que justificarán por mucho tiempo la necesidad de una izquierda sólida y contemporánea.

N. Richard: *¿Cómo percibes la actual situación del Partido Socialista y su relación -interna y externa- con el poder político? ¿Qué transformaciones son hoy necesarias, en el interior de los partidos progresistas, para que contribuyan a fortalecer un pensamiento de izquierda que sea capaz de delinear una alternativa (imaginativa y transformativa) frente a la hegemonía neoliberal?*

J.Arrate: Escribo estas líneas en medio de una intensa campaña parlamentaria (soy candidato a Senador por el Partido Socialista en la Cuarta Región), y he dejado para después –un par de meses más– una reflexión más a fondo sobre el PS. Pero algunas cosas te puedo decir ahora.

El PS no es diferente a los demás partidos y en él opera también una tendencia a la oligarquización. Diría que hoy es una tendencia muy fuerte, demasiado fuerte. Yo creo que el PS tiene la potencialidad y la voluntad de reformarse y eso significa reafirmar la definición de izquierda para que realmente establezca una forma distinta de relacionarse con la ciudadanía. Hace falta una política socialista que se oriente a establecer una relación distinta, muy fluida y estrecha con aquella ciudadanía que no quiere ser miembro de un partido pero que posee ideas políticas. Yo creo que eso es lo que falta en la colectividad: una sólida política de inserción ciudadana. El PS conserva el fuego que da una visión utópica, no ha olvidado que un mundo mejor es posible y deseable, más allá de lo ocurrido a muchos de sus cuadros luego de quince años de ejercicio del gobierno.

En otros términos el PS tiene una memoria. Esa memoria es un patrimonio valioso para contribuir a una cultura de izquierda que ha perdido vigor pero que ha subsistido, para inaugurar un nuevo diálogo de izquierda, que por ahora no existe, y, en fin, posiblemente, para generar un proceso de reconstrucción de una fuerza social y política que se defina en la izquierda y que aglutine a reformistas, inconformistas y rebeldes. Toda una diversidad. ¿Será posible aglutinarla? No lo sé, pero creo que hay que intentarlo.

El Palacio de La Moneda:

del trauma de los Hawker Hunter a la terapia de los signos

Pedro Santander y Enrique Aimone

En el período del Gobierno Militar, el abandono de La Moneda, su ruindad pública y la decisión de dejar durante ocho años a la tradicional sede de los gobiernos republicanos en completa decadencia, permite que se ejerza y difunda la violencia semiótica en un registro visual-espacial del golpe militar.

El mensaje era claro: esos escombros eran lo que quedaba del sistema político que rigió hasta el '73.

Su valor de trauma, de herida en la memoria, se mantiene prácticamente intacto hasta marzo de 2000, cuando asume el gobierno de Ricardo Lagos que le da un claro valor terapéutico a la nueva representación de La Moneda.

El Palacio de La Moneda es considerado uno de los edificios seculares más sobresalientes de la América Colonial. Debe su nombre a la función original que cumplió, esto es, centro de acuñación de monedas. Su diseño es obra del arquitecto italiano Joaquín Toesca. La construcción comenzó en 1784 y culminó en la primera década del siglo XIX. Se emplearon como materiales cal de la hacienda Polpaico lo que le dio al edificio un color blanco (este color será un elemento que, como veremos más abajo, cobrará sentido casi 200 años después); arenas del río Maipo; piedras de la cantera colorada del cerro San Cristóbal; madera de roble y ciprés de los bosques valdivianos; cerrajería y fiorja española de Vizcaya; y 20 variedades de ladrillos horneados en Santiago para la construcción de dinteles, esquinas, pisos, molduras y los sólidos muros de más de un metro de espesor.

En 1846 se transformó en sede del Gobierno, función que cumplió ininterrumpidamente hasta el ataque que sufrió el día 11 de septiembre de 1973.

El 11 de septiembre de 1973 marca la fecha en que la representación de La Moneda sufre un giro absolutamente desconocido y sorpresivo para los chilenos. Ese día el palacio presidencial es atacado por tierra y aire durante 6 horas. Cientos de soldados se enfrentan al presidente Allende y una veintena de sus colaboradores que oponen resistencia armada. Miles de disparos de artillería e infantería, además de siete ataques aéreos consecutivos y 18 misiles de los Hawker Hunter acallan la única real resistencia armada que hubo al Golpe de Estado, ponen fin a la democracia chilena y destruyen parte importante del edificio. La Moneda es dejada en ruinas y permanece deshabitada por casi una década, cercada por maderas que impiden el paso, pero que permiten su visión. Recién en 1978 se inician algunos trabajos de reconstrucción y restauración.

Es también el período en que el Gobierno Militar instaura un régimen de terror y la época en que el edificio de La Moneda se consolida como un lugar que expresa lo que llamamos violencia semiótica. Su abandono, su ruindad pública y la decisión de dejar durante ocho años a la tradicional sede de los gobiernos republicanos en completa decadencia, permite que se ejerza y difunda una violencia en un registro visual-espacial a través de la mediación de La Moneda como signo. El mensaje era claro: esos escombros eran lo que quedaba del sistema político que rigió hasta el ´73.

Cabe señalar que este edificio se ubica en pleno centro de la capital chilena, en el corazón del llamado Barrio Cívico santiaguino y constituye paso obligado para millones de santiaguinos.[1]

En ese contexto urbano e histórico, el Palacio de La Moneda, como un lugar que está marcado semióticamente por una diferenciación con su esplendoroso pasado, pero también por una oposición con su entorno de edificios ministeriales y de Barrio Cívico, es transformado en un signo con una nueva representación: el trauma. Entendemos el concepto de trauma, siguiendo al psicoanálisis, como una herida en la memoria.

El período de violencia simbólica origina y consolida así una nueva representación. La Moneda ya no tiene el tradicional potencial icónico y metafórico de ser el centro del poder político y la sede de los Presidentes. Ahora el signo comienza a adquirir un nuevo valor, el de una herida que, además, es dejada abierta por años, sin ser tratada, sin cura ni atención. Así, desde el punto de vista urbano, la Moneda se convierte en una verdadera escena del trauma, debido a que su ubicación implica para los santiaguinos un permanente retorno al sitio del suceso y ser testigos (in)voluntarios de un desplazamiento del potencial icónico, indicial y simbólico tradicional del edificio por otro nuevo.

Según relatan diversos testimonios históricos, los militares no esperaban encontrar la principal resistencia a su movimiento anticonstitucional en el edificio gubernamental, sino en las poblaciones y en los cordones industriales de la capital. No obstante ello, el ataque a La Moneda se convierte en un momento fundacional del régimen en el momento en que se opta por dejar prácticamente intacta la escena, y por 8 años. Es la concepción de lo siniestro como retorno permanente al mismo suceso traumático, sumándose así la violencia semiótica al terrorismo de Estado que lleva a cabo el gobierno del general Augusto Pinochet.

El abandono de la sede gubernamental y el período de violencia semiótica que encarna, constituye la primera operación de investidura de sentido que identificamos. Se trata de una estrategia que lleva a cabo la Dictadura bajo la forma de un proceso semiótico-discursivo y que busca que el ataque al edificio y el acontecimiento traumático resultante, se expanda histórica y subjetivamente. De esta manera, el valor de La Moneda cambia drásticamente. Se da cuenta así de la motivación entre significado y significante que permite que un mismo signo –el Palacio La Moneda– comience a representar algo completamente nuevo.

La Moneda ha sido convertida en un irreductible y una escena del trauma, al conjugarse el cierre, el abandono, la violencia física y la sígnica. Recién en 1981 fue reocupada como sede de gobierno y ahí permaneció Pinochet hasta marzo de 1990.

Sin embargo, sostenemos que su valor de trauma se mantiene prácticamente intacto hasta marzo de 2000, cuando asume el gobierno de Ricardo Lagos. A partir de esa fecha identificamos una respuesta semio-discursiva que consta de varias etapas. A nuestro entender, estamos frente a una intervención que se efectúa en torno y sobre el edificio, con un claro propósito terapéutico, es decir, se comienza a elaborar una semiosis de sanación en relación a todo lo ocurrido con la sede gubernamental anteriormente.

En este caso, la estrategia puede ser descrita como un trabajo político de investidura de sentido. Se trata de operaciones que resultan construidas a partir de marcas presentes en la materia significante y cuyas huellas pueden ser leídas. Cada uno de los momentos que analizaremos constituyen operaciones de investidura y en su conjunto forman una sintaxis que construye una nueva representación de La Moneda. Estamos ante una verdadera gramática de producción que leemos sobre la base de cuatro momentos que consideramos centrales y, por lo tanto, como aquellos que mejor dan cuenta del interés y de la motivación de los nuevos productores de sentido.

2.- El blanco: La Moneda como ícono

El lunes 13 de marzo de 2000, sólo dos días después que

asumiera la Presidencia de la República, Ricardo Lagos Escobar dispuso la reapertura de las puertas de La Moneda a la ciudadanía. Se retomaba así una tradición interrumpida en 1973. Se trata de la primera operación de investidura de sentido que fue, además, una de las primeras acciones de orden comunicacional que llevó a cabo el Gobierno y sólo el año 2003 transitaron por La Moneda 283 mil 125 personas.[2]

Según declaró ese día el Ministro Secretario General de Gobierno, Claudio Huepe, "quisimos restablecer una vieja tradición chilena. Creo que eso significa en los hechos, un ejemplo, una muestra del carácter que el Presidente Lagos quiere dar a su relación con la ciudadanía, que es la mayor cercanía posible al pueblo. Se trata de acercar el poder a la gente y además este tema de transparencia, para que la gente vea donde trabajan las personas que están a cargo del Gobierno".[3]

El Ministro explica la apertura a través de dos tópicos que nos llaman la atención. El primero apunta a una acción que tiene una referencia en el pasado: la tradición chilena. El segundo es el tema de la transparencia. Para referirla, el ministro la describe lingüísticamente con el empleo del verbo de carácter conductual "ver", se trata, pues, de una acción pensada en participantes concretos –los transeúntes– que experimentarán y llevarán a cabo una acción visual. La visión: requisito para la transparencia.

En efecto, en la apertura predomina el orden del contacto; a La Moneda ahora es posible verla, pero también tocarla, recorrerla, olerla. Es en este primer nivel donde el público toma contacto físico con la corporeidad del edificio, pero es también el lugar desde donde el poder "hace contacto directo" con la ciudadanía. Abrir La Moneda, entonces, ha significado profundizar el eje de la relación entre gobernantes y gobernados que desde la antigua Polis Griega se caracterizó por el nivel de cercanía entre estos actores. Esto significa un profundo rescate de la idea de pertenencia de lo público que implica la democracia y, por lo mismo, de transparencia. Así, lo

que es de todos es posible tocarlo, tornándose por ende en algo cercano, próximo (mío): la apertura. A diferencia de lo que es privado, lo que está prohibido tocar, que se convierte, de ese modo, en algo lejano, por tanto ajeno (no mío): la clausura.

Desde el punto de vista indicial, La Moneda, antes de esta reapertura, representaba la señal de lo vedado, de algo que no pertenece a todos, sólo a algunos, de la no democracia, ahora, en cambio, sus puertas abiertas son el índice de una transparencia, de una democracia y de una pertenencia no excluyente.

2.- El blanco: La Moneda como ícono

La Moneda es también un ícono, en tanto ha sido innumerablemente reproducida en fotografías, filmaciones y todo tipo de grabados. Es precisamente su dimensión icónica la que ha dado la vuelta al mundo. Gracias a ella, el Golpe de Estado chileno fue conocido globalmente. En cambio, ¿quién recuerda imágenes del golpe uruguayo ese mismo año, del boliviano en 1975 o del argentino en 1976?

Esta imagen traumática es ahora objeto de una metamorfosis, a partir de una segunda operación semio-discursiva de investidura de sentido: so pretexto de rescatar el color original que tuvo el edificio cuando fue diseñado por Toesca y para lo cual se empleó cal de la hacienda Polpaico, La Moneda fue pintada íntegramente de blanco por el Gobierno de Ricardo Lagos. Pero además de generar una suerte de *flash back* iconográfico que conecta con las raíces históricas del palacio, es innegable la remisión que hace el blanco a un estado de pureza, asociado en la sociedad occidental a las virtudes de la virginidad en general y femenina en particular.

Esta operación parece querer cambiar la imagen de campo de batalla, caracterizada por las llamas y humaredas de un palacio gris que se incendiaba, consumido por el fuego. A ello sumemos que durante 30 años siempre pudimos apreciar las huellas de esa batalla sobre el cuerpo significante de La Moneda, grietas provocadas por ráfagas de ametralladora y disparos de fusil poblaban como escamas las fachadas del edificio. Hoy, de blanco, luce pulcra, radiante.

De esta manera, La Moneda, considerada como un signo que representaba un irreductible del dolor y una escena del trauma, se interviene semióticamente mediante una apertura y un color, es decir, indicial e icónicamente. Observamos una intervención sobre la materialidad significante del objeto que tiene ese sentido terapéutico con referencias que no sólo son espaciales, sino también temporales. Para ello se trabaja conectando las operaciones semio-discursivas del presente con eventos del pasado cercano (dictatorial) y del lejano (republicano). Se trata de un enlace dialógico e intertextual que apoya la producción de sentido y, por lo mismo, el reconocimiento o la comprensión de estas acciones por parte de quienes se encuentran con la sede gubernamental en su transitar. Es un enlace doble con el pasado. Por un lado, el blanco y la apertura remiten, primeramente, a una memoria histórica no traumática. Dicho color es el de su génesis (1805), su apertura fue decidida a principios del siglo XX por el Presidente Ramón Barros Luco (1910-1015). Por otro, hay una alusión clara al Golpe, a las fachadas heridas y al cierre de sus accesos al público.

Lo terapéutico de estas acciones icónicas e indiciales radica en que frente al constante retorno al que se ven forzados millones de chilenos por los problemas de planificación urbana señalados, el Gobierno de Ricardo Lagos Escobar realiza operaciones de integración de la escena traumática a la cotidianidad de los ciudadanos, de una manera semióticamente articulada y no patológica, que implica y posibilita un retorno distinto a la escena del trauma.

3.- Morandé 80: La Moneda como símbolo

Por convención, el Palacio de La Moneda representa en Chile, como ninguna otra obra, el ejercicio del poder: es el lugar desde donde los Presidentes (desde 1845) ejercen su mandato. Se trata del emplazamiento privilegiado del Jefe de Gobierno quien es, además, la máxima autoridad del Estado. Aunque parezca obvio decirlo, el carácter simbólico de La Moneda radica en que es el lugar físico donde y desde el cual la principal autoridad del país gobierna. Por convención, además, el sintagma La Moneda se emplea lingüísticamente como sinónimo de "el gobierno".

Morandé 80 es una de las entradas a esta casa de gobierno y, tal vez, la dirección más renombrada de la historia política de Chile. Bajo el Gobierno de Manuel Montt (1906-1910) se ordenó la apertura de una puerta hacia esa calle y, desde entonces, dicho acceso sirvió de ingreso privado para los Mandatarios. Históricamente, esa era la puerta de los presidentes. Los primeros mandatarios podían salir y entrar, para eventualmente mezclarse con la ciudadanía que pululaba por las céntricas calles del Barrio Cívico.

Por esa puerta ingresó vivo Salvador Allende la mañana del 11 de Septiembre, por ese lugar salieron, luego de rendirse, quienes lo acompañaron y por esa puerta fue retirado el cadáver del Presidente Allende, tras su suicidio. Luego de ese día, fue clausurada y tapada por un muro, es decir, una operación semiótica a través de la cual la Dictadura hizo desaparecer dicho acceso, al igual que a 21 de los hombres que esa mañana salieron por esa puerta.

En respuesta, y conformando así la próxima operación de investidura de sentido que pretende responder semióticamente al trauma, a principios del año 2003, y por iniciativa del propio Presidente, la Dirección Nacional de Arquitectura elaboró y ejecutó el proyecto de recuperación arquitectónica del emblemático acceso. Se procedió a demoler el muro construido por los militares que ocupaba el lugar de la puerta clausurada, y se montó un nuevo portón, de aproximadamente 300 kilos, que reproduce la puerta original y mantiene el estilo arquitectónico de la Casa de Gobierno, con tropeles de bronce y una mirilla de fierro forjado.

Poco antes de su inauguración, el Subsecretario de Obras Públicas, Clemente Pérez al agradecer al grupo de profesionales de la Dirección de Arquitectura que estuvieron a cargo de los trabajos, señaló que esta iniciativa implica "la restauración de un símbolo que refleja un profundo proceso histórico vivido en el país».[4] Como vemos, en esta cita directa del subsecretario, nuevamente se unen historia y semiosis. Esa unión de ambos elementos propios de la práctica política del

Gobierno que estamos analizando, culminó el 10 de septiembre de 2003, durante la ceremonia que recordó los 30 años del Golpe de Estado. Ese día, el Presidente Lagos Escobar reabrió esta histórica puerta, entró por ella al Palacio y escribió en el libro de visitas dispuesto en el lugar:

"Reabrimos esta puerta para que vuelvan a entrar las brisas de libertad que han hecho grande a nuestra patria".

El Mandatario, al efectuar personalmente el gesto de reapertura que fue transmitido en vivo y en directo por todos los canales de televisión del país, emplea un verbo (reabrimos) que nos remite a un nosotros inclusivo, para caracterizar su gesto como una acción que incluye a todos los chilenos; usa una metáfora que alude directamente al trauma del golpe y a la sanación que se busca (que vuelvan a entrar las brisas de libertad) y, finalmente, retoma un tópico tradicional de la historia republicana (la grandeza de la patria).

Nuevamente estamos antes una semiosis que se enlaza doblemente con el pasado lejano y el reciente: la restauración se encadena, por un lado, con la tradición republicana y alude, por otro, al trauma del '73. Esa conjunción, al igual que en las dos operaciones examinadas anteriormente, permite la creación de una dialéctica (psicológicamente) terapéutica y (políticamente) inclusiva.

Cabe realizar una observación adicional. Cuando el Presidente procede a reabrir Morandé 80, los espectadores vemos en ambos costados de la puerta a dos miembros de la Guardia Presidencial, en posición de firme, luciendo impecables y flanqueando al Mandatario. Lo sorprendente: se trata de dos mujeres uniformadas. Y aquí irrumpe la cuarta y tal vez más peculiar operación de investidura que forma parte de esta semiosis.

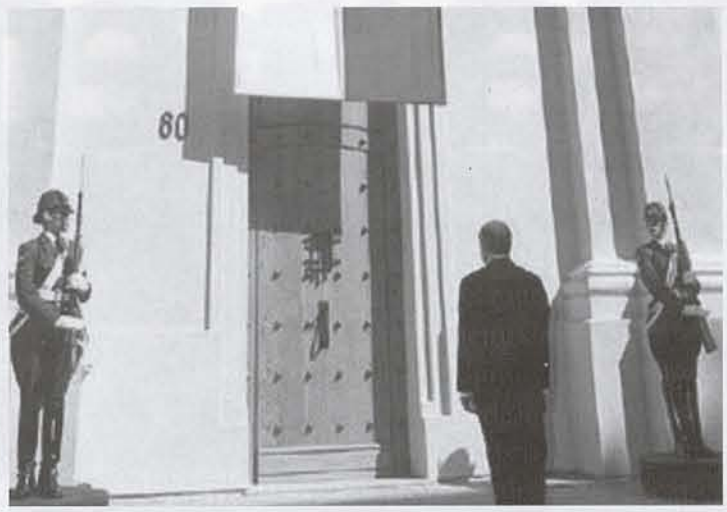
4.- La presencia femenina: valor por oposición

Como veremos, el Palacio de La Moneda es influido por lo femenino, lo que se comunica de diversas maneras. Se continúa así con el cambio de la representación en una operación semiótica que es la más contrastante de todas, por lo tanto, la de mayor valor.

En efecto, se trata del único elemento que en el marco de las operaciones de investidura de sentido no opera sobre la estructura material de La Moneda, sino en torno a ella. La mujer es incorporada a la materialidad significante desde fuera del objeto y comienza desde ahí a formar parte del signo, podríamos decir que ingresa a éste.

Siguiendo con esta suerte de dialéctica negativa, vemos que la presencia de la mujer no alude al pasado de nuestro país, ni al más lejano, ni al de la dictadura. Es, en ese sentido, un elemento que, aun cuando en nuestra opinión forma parte de la semiosis terapéutica, se diferencia de las tres operaciones anteriores ya que fundamentalmente da cuenta del presente. La dialogicidad que mantiene con el pasado nacional es de total oposición y contraste, pues, a diferencia de la apertura, del color blanco y de Morandé 80, es primera vez que la presencia de la mujer en La Moneda se ha vuelto tan notoria. La lectura de este elemento, por lo tanto, no es posible realizarla sobre la base positiva de la intertextualidad y dialogicidad propia de las operaciones anteriores.

Acudimos entonces al contexto. Los gobiernos de la Concertación han ido promoviendo la presencia de mujeres en puestos de mando. En noviembre de 1998, por primera vez en Chile y Latinoamérica, una mujer –Mireya Pérez Videla– era ascendida al grado de generala y a partir del año 2000 se ha promovido la presencia de la mujer a instancias antes impensadas. Seis puestos ministeriales han sido ocupados por



ellas en el Gobierno de Ricardo Lagos: Defensa, Relaciones Exteriores, Salud, Ministerios de Planificación, Educación y Servicio Nacional de la Mujer. Es el número más alto en la historia de los gobiernos nacionales. También por primera vez una ministra comenzó a integrar la Corte Suprema de Justicia. Y en directa relación con la semiosis en torno al palacio gubernamental, en diciembre de 2001 cuatro mujeres –dos Oficiales y dos Suboficiales– se integraron al Grupo Guardia de Palacio, rompiendo así con la tradición en que por más de setenta años personal masculino tuvo la exclusiva responsabilidad de garantizar seguridad a la sede del poder Ejecutivo, a sus trabajadores y visitantes. A partir de esa fecha, los carabineros hombres que tradicionalmente han compuesto este selecto cuerpo armado –para lo cual deben cumplir una serie de requisitos profesionales y físicos– se han sumado las mujeres que hoy llegan a 17, en total.

Nuestra búsqueda por el sentido nos lleva a recorridos sorprendentes. Bajo la motivación foucaultiana de que todo discurso está relacionado con discursos anteriores, descubrimos que sí ha existido anteriormente, y también en el marco de una interacción estrecha entre mujer y sede del poder, una semiosis que vincula acción política con la representación de lo femenino. Nos remontamos a la cultura que da origen a la democracia. Nos referimos a Hestia, la Diosa griega del hogar (Vesta para los romanos) que rápidamente se convirtió en el genio benéfico de todas las comunidades políticas, en razón de que para los helenos el Estado descansa sobre la familia. Ella encarna la idea de lo femenino al interior de la casa del gobierno. En las polis griegas, el Pritaneo (la sede del gobierno), estaba consagrado a esta diosa quien tenía allí su altar. Hestia simbolizaba la pertenencia de todos los griegos a una sola nación. La mitológica Hestia era representada por los escultores del Peloponeso como virgen, y pura, cualidades que nos remiten al blanco, el color actual de La Moneda.

Finalizamos señalando que tanto ha sido el impacto de estas acciones, que la última encuesta del PNUD (2005) constató que para el 83% de los chilenos lo más notable en los cambios del país ha sido la irrupción de la mujer a lo público.

Notas

1 Santiago, a diferencia de otras ciudades coloniales, experimentó a partir de la llegada del conquistador español un desarrollo y crecimiento urbano que fue lineal y no radial. La razón es que se siguió como eje el ya establecido Camino del Inca que comunicaba con Argentina y sobre el cual se construyó la Alameda Bernardo O'Higgins. Esta es la principal arteria de la ciudad; sobre ella se ubica el Palacio de La Moneda y por ella circula el 80 por ciento de toda la locomoción colectiva de la capital.

2 Datos proporcionados por la página oficial del Gobierno de Chile (http://www.presidencia.gob.cl).

3 Comunicados de prensa de la presidencia de la República; 13 de marzo de 2000; (http://www.presidencia.gob.cl).

4 Comunicado de prensa oficial del Gobierno de Chile (http://www.presidencia.gob.cl)

La retórica de la marca y los sujetos de la dictadura

Isabel Piper

La identidad de víctima ha sido usada como categoría de diagnóstico psicológico y también como elemento conformador de movimientos sociales identitarios basados en su resistencia a la dictadura. La defensa de la identidad de víctima ha cumplido una función estratégica, pero también se ha ido fijando como una categoría esencialista.
Aunque hay múltiples formas de ser víctima, la polisemia de identidades se reduce a la vivencia del cuerpo dañado por la violencia militar y el sujeto de la dictadura se construye esencialmente en oposición a quienes no sufrieron la represión política. Se excluye así posibles articulaciones transversales con movimientos políticos basados en otras categorías de sujetos y otras agencias de transformación social.

Al narrar los acontecimientos de la historia reciente de nuestro país, el golpe de estado y los 17 años de dictadura militar ocupan un lugar central. La dictadura (con su violencia) es producida por los relatos como algo más que un obstáculo, es la gran *fractura* e *interrupción* del *camino*, que habría venido a alterar el sentido de la historia.

Los discursos de la dictadura la señalan como una enorme irrupción que habría dividido el camino de la historia de Chile en un antes y un después. Se le otorga a la violencia-dictadura una fuerza tal, que ésta parece haber modificado tanto el destino del país, como la manera de ser de chilenos y chilenas. La vivencia de situaciones de violencia nos habría marcado de tal manera que ya nunca habríamos vuelto a ser los y las mismos/as. La convicción de que la dictadura opera como un accidente que marcó y transformó identidades opera a dos niveles simultáneamente. Por un lado en relación a los y las afectados/as directos/as, cuyas historias personales e identidades habrían sido interrumpidas dando inicio a una nueva vida marcada por la experiencia de ser víctima. El sufrimiento de alguna forma de violencia política llevaría a quien la vive a ocupar un lugar en la sociedad distinto al que se ocupaba antes. Se espera de ellas que actúen como tales, que sufran padecimientos psíquicos y físicos, que no olviden, que luchen por sus derechos, etc. La misma lógica opera cuando se piensa al país. Pareciera existir una identidad nacional que el accidente llamado Dictadura transformó, dando lugar a una sociedad marcada por su violencia.

Aunque se han elaborado múltiples descripciones y explicaciones históricas, sociológicas y políticas de lo acontecido en esos años, la imagen que producen las diversas narraciones del pasado es la de una entidad desconocida que se habría instalado en el seno de la sociedad chilena invadiendo su vida social y personal. El daño que produjo la dictadura no les permitiría a las víctimas retomar sus vidas ni a la sociedad el curso de su historia. Las narraciones del pasado operan como una *retórica de la marca*.

¿Qué habría que hacer con el daño producido por la violencia?

Si se sigue con la lógica del trauma como una marca, tendríamos que concluir que así como las fracturas de los huesos se corrigen, se reparan para que el miembro dañado pueda volver a la normalidad, una sociedad quebrada también tendría que ser corregida. Los traumas o huellas dejados por las experiencias del pasado tendrían que ser reparados, es decir las marcas tendrían que ser borradas para permitir que la sociedad volviera a su normalidad. Claro que la metáfora de la fractura es usada y argumentada más sutilmente cuando se refiere a la vida social y no a un hueso, pero la idea fundamental en torno a la cual se articulan los discursos de la dictadura es que nuestra sociedad está herida y debe curarse; que está rota y debe re-armarse, despejando en la medida de lo posible los escombros dejados por el pasado.

¿Cómo? Los discursos de Derechos Humanos respondieron a la pregunta con la noción de reparación, metáfora que da cuenta de un proceso psicosocial que implica reconocer el daño psicológico como efecto de las violaciones de derechos humanos e incidir sobre la conciencia existente en la sociedad. Se propuso una política de reparación que, reconociendo las violaciones de Derechos Humanos ocurridas, tenía el propósito de resolver sus consecuencias en los individuos y en la sociedad: es decir de reparar el daño, de borrar la marca, y si esto no era posible por lo menos de mitigar la intensidad de sus efectos.

En el contexto de la post-dictadura la noción de reparación fue más allá de su ámbito psicológico originario como también de la noción de indemnización de uso frecuente en el ámbito legal, llegando a ser una metáfora de una intervención que abarcaba a la sociedad en su conjunto incluyendo las dimensiones éticas, legales, políticas y psicológicas que habían sido vulneradas. Esto quedó expresado en algunas de las políticas sociales específicas dirigidas a las víctimas que se definieron al hacerse público el Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación.

Dichas políticas estaban destinadas a enfrentar los problemas específicos derivados de las violaciones de Derechos Humanos y contemplaron: la creación de la Corporación de Reparación y Reconciliación cuya función era recoger las denuncias de violaciones a los Derechos Humanos con resultado de muerte; la ley general de Reparaciones Nº 19.123 que fijó beneficios para los familiares de las víctimas (muertos y desaparecidos); la creación de programas de educación en Derechos Humanos; la creación del Programa de Reparación y Atención Integral de Salud para las víctimas de violaciones de Derechos Humanos (PRAIS), especializado en la atención médica y psicológica de personas traumatizadas por la represión política.

Una de las críticas que se le ha hecho a la Comisión de Verdad y Reconciliación y a las medidas de reparación que se derivaron de ella, fue que sólo consideró como víctimas de las violaciones a los Derechos Humanos a quienes resultaron muertos o desaparecidos. Las distintas agrupaciones de afectados/as no han dejado de demandar su derecho a ser considerados/as víctimas y poder, por tanto, acceder a ser reparados/as por el Estado. En respuesta a dicho emplazamiento, en 1991 se creó la Oficina Nacional del Retorno que le otorgó la categoría de víctima, así como apoyo en inserción social y laboral a quienes regresaban desde el exilio; en 1994, quienes pudieron demostrar que fueron exonerados por motivos políticos pudieron acceder a beneficios otorgados por la ley 19.234. Pero fue recién en el año 2004 que se creó la Comisión Nacional Sobre Prisión Política y Tortura, cuyas víctimas pueden hoy acceder a la reparación otorgada por la ley 19.992.

Aunque mi intención no es profundizar en las medidas de reparación implementadas por el Gobierno de Chile, si me interesa destacar las lógicas interpretativas bajo las cuales éstas tienen sentido. Pese a los desacuerdos en la manera de pensar el trauma y en cómo debería ser el proceso de reparación, los discursos de la dictadura son consistentes en argumentar que tal daño existe, que aún se mantiene vigente y que es necesario darle alguna solución. Trauma y reparación son los ejes centrales de dichos discursos, que se construyen en torno a la retórica de la marca, según la cual las heridas dejadas por la violencia deben ser sanadas y sus cicatrices borradas para así asegurar una convivencia pacífica y una sociedad en la que los hechos de la dictadura no vuelvan a repetirse.

Los discursos dan vueltas sobre sí mismos, argumentando que no podremos seguir adelante con nuestras historias interrumpidas mientras el daño no sea reparado. Es decir, para que las víctimas y la sociedad retomen sus proyectos e identidades y que el país retome la democracia perdida, es necesario que la fractura sea corregida. Las aseveraciones son radicales: nuestra sociedad no se puede transformar sin que se repare antes el daño. Pero al mismo tiempo se argumenta que la reparación requiere de ciertas condiciones de posibilidad para hacerse efectiva, lo que implica que la sociedad chilena debe cambiar para que los daños puedan ser sanados. Y claro, no puede perder el miedo una sociedad en la que la violencia represiva es significada como una realidad posible, donde los crímenes permanecen impunes y donde la prisión política sigue siendo una realidad para muchos/as.

En esta paradoja lo que aparece como inmodificable es lo social (y los discursos culpan de ello a la dictadura y sus efectos). La búsqueda de lo utópico desaparece como ámbito de acción y la pérdida de las ilusiones se percibe con un patético orgullo crítico. Situamos la vista en el pasado, construyendo las determinaciones que nos conducen a la inmovilidad en la que estamos. Nos tranquiliza tener el pasado domesticado, y seguimos hablando de la dictadura como si fuera un ente ajeno a nosotros, algo maligno que nos ha transformado en lo que somos: ciudadanos apáticos, traumatizados, sin futuro.

Pese a las voluntades críticas comprometidas y a los esfuerzos por complejizar y analizar los hechos del pasado reciente de nuestro país, las memorias de la dictadura se han constituido en un conjunto de narraciones articuladas en torno a una retórica de la marca que contribuye a promover y mantener una lógica lineal y causalista.

En primer lugar, se está entendiendo la historia como un conjunto de hechos positivos que se suceden configurando lo que más tarde es llamado "pasado". Por ejemplo, las memorias de la dictadura chilena la presentan como un hecho objetivo que es necesario destacar en nuestro proceso de recordar (entendiendo la memoria como un mecanismo de representación de los hechos del pasado). Dado que constituye un hecho positivo, no es factible de ser modificado, sino sólo conocido y recordado intentando permanecer lo más fiel posible a la verdad de lo sucedido. Al mismo tiempo, la dictadura se constituye en un lugar argumentativo donde se depositan las causas de lo que somos y hacemos hoy en día. Dado que es una causa (o un conjunto de ellas) situada en el pasado (positivo), resulta ajena a nuestras prácticas sociales actuales y por lo tanto imposible de modificar.

La retórica de la marca pone las causas de lo que somos en un lugar ajeno a nuestra agencia y con este mecanismo restringe la posibilidad de cambio sólo a la reparación de los efectos de la violencia. Más grave aún es cuando se sitúa la clave de dicha reparación en el establecimiento de la verdad de lo ocurrido en el pasado, pues ya ni siquiera se habla de la necesidad de transformar la sociedad, sino sólo de reconocer aquello que ocurrió en un tiempo que ya no es, a sujetos que ya no son, en un país que ya cambió.

Los discursos construyen un sujeto nacido de las experiencias traumáticas, cuyo presente estaría constituido por los legados del pasado.

La retórica de la marca no deja espacios para la transformación de dicho sujeto ni del conjunto de las relaciones sociales; lo único modificable

(e incluso lo es con límites) son las marcas. En el escenario más optimista éstas podrían ser borradas si hubiera verdad, justicia y una reparación que abarcara espacios sociales y personales. Pero los discursos de la dictadura son más bien pesimistas, y aunque defienden con fuerza la necesidad de borrar las cicatrices dejadas por la violencia, muestran la convicción de que la herida es tan profunda que sus huellas no pueden desaparecer.

La construcción de un sujeto marcado

El haber sufrido algún tipo de experiencia represiva se constituye en uno de los puntos de partida para la construcción del sentido de la experiencia. Los discursos de la dictadura suponen que haber vivido directamente su violencia opera como un universal de significación sobre el cual se articula la experiencia de la diferencia entre sujetos. Haber sufrido la represión funciona como sentido configurador de la identidad. Las marcas de la violencia actúan como núcleo de articulación entre sus víctimas, quienes se reconocen entre sí por la experiencia común de saberse marcados. Aunque hay múltiples formas de ser víctima, la polisemia de identidades confluye en una forma común de la experiencia, que se construye en oposición a quienes no sufrieron la represión política.

Los discursos de la dictadura hablan de la experiencia de ser sujeto víctima acudiendo a la violencia de la dictadura como la característica más importante sobre la cual se conforma la identidad de dicho sujeto. Desde la vivencia de un cuerpo dañado por la tortura, hasta la de una sociedad marcada por la dictadura, pasando por la experiencia subjetiva de sus heridas (habitualmente llamadas "trauma"), las diversas dimensiones de la identidad son constituidas por las cicatrices dejadas por la violencia. De distintas maneras, los discursos de la dictadura asumen una esencialidad para la identidad de víctima, y se refieren a la necesidad de rescatar dicha esencia como condición necesaria para la elaboración social del daño.

La identidad de víctima ha funcionado como eje articulador de diversos procesos. Ha sido usada como categoría de diagnóstico psicológico, así como de lugar argumentativo que explica las más diversas características y problemas de la vida cotidiana. También opera como elemento conformador de movimientos sociales identitarios que basaron su resistencia a la dictadura y a sus regímenes posteriores en dicha identidad.

Las agrupaciones de víctimas se organizaron en torno a sus respectivos apellidos, es decir, los familiares de detenidos desaparecidos y los de ejecutados políticos; los exonerados; los exiliados y posteriormente los retornados; los ex presos políticos, etc. que defienden la relación de identidad para llevar adelante sus resistencias y proyectos políticos transformadores.

Aunque la defensa de la identidad de víctima ha cumplido en ciertos contextos políticos una función estratégica, creo que ha ido conformando una categoría esencialista.

Una de sus consecuencias es la exclusión de posibles articulaciones con movimientos políticos de transformación basados en otras categorías de sujeto u otras reivindicaciones concretas. Aunque hay asociaciones que han funcionado, por ejemplo entre feministas y movimientos de Derechos Humanos, en ellas ha primado la defensa de la categoría de víctima de la represión política. Otra consecuencia de la esencialización de dicha categoría, es el efecto de reafirmación del carácter dañado del sujeto dificultando al mismo tiempo su liberación.

El status de víctima se ha transformado en algo importante de alcanzar en la medida en que implica un reconocimiento social de su existencia como sujeto (marcado). Podría pensarse que la importancia de adquirir dicho status estaría dada por la posibilidad de acceder a los beneficios que establecen las leyes de reparación, pero su análisis en tanto discursos identitarios me llevan a sostener que su importancia trasciende dicha posibilidad, y que lo que estaría en juego es el reconocimiento de una supuesta esencia personal y social que constituye a este sujeto víctima. Un ejemplo de ello se puede encontrar en el llamado que, desde principios del 2005, está haciendo la autodenominada Agrupación de Ex- Menores de Edad Víctimas de Prisión Política y Tortura, compuesta por jóvenes que, siendo menores de edad fueron víctimas de prisión y tortura. Se trata de niños, niñas y adolescentes que permanecieron secuestrados, interrogados y torturados durante días, e incluso semanas, en recintos de detención de la dictadura o bien en sus propias casas. Se incluyen en dicha categoría a quienes estaban en gestación cuando sus madres fueron detenidas, aunque no hayan nacido en prisión, pues se considera que dicha experiencia los habría marcado aún antes de su nacimiento. La agrupación de ex menores demanda un reconocimiento formal de su calidad de víctima, y de los beneficios concretos que por tanto le corresponderían. También exigen que su experiencia sea entendida como traumática en sí misma, y no sólo en relación con la detención de sus padres: ser considerados hijos de víctimas no es suficiente para dar cuenta de una identidad a la que sienten que tienen por derecho propio.

Las críticas que expongo al esencialismo de los discursos del sujeto víctima, están inspiradas en formas alternativas de pensar las nociones de sujeto y de identidad, que provienen mayoritariamente de los estudios feministas. Voy a referirme brevemente a algunos elementos de dichas tradiciones que permiten entender las memorias de la dictadura como tecnologías de las cuales emergen múltiples posiciones de sujeto que producen al sujeto víctima.

Un principio común a las críticas anti esencialistas provenientes de tradiciones tales como la hermenéutica de Gadamer, la filosofía del lenguaje inspirada en el segundo Wittgenstein, el pragmatismo norteamericano, así como en Lacan, Derrida y/o Foucault, es la oposición a la idea de una naturaleza universal del ser humano y el abandono de la categoría de sujeto como una entidad racional transparente y homogénea. Tomando en cuenta estos desarrollos, Mouffe afirma que la historia del sujeto es la historia de sus identificaciones y que no hay una identidad oculta a ser rescatada más allá de aquellas. Ella propone un doble movimiento: por un lado, un movimiento de descentramiento del sujeto que previene de la fijación de un conjunto de posiciones alrededor de un punto preconstituido; y, por otro, el movimiento opuesto, la institución de puntos nodales que permiten articulaciones en torno a fijaciones precarias y dinámicas de significados desde las cuales se puede acceder a una pluralidad de prácticas políticas. Ella concluye que la deconstrucción de las identidades esenciales debe ser vista como una condición necesaria y adecuada para entender la variedad de relaciones sociales donde los principios de libertad e igualdad deben aplicarse.

De Judith Butler, he tomado la necesidad de analizar los mecanismos de construcción y regulación del sujeto, que serían del tipo inclusión y exclusión, es decir, creación de dominios de sujetos desautorizados, presujetos, figuras miserables, poblaciones borradas del mapa, etc.; así como la necesidad política de rastrear las operaciones de construcción y exclusión de sujetos que se dan en todo momento.

Entre las ideas de Donna Haraway que me han inspirado, está su metáfora de los cyborgs (criaturas híbridas, parciales, ficcionales y reales a la vez) para referirse a posiciones de sujeto situadas políticamente, y para expresar la fragmentación e incomplitud de cualquier identidad. La parcialidad presenta la posibilidad de la conexión con otros/as, de la polifonía y de las definiciones perecederas o simultáneamente contradictorias, desde las cuales es posible conectar. Sujetos parciales, posiciones específicas, cyborgs, se conectan produciendo límites y definiciones de sí mismos, de otros/as y del mundo. Así, incorpora una especie de fusión compleja, que da como resultado productos situados capaces de conocer y hacer.

Estas perspectivas se refieren a los mecanismos de constitución del sujeto, y lo conciben como un conjunto de posiciones construidas en el seno de relaciones de inclusión/exclusión, discursos y prácticas en las que se crean sus límites. A la vez, las posiciones-sujeto son lugares que pueden ser ocupados en ciertas condiciones por distintos individuos, aunque el ejercicio de ese espacio nunca será realizado de la misma manera.

Tomar como referencia las ideas de dichas autoras en el análisis de las memorias de la dictadura, me permite problematizar la existencia de un núcleo identitario propio del sujeto víctima centrándome en los mecanismos políticos que lo constituyen. Es el ejercicio mismo de la violencia el que genera diversas posiciones de sujeto que se definen en relaciones de significación mutua. Pero no se trata sólo de la oposición víctima/victimario, sino también de todos aquellos límites y movimientos que separan a quien forma parte de esa dupla de quien ocupa un lugar de exterioridad,

(Quino, 1993. Pág. 417)

es decir, quien se define (y es definido) como no-víctima.

Mientras escribo sobre esto siento la dificultad que implica. Las víctimas me podrían acusar de negar la dimensión de su daño y de desconocer aquello que las define. También se me podría acusar de dar argumentos que podrían eximir de responsabilidad a victimarios, asesinos y torturadores, al afirmar que ocupan una posición o rol que podría ser realizado por cualquier individuo, como si yo estuviera diciendo que la responsabilidad no es del individuo que ejerce la violencia sino del lugar que éste ocupa. Sin embargo, y aunque ya Zimbardo entregó elementos que mostraron que efectivamente cualquier individuo "normal" podría ejercer un rol represivo, no creo que esa aseveración exima de responsabilidad ética o política a quién lo haga. La primera acusación me complica más, quizás por que siento la fuerza del afecto con el que las víctimas se identifican con dicha identidad y la importancia que le atribuyen en sus vidas. Entonces, aunque el argumento de la necesidad de deconstruir dicha identidad para así develar los mecanismos políticos de su constitución me parece racionalmente adecuado, no logra quitarme una vaga sensación de estar traicionando a quienes me han confiado sus historias y dolores más íntimos*.

Las posturas de Butler, Mouffe y Haraway permiten pensar al sujeto y a sus asociaciones como coaliciones temporales: lo que Laclau y Mouffe llaman "bloque histórico". Con dicho concepto se refieren a alianzas entre elementos fragmentarios que se fijan sólo a partir de sus articulaciones, y que crean espacios sociales y políticos relativamente unificados que se construyen como antagónicos a otros espacios y que adquieren su significado en contextos y relaciones específicas. La ausencia de una esencia identitaria y de una unidad dada de antemano no impide la construcción de múltiples formas de asociación donde individuos, grupos, organizaciones, etc. están localizados de maneras similares con relación a discursos particulares, y consecuentemente a acciones comunes. Ciertas coaliciones pueden surgir como resultado de la construcción de puntos nodales: formas de unidad que pueden dar lugar a formas precarias de identificación. El concepto de "bloque histórico" muestra que la fragmentación, incomplitud y pluralidad de identidades emergentes no necesariamente significa una pérdida de capacidad política; más bien, puede ampliar caminos hacia nuevas formas de luchas que crean condiciones más difíciles de manipulación y control.

No se trata de negar la existencia de un sujeto víctima, sino de asumir su carácter de construcción histórica, y de entender sus fijaciones como resultados temporales hegemónicos, estabilizaciones de poder que implican siempre ciertas exclusiones. Estas perspectivas aluden a la importancia política de tomar en cuenta la creación y recreación de límites y significados justamente por el carácter político de las articulaciones.

Una vez que se acepta que el sujeto víctima está constituido en redes de relaciones de poder, es necesario pensar en sus posibilidades de agencia y transformación en el ámbito de las acciones políticas. También es necesario (siguiendo a Butler), preguntarse cuáles son las condiciones de posibilidad de su agencia, así como reconfigurar la matriz de poder en la cual estamos constituidos/as o las posibilidades de regulación que puedan desestabilizar los regímenes de poder existentes. Cuestionar la fijación de la categoría de víctima y sus identidades, permite abrirse a ese tipo de cuestiones redefiniendo el rango de posibilidades de articulación para acciones políticas de transformación social.

Fijar la vista en el presente

Cuando entendemos a los sujetos sociales y sus problemas del presente como una producción permanente de las formas de relacionarnos, pierden importancia las huellas del pasado, y se hacen visibles las prácticas actuales de dominación. Nuestra sociedad sigue practicando sus rupturas y polarizaciones; la acción política de los y las ciudadanos/as chilenos/as sigue marcada por el miedo y la amenaza constante del poder militar; nos conformamos con una democracia que no garantiza ni la justicia, ni la paz, ni el bienestar; las personas que vivieron experiencias represivas en el pasado siguen sufriendo las distintas formas actuales de la violencia. En dichos procesos el pasado y el presente se relacionan dialécticamente y necesitamos complejizar nuestras explicaciones para poder entenderlo. La fragmentación, la polarización social, la institucionalización de la mentira, la militarización de la vida civil, la amenaza y el miedo, (entre otras) son característicos de las relaciones sociales actuales que son constantemente producidas por las prácticas sociales y políticas que mantenemos vigentes.

La retórica de la marca nos invita a situar la vista en el pasado y construirlo como causa inamovible del presente, lo que nos hace perder de vista la vigencia de las prácticas de dominación. Dicha retórica construye la noción de que hay esencias (personales y sociales) que han sido fracturadas o trastornadas (traumatizadas) por las acciones represivas de la dictadura, lo que desperfila el carácter constructor de relaciones sociales de nuestras acciones. He mostrado la necesidad teórica y política de criticar la idea de que tenemos una subjetividad personal y colectiva que fue dañada, entendiendo cómo nuestras prácticas sociales construyen una forma de ser personal y social, y cómo nuestras memorias de la dictadura construyen sujetos que sostienen la precariedad democrática en la que vivimos. El sujeto víctima se ve a sí mismo/a y es visto por otros/as como un sujeto con atributos especiales y, al categorizar y estigmatizar a quienes los poseen confirma la normalidad de aquel sujeto no-víctima o normal. Es decir, el atributo de dañado o traumatizado de este sujeto lo convierte en un sujeto desviado de la norma, es decir (como dice Goffman) alguien que se aparta negativamente de las expectativas particulares que están en discusión.

El análisis de las memorias de la dictadura que he realizado como investigadora me ha permitido centrarme en los efectos políticos que ellas producen. He mostrado cómo las metáforas que usamos al recordar, principalmente las de trauma y reparación tienen el efecto de construir una esencia no sólo del ser víctima sino también del ser normal; construyen una relación causal entre el pasado traumatizante y el presente traumatizado; entre procesos socio políticos y fracturas personales, contribuyendo a crear la convicción de que lo social es inmodificable. También he expresado mi convicción de que dichos efectos van a contrapelo de la voluntad e intenciones políticas de quienes practican dicha retórica. He insistido en la necesidad de poner en tensión las certezas esencialistas que los discursos de la dictadura producen, de entender la memoria como una práctica social que reproduce la realidad que recuerda, y que es construida por todos/as nosotros/as en nuestras reflexiones, nuestros diálogos cotidianos, nuestras fantasías y narraciones del pasado, etc.

marchaRearme

11 de septiembre: una convocatoria abierta para rearmar los sentidos de nuestra historia

Las conmemoraciones son una forma específica de producción de memoria, una práctica social que a menudo contribuye a fijar las versiones hegemónicas del pasado. Es precisamente lo que creemos que ocurre con la marcha que cada año se realiza el 11 de septiembre, que camina desde La Moneda al cementerio, reproduciendo una y otra vez el recorrido de la muerte. Aunque dicho ritual posibilita el encuentro y la elaboración del sufrimiento de las víctimas, ha dejado de constituirse en un referente político para muchos y muchas que no nos sentimos representados en él. Creemos que el 11 de septiembre debe seguir siendo una fecha significativa en la vida nacional, y que los diversos sectores sociales, con sus múltiples memorias debemos contribuir a su conmemoración resistiendo por un lado los intentos de invisibilización de nuestros conflictos, y por otro el cierre de la transición.

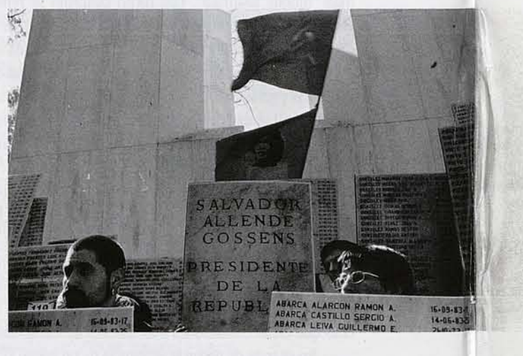
Considerando lo anterior es que proponemos que la marcha del 11 de septiembre del 2005 no termine en el cementerio. Con un conjunto de acciones performativas y por medio de la utilización simbólica de la imagen del memorial, convocamos a seguir para volver al centro cívico. Es decir, luego de conmemorar a los muertos y desaparecidos de ese día, regresar a La Moneda llevando la acción política de vuelta al centro de nuestra ciudad.

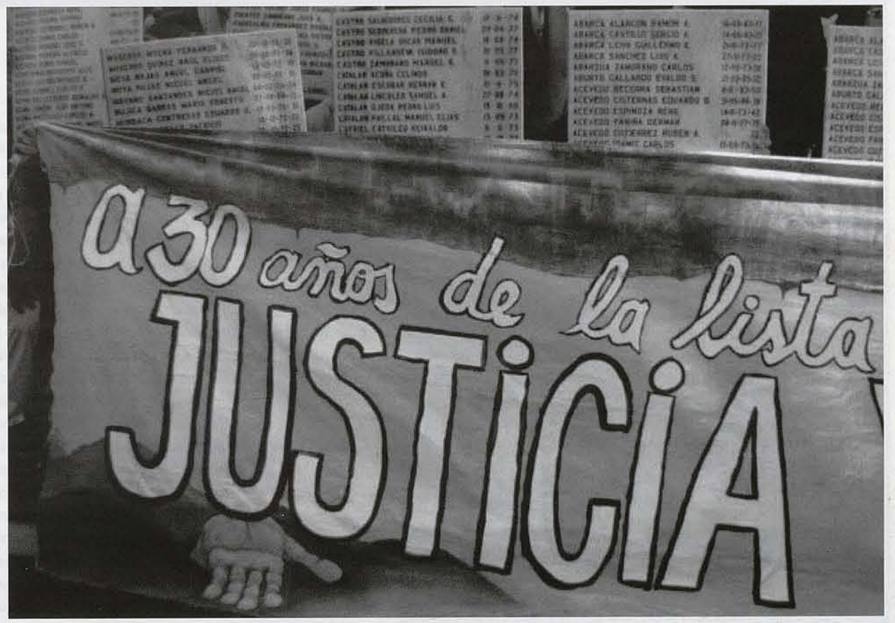
Con esta acción buscamos abrir nuevos significados en las memorias del golpe y la dictadura, rearmando recuerdos, contribuyendo a resignificar el pasado, y por ende el presente y el futuro. Se trata de desplazarse desde el cementerio hacia La Moneda, desde la muerte hacia la justicia, hacia la vida, hacia el lugar de la acción política. Se trata de rescatar el contenido político de quienes murieron luchando por una sociedad más justa, encarnando la memoria en una lucha por la vida.

En concreto, convocamos a reunirse el 11 de septiembre de 2005 en el memorial del detenido desaparecido y ejecutado político (cementerio general) a las 13:30. Una vez que haya terminado el acto de las agrupaciones de Derechos Humanos, nos desplazaremos hacia un segundo punto de encuentro en la tumba de Salvador Allende

- **Primer Encuentro: Memorial Cementerio General (finalizando el Acto Central) 13:30 hrs**
- **Segundo Encuentro: Tumba Salvador Allende 14:30 hrs**
- **Tercer Encuentro: Puente "La Paz", Río Mapocho**
- **Cuarto Encuentro: Ex Congreso Nacional (Bandera con Catedral)**
- **Quinto Encuentro: Acción Rearme Plaza del Pueblo (Alameda con Teatinos)**

Colectivo marchaRearme





Luz Arce: militancia, colaboración, perdón

(palabras desde la zona gris)

Michael Lazzara

La postdictadura está llena de biografías mutiladas que no se dicen ni condicen con los maniqueísmos imperantes en los léxicos oficiales (traición y heroicidad, derechas e izquierdas).
Sin embargo, a lo largo de la transición, pocas de estas voces se han atrevido a hablar. El relato oficial tiende a sacralizar y volver intocable al militante martirizado, mientras la figura de la traición se mantiene oculta y estigmatizada en bocas que no quieren admitir la "derrota". No obstante, los cuerpos traidores son una parte innegable del relato post; ponen en relieve los dilemas ético-morales de la zona gris y encapsulan los quiebres de cuerpo, voz y subjetividad que son producto de la delación y la colaboración.

¿Cómo integrar el antes, el durante y el después en un relato autobiográfico que haga sentido y que permita narrar los traumas sufridos? ¿Cómo proyectarse en distintos tiempos y espacios cuando asedian las secuelas de la tortura y la colaboración y pesan las vergüenzas de toda índole? Volver hoy a la voz de Luz Arce–una de las figuras más emblemáticas de la traición–podría ser una forma de replantear preguntas éticas claves y de reconsiderar los "temblores de expresión" y "trizaduras de sentido" que la oficialidad ha tendido a eclipsar.[2]

Los fragmentos de conversación que siguen forman parte de un proyecto de libro en curso y responden a un intento de reponer en escena a una de las voces más complejas y controversiales de la postdictadura chilena, precisamente para que esa voz luego sea interrogada y desconstruida críticamente. Desde su testimonio inicial ante la Comisión Rettig y la subsiguiente publicación de El infierno (1993), Luz Arce ha inspirado el rechazo de muchos y la aceptación de otros. Hay quienes la critican, justificadamente o no, por haber delatado bajo tortura, por haberse convertido en funcionaria de la DINA-CNI, por haber mantenido relaciones afectivas con oficiales de los servicios de inteligencia, o por haberse metamorfoseado camaleónicamente de acuerdo con los flujos del poder. Hay también quienes le han perdonado sus transgresiones o que han acatado su discurso de cristiana arrepentida. De cualquier forma, queda la pregunta si Luz Arce ha dicho todo lo que atestiguó como presa y funcionaria, o si su propia verdad ha tenido límites.

Arce actualmente está radicada en México donde hace artesanías para turistas extranjeros. Abandonó Chile por falta de posibilidades laborales y por los estigmas sociales en torno a su persona. Al llegar a México, esperaba encontrar un lugar donde ya no sería percibida como la "puta y traidora" y donde podría ofrecerles una vida mejor a su marido y sus hijos. Sin embargo, ha seguido con dificultades económicas, psicológicas y de integración a su nuevo lugar de acogida.

Conocí a Luz Arce en Santiago de Chile en noviembre del 2004, aunque habíamos estado en contacto por e-mail desde el 2001. Para esas fechas, Arce había venido a Chile para declarar en procesos de derechos humanos. Me pareció una mujer afable, fuertemente arraigada a su penitencia cristiana, pero también una persona que controla su discurso y mide sus palabras. A ratos su habla cedía paso al llanto; a ratos, de cara a una pregunta difícil, simplemente rehusó a contestar. Tampoco quería repetir nombres que "ya estaban declarados", temiendo que el mero acto de decirlos haría volver el dolor con una intensidad intolerable. Reiteró a intervalos que ésta sería la última entrevista que daría en su vida. Y dijo estar cansada de que sus palabras sean distorsionadas por periodistas y académicos motivados por programas ideológicos personales.

Al reflexionar sobre esta experiencia de entrevista con Arce[1] *y sobre mi experiencia personal como lector de su libro, me sigo preguntando: ¿qué debería esperar de una Luz Arce? ¿Qué quisiera que dijera su voz traumatizada? Y entonces recuerdo una cita de Primo Levi: "Uno no puede esperar de seres humanos que han conocido tan extrema destitución una declaración en el sentido jurídico, sino algo que es a la vez un lamento, una queja, una expiación, un intento de justificarse y de rehabilitarse: un estallido liberador más que una verdad con cara de Medusa". Me parece que aún hoy la biografía rota de Luz Arce, en sí, tiene un valor testimonial que es instructivo atender.*

MICHAEL LAZZARA / *En la primera parte de* El infierno, *Ud. se refiere a su militancia en el Partido Socialista. Reflexionando desde hoy, ¿por qué y para qué estaba luchando como militante?*
LUZ ARCE / Creo que es justo precisar, para salvaguardar los decires, que en rigor yo nunca fui militante. Sólo alcancé a obtener un carnet de simpatizante. O sea, mi asociación con el PS era informal. Lo que pasa es que la dinámica cotidiana y la rapidez con que se vivía en esa época hicieron que en determinados momentos yo fuera llamada a desempeñar ciertos roles. Honestamente yo ingreso a la vida política en mayo del 72. Y entre mayo del 72 y septiembre del 73 es un período muy breve. Por lo tanto, la formación adquirida en tan corto tiempo también es precaria.

M. L. *Sin embargo, Ud. lograba, según cuenta en su libro, tener ciertos roles en grupos privilegiados y bastante formalizados como el GAP (Grupo de Amigos Personales de Salvador Allende) y el GEA (Grupo de Apoyo Especial).*

L.A. Una de las paradojas de la vida es que curiosamente la misma persona que me lleva al GAP es la que me lleva a la DINA. Raúl Juvenal Navarrete Hancke se llama el muchacho, y creo que está por jubilar ahora en la Dirección de Inteligencia Nacional del Ejército (DINE). Este muchacho es alguien con quien aprendimos a caminar juntos en la misma plaza mientras nuestras mamás tejían. Después íbamos en los mismos cursos en el colegio. Entonces, ¿qué pasa? Un día cualquiera, yo recién separada, sin trabajo, y con mi hijo de un año, veo a este muchacho arriba de una micro. En ese momento yo era profesora de educación física y trabajaba en el mismo lugar que mi ex marido. Entonces, siendo la joven bastante rígida que yo fui, decidí renunciar a mi trabajo de profesora. Sin trabajo y teniendo que mantener a mi hijo, voy arriba de la micro, rumbo a una tienda donde decían que necesitaban vendedoras, y me encuentro casualmente con este muchacho que hace un tiempo no veía. Él me preguntó en qué andaba. "Buscando trabajo", le dije. "¿Y por qué?" "Me separé, qué se yo…" "Ah, mira, yo te consigo trabajo… Vamos…" Y en lugar de bajarme en la tienda, donde tenía que ir, me bajo con Raúl en La Moneda.

En ese momento yo tenía una conciencia social genuina, bastante más desarrollada que la de mi familia, por lo menos. Mis papás eran de clase media baja. Mi papá era empleado administrativo de una empresa de Ferrocarriles del Estado, con un sueldo que a duras penas alcanzaba. Sin embargo, eran muy arribistas mis padres. Bueno, tenía un abuelo español, que quedó sin trabajo porque no era comunista, porque en el tiempo de la represión al PC él tenía ideas *gremialistas*. Yo, de chica, estaba muy pegada a mi abuelo. Recuerdo que cuando yo tenía 6 años él me dio a leer a Víctor Hugo. Y a los 10 años, gracias a él, yo había leído todos los clásicos, o por lo menos los más representativos. Creo que fue mi abuelo el que formateó mi alma. Por tanto, conciencia social yo tenía. Entonces, ¿qué pasa? Yo hasta ese momento me vivía normal: carrera universitaria, me caso con un compañero de curso, tengo un hijo, trabajamos, ya habíamos logrado construir nuestra casita… ¡Todo bien según el prisma ajeno! ¡La pareja con un mundo por delante! Pero yo decido que no. Decido separarme, y me separo. Y ahí estoy arriba de esa micro cuando ese muchacho, Raúl, después de una breve conversación, viene y me mete a La Moneda. Y ahí sentí, por primera vez, como que todo me cuadraba adentro. Esa vivencia cotidiana, con esa cercanía con Salvador Allende, era bien especial.

El GAP fue gente –no todos, pero sí la gran mayoría– que provenía de campamentos, de sectores muy marginales. Yo creo que ninguno de ellos había terminado ni su colegio. Pero yo siempre, gracias a mi abuelo, había sido muy buena lectora. De repente yo leía un libro diario. Yo no tenía dinero, así que buscaba gente que tuviera biblioteca para poder leer. La Dirección del GAP se fijó en mi hambre de aprender y ellos me empezaron a dar libros: el libro del Che, el *¿Qué hacer?* de Lenin, etc. Y yo leo, leo, leo todas las noches y con cierta facilidad para hacerlos resumir. Siempre tuve facilidad para hablar y escribir. Entonces, preparaba resúmenes y los tipeaba para que se pudieran fotocopiar y distribuir entre los compañeros. Estaba en la máquina golpeteando mientras el Presidente Allende estaba adentro durmiendo en su sillón. También me pusieron a dar clases porque, como yo antes era profesora, la didáctica la tenía.

Entonces, cuando Raúl y yo nos bajamos de la micro ese día, Raúl me lleva donde Enrique Huerta (muerto en el Palacio y desaparecido hasta la fecha), y Raúl le dice a Enrique: "Mira, ella es

una amiga y nos criamos juntos". Y Huerta le dice, "Bueno,'¿y es militante?" "No", le dice Raúl, "pero aquí se va a instruir. Es bien inteligente. Es universitaria y todo lo demás". "¿Y qué hace Ud.?", dice Huerta. Y yo le largo el cuento. Entonces, él me quedó mirando así, y me dice: "¿Sabes escribir a máquina?" "No, pero aprendo", le digo. Y esa misma noche memoricé todas las letras de la máquina, y fue así que aprendí a escribir a máquina.

Estando en el GAP, lo primero fue muy cotidiano. Las funciones que me asignaban en el GAP eran muy fáciles: todo lo administrativo, ocuparme de los dineros de la caja chica... Pero de repente me incorporé a la guardia, por una necesidad casera. En ese momento yo *no sabía* las diferencias entre el Partido Socialista, el Partido Comunista y el MIR. ¡No tenía idea de nada! Sin embargo, de repente empiezo a ver todo ese mundo del GAP, y empiezo a leer aquellos libros doctrinarios que me parecían la Biblia misma. Fue como si de un día para otro me cambiara la vida.

M. L. *¿Y fue a través de esas lecturas que se fue politizando su mirada?*

L. A. Sí, sí, sí, sí. Yo seguía sin saber qué era el Partido Socialista, o qué era el Partido Comunista, o el MIR, pero sí estudiando marxismo. Ya a fines de junio, julio del 73, ya estaba viviendo en la casa presidencial, y luego en la casa del GAP en la cordillera, la casa de la Payita.[3] Esto fue muy rápido, y seguí sin saber de los perfiles de los partidos políticos en Chile, pero sí aprendiendo de seguridad. Ya entré en la Escuela de Cuadros. Ya hice el curso de explosivos. Ya voy al curso de tiro o de educación política. Pero todo así entremedio.

Entonces, estando ya en el GAP, me entero algún día que esa estructura es del Partido Socialista. Y como yo estaba ahí, se supone que yo soy socialista. Fue así de azaroso. Yo entro en el GAP en mayo del 72, y fíjese que en junio del 73 es ya el primer intento de golpe, que lo resolvió el mismo Comandante en Jefe del Ejército don Carlos Prats. A partir de ese acontecimiento, todo el mundo decía que el golpe ya era algo concreto. ¡Venía!

El día del Tancazo yo estaba en la Escuela de Cuadros.[4] Se suponía que yo tenía que lograr una mejor formación para luego ingresar al aparato militar del PS. Y apenas diez días después de mi llegada, viene el Tancazo y, de repente, mi Jefe me dice: "Luz, con alegría y con pena tienes que irte. Yo te propuse al Comité Central porque ellos necesitan gente para integrarse a ocho distintos cuadros políticos militares". El mismo 26 de junio de 1973 me llevan al Comité Central. Entro, y me paran junto a otras siete personas. Los siete nos mirábamos, y los reconocí porque había hartos GAP. Y ahí nos leen la cartilla. Dicen que: "Ahora ustedes pasan a ser parte de los GEA (Grupos Especiales de Apoyo a la Comisión Política), y su misión va a ser altamente clandestina, altamente compartimentada. A partir de hoy no tienen casa; no tienen nombre; no tienen familia. Era todo lo usual. Nuestra misión pública como GEA era montar una Escuela de Cuadros para los viejos de la construcción que iban a ser la columna Santiago Centro en el "Plan de Defensa de Santiago". El "Plan Estrella" o el "Plan de Defensa de Santiago" era un plan de defensa del Presidente y su gobierno en caso de que un golpe resultara. Se supone que nosotros debíamos reaccionar militarmente con una fuerza armada. Y los "soldados" nuestros, digamos, iban a ser los viejos más duros de los sindicatos y de los gremios de la construcción. Se supone que nosotros ocho, los GEA que estábamos ahí (y de los cuales éramos dos mujeres y todo el resto varones), teníamos que armar la escuela y darles sus clases a los sindicalistas y los gremialistas–instruirlos y estar preparados por si viniera el golpe.

M. L. *Según Ud., ¿cuán real era la amenaza que representaban ustedes como militantes radicales en la sociedad chilena a principios de los 70? Es decir, ¿qué impacto real podrían haber tenido?*

L. A. Todos seguíamos a Carlos Altamirano, y Altamirano establece alianza con los sectores radicales, ¿no?: con el MIR, con la Izquierda Cristiana, con el MAPU. Yo le dije que la función pública nuestra era establecer una Escuela de Cuadros, pero en la clandestinidad nosotros éramos un grupo operativo de acción. O sea, yo puse bomba en el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura… ¡Qué vergüenza!... No teníamos tampoco explosivos, pero ahí pusimos un cono de trotil.

Yo me he preguntado muchas veces: ¿cuánto como socialistas, como partidos, colaboramos en que cayera Allende? Porque la realidad es que la fracción más radical del Partido Socialista, a la cual pertenecía Altamirano, con el MIR, el MAPU-Garretón (porque el otro MAPU era más moderado), sólo estaban presionando a Allende para que tomara decisiones más radicales. Y Allende quería hacer una cosa más pausada, más democrática.

M. L. *Y si, pensando atrás, tuviera que hacerle una crítica al gobierno de Allende, ¿cuál sería?*

L. A. Yo creo que don Salvador tenía gente muy bien intencionada, pero muy incapaz de hacer sus labores. Yo creo que fue elegido presidente antes de tiempo, y creo que la izquierda en general no estaba preparada para asumir el gobierno. Sus mejores cuadros hicieron todo lo posible, pero los cargos fueron llenados con gente incapaz.

Por otra parte, el Partido Comunista y el Partido Socialista estuvimos siempre inmersos en una lucha caníbal de manera visceral. A veces en las concentraciones de la Unidad Popular, donde se suponía que todos debíamos ir marchando juntos, de repente pasaban los obreros de tal fábrica (del Partido Comunista, o los miristas con sus pasamontañas, sus palos, y sus cosas), y se portaban agresivamente. ¡Hasta nos baleaban a los PS! O nos agarraban a cadenazos dentro de las mismas manifestaciones. A veces estábamos los socialistas en la Alameda y los pacos nos tiraban gases lacrimógenos. Y justo detrás de los pacos estaban los PC esperándonos para pegarnos. Y nosotros ahí como ratas encerrados… Entonces, no estaban dadas las condiciones para gobernar.

Yo creo que Allende muchas veces debe haber soñado con un cambio, a futuro, pero él tenía claro que su gobierno debía ser como nosotros peyorativamente decíamos "reformista". Allende quería acentuar cuestiones sociales, pero se vio forzado de muchas maneras. Y lamentablemente yo, en lo personal, estuve en ese lado que estaba forzándolo. Curiosamente, esa crítica yo no la

he visto en mi país, ¿eh? Ni de parte de los partidos, ni de parte de las personas.

M. L. *Hablemos de su colaboración. ¿Cómo es que llegó a colaborar con la DINA?*

L. A. Quiero decir que yo, frente a la DINA, estaba mintiendo en muchas cosas. O sea, mi colaboración nunca fue cien por ciento. De hecho, si alguien se da alguna vez el trabajo de examinar a quien entregué yo (...que desgraciadamente murieron cuatro personas, pero fue porque ahí no hubo una lógica...), verá que yo no entregué a nadie que fuera ni siquiera un mando de una célula del partido. O sea, traté de encontrar la manera más indolora de colaboración.

En esos momentos atroces, en el peor período, que es agosto del 74, que es cuando entrego gente, entregué gente de la Juventud, entregué gente de movimientos, o sea, de la periferia del partido. Yo estaba segura que aunque ellos hablaran, no iban a permitir que la DINA entrara en el partido a través de la información que podían sacar. Yo pensé que como esta gente era tan joven y ni siquiera habían pasado por instancias del partido donde hubieran ejecutado tareas militares o hubiera armas, yo pensé que máximo unas pateaduras y chao. Pero no fue así. No fue así... Y hay cuatro desaparecidos...[5]

A mí hay gente del partido—militantes que tenían algún cargo en esa época– que se me han acercado y me han dicho "Gracias". Y yo les digo, "¿Por qué?" "Porque tú no me entregaste"... "¡Ah!", les digo, "ya pasó eso hace 30 años"... Pero me lo dicen a mí. No lo dicen al interior del partido.

Yo creo que lo que yo hice me va a doler siempre. Y creo que la gente que yo entregué, según yo apegada al manual de mi partido, según yo apegada a la instrucción... Porque, en rigor, primero entregué a los muertos. Después entregué a los presos. Después entregué a los exiliados, y me fueron descubriendo. ¡Claro, era lógico! O sea, entregaba unos tres nombres, cuatro nombres, y cómo ubicarlos, e iban los Dinos, y descubrieron que esas personas habían sido ejecutadas hace rato. Volvían los Dinos y yo les juraba que eso no lo sabía.

Como yo empiezo a colaborar seis meses después de caer, pude decirles a mis represores que yo no sabía, aunque muchas de esas cosas yo sí las supe. Curiosamente, estando presa, inconsciente, golpeada como estaba, yo estaba siempre escuchando. Siempre estuve recopilando información en esa época, sin pensar que algún día iba a servir en tribunales como hoy en este momento. En esa época yo recopilaba información porque tenía que saber si caía alguien que conociera mi nombre. Yo durante tres días oculto mi nombre para dar tiempo a mi familia de que limpie mi pieza para que no los embarquen a ellos. Y cuando yo estimo que mi gente ya revisó mi pieza, ahí entrego mi nombre. Yo, hasta el día 20 de marzo, era Isabel Romero Contreras. Y ellos me pegaban porque ya habían descubierto que el nombre era falso y que el domicilio que tenía mi cédula no existía. A lo largo de los meses siguientes –hasta mediados de agosto– yo no entrego nada nunca. ¡Nunca, nunca, nunca! Y cuando ya me quiebro, parto por esa gente que le he mencionado.

Ahora, resulta que mucha de esta gente que entregué, yo ayudé a asilarla antes de caer. Entonces, sabía que ellos no iban a caer porque ya estaban asilados: o estaban dentro de alguna embajada todavía, o estaban en otro país. En ese sentido, corría poco riesgo, y esa estrategia me daba tiempos cortos. Salían los equipos de la DINA, hacían sus diligencias, y con suerte para mí caían miristas. Por lo tanto, me dejaban tranquila. Y cuando terminaban con esa línea de tortura, volvían a mi lista, y descubrían que nuevamente los que yo había nombrado estaban exiliados. Todo el tiempo sigo insistiendo que mi información data de más de seis meses. Y, por tanto, sigo recitándoles el *Manual del combatiente*. Y ahí descubro que los de la DINA no me entienden. Por ejemplo, le hablo de "la caleta" y me dicen "¡¿Y qué es caleta?!"... "Bueno", les digo, "es donde uno se esconde"... Y es ahí donde descubro que hay una posibilidad. ¡Pero esa posibilidad de colaboración tuve que crearla! Y obviamente Krassnoff me manda a la punta del cerro porque Krassnoff era una persona de acción.[6] O sea, para Krassnoff el detenido era para emparrillarlo y para que éste le diera la información para ir a buscar otros detenidos, y llegar al Comité Central del MIR, y llegar a la Comisión Política... ¡Krassnoff nunca me escuchó! Pero afortunadamente me pusieron después con Ciro Torré Sáez, que era un oficial de Carabineros que dudo que haya tenido un par de neuronas funcionando. Y de repente me doy cuenta que este oficial se siente discriminado dentro de la DINA porque los oficiales con estrellas eran Krassnoff y Lawrence.[7] Además, el tipo no manejaba un gran vocabulario, y le dije que si él iba a ser un oficial de "Inteligencia", él tenía que aprender el vocabulario marxista. Entonces, yo comencé a escribirle un diccionario de izquierda. Me dio papel y una máquina de escribir, y yo escribí hojas y hojas y hojas. Escribí unas 60 u 80 hojas de un "Manual de Comunicaciones" que nunca existió y para el cual tuve que acudir a mi imaginación: a los libros de espionaje que había leído, a mis recuerdos, a todo lo que se me ocurría inventar. Es decir, elaboré estrategias, dentro de mis posibilidades, para evitar estar en la calle entregando gente.

Entonces, estrategias como ésas me sirvieron porque yo logré no seguir buscando gente en la calle. Logré no seguir entregando compañeros. O sea, yo no sólo fui traidora, sino fui una traidora que además trató de ser lo menos traidora posible. Y eso me ayudó a sostenerme. Porque yo siento que si me hubiera quebrado absolutamente, hubiera entregado hasta a mi propio papá –que no es una metáfora– porque mi papá tuvo actividad con la izquierda donde trabajaba. ¡Pero jamás supo la DINA de mi papá! Además, yo saqué a mi hermano de ahí. O sea, yo me quiebro sólo cuando lo veo a él torturado. Ahí sí que no pude razonar.

M. L. *Algunas críticas no tienen que ver tanto con su colaboración en sí, sino con lo que podríamos llamar la "burocratización" posterior de su colaboración. Es decir, el convertirse en funcionaria y aceptar un sueldo de la DINA/CNI ...*

L. A. Cuando el 7 de mayo del 75 nos sacan a Marcia, Carola y yo, sin decirnos adónde vamos, y de repente nos encontramos en el Cuartel General, yo pensé que nos iban a matar.[8] Francamente no teníamos más alternativa que estar ahí. Luego, Contreras llama a cada una por separado a su oficina y agrega que en breve nos va a sacar de Villa Grimaldi, que nos va a poner a vivir las tres

juntas en un apartamento frente al Cuartel General en Calle Marcoleta, y que vamos a continuar trabajando cada una en lo que hacíamos hasta la fecha. O sea, yo seguiría trabajando como secretaria de Rolf Wenderoth Pozo.[9] Fíjese que yo me quedé muda, y le pregunté a Contreras si había alternativa. Yo entré primero a la oficina, después Alejandra, después Carola... Y al salir nos mirábamos las tres. Fue bien raro. Sentí la misma sensación que cuando se dan cuenta que estoy entregando gente, que los pueden encontrar para llevarlos a torturar.

De pronto volvemos al auto las tres, y la Carola (que siempre ha sido muy práctica) le decía al oficial que iba manejando: "¿Y nos van a pagar sueldo? ¿Cómo vamos a ser funcionarias si no tenemos ropa?" Ella estaba preocupada de las cosas prácticas. Y ahí empiezo a pensar: "¿Y esto qué significa?" Y para mí en ese momento significaba no dormir más en Villa Grimaldi ¡Significaba no dormir más en esa porquería!

Y empiezo a ver cuáles van a ser los cambios, y me tranquiliza que según Contreras voy a seguir haciendo lo que hago, es decir, tomar nota de lo que Wenderoth me dicta. O sea, sigo sin perder mi objetivo de no entregar más gente. Incluso, ya no podía. Ya cayó toda la gente que yo conocí. Ya no sé dónde viven. Ya hace más de un año que no sé más nada. Entonces, por ese lado estoy tranquila, y empiezo a pensar: "Bueno, ¿Y ahora qué sigue?

Luego, con el tiempo, con los días, yo voy pensando que "tengo que salir de aquí". Pero además, yo tengo que lograr que ellos me *dejen* salir. Si bien antes mi objetivo fundamental era no entregar gente, después mi objetivo pasa a ser cómo hago para salir. Y lo primero que hago, luego de estar con Wenderoth como funcionaria, es preguntarle si no me dejaría hacer un curso de secretariado. Wenderoth ya había autorizado a Marcia y a Carola, pero él no quería dejarme. Quería retenerme ahí con él. ¡No me autorizó para hacer el curso de secretariado por la simple razón de que él quería tenerme ahí sentada en su escritorio! En esa época, saldríamos las tres del trabajo a las cinco y media de la tarde, y Wenderoth nos subiría al auto y nos iría a dejar. Llegábamos a la casa, hacíamos un té con pan tostado, él tomaba té con pan tostado con nosotras, se iba, y nosotras echábamos todas las llaves y todos los seguros. Y aparte de lo que era normal en cualquier casa de Santiago, pedimos que nos pusieran además cadena y un ojo para mirar.

Cuando ese día 7 de mayo nos convirtieron en funcionarias, yo me dije: "Bueno, por lo menos voy a volver a caminar por el parque que está cerca otra vez". Pero la verdad es que pasaron meses antes de que yo me atreviera (o las chicas se atrevieran, o todas juntas nos atreviéramos) a salir un sábado en la tarde o un domingo a caminar por el parque. O sea, era una situación tan enferma que si bien de alguna manera nos soltaron con posibilidad de circular, las tres tardamos mucho tiempo en hacer uso de eso.

M. L. *Parece que hubo varios momentos, como funcionaria, que hubiera sido factible que Ud. saliera de la DINA-CNI. ¿Por qué se quedó tanto tiempo? ¿Por qué no se fue antes cuando tuvo la oportunidad?*

L. A. Yo no me fui de la DINA, no me fugué, no me escondí, porque conocía perfectamente la experiencia de Marco Antonio y de Luca –los muchachos del MIR de la conferencia de prensa.[10] Ellos habían hecho el mismo proceso de colaboración que nosotras habíamos hecho, y la DINA los dejó en libertad vigilada incluso antes que a nosotras. Ellos, a fuerza de la DINA, tomaron contacto con el MIR y mandaron unas cartas haciendo una autocrítica. Y resulta que la DINA tenía interceptado el correo del MIR pa' afuera; leyeron las cartas y mandaron a buscar a los miristas. Yo los vi entrar vendados y engrillados. ¡Y murieron! Y después me entero que estos muchachos, cuando se dan cuenta que están siendo buscados, se van a la Vicaria de la Solidaridad y Cristián Precht no los aceptó. No los aceptó porque tuvo miedo. Y eso me parecía lógico. Entonces, yo decía: "Y ¡si yo me fugo, cero peso!"

Además, lo que nos pagaban en ese momento me alcanzaba para el desodorante, la pasta de dientes y el confort que compartíamos. Y sólo nos suben un poquito el sueldo cuando Wenderoth ve que ni siquiera tenemos ropa para ponernos. Y tampoco ese sueldo era la gran maravilla: daba para pagar la colegiatura mensual de mi hijo y después me quedaban quinientos pesos que alcanzaban para su movilización escolar. Eso era todo. Yo, por años, comí lo que daban a la hora de almuerzo en el Cuartel General y más nada. Con suerte un té en la casa y un pan. Hasta el pan de las once lo compraba Wenderoth. Entonces, claro que tuve que cobrar ese sueldo. Además, trabajarles gratis a esos milicos no lo habría hecho.

Pero sinceramente no le voy a decir la frase "no tuvimos alternativa". No es ésa la frase exacta. La frase exacta es que "las tres sentimos terror". Y creo que Carola hasta el día de hoy lo siente. Marcia dejó de sentirlo el día que se decide a declarar en noviembre del 93, y yo dejé de sentirlo cuando me aceptaron la renuncia o a lo largo del proceso. ¡Y era tal el terror nuestro que tardamos meses en salir a la calle! De hecho, me fui en cuanto pude. Hoy en día se sabe, por ejemplo, que Carola jubiló en la DINE, que ella se quedó los veintitantos años para jubilar. Hoy día ella tiene su departamento propio. Todos los meses recibe una cantidad de dinero. Si se le va a caer un diente, puede ir al Hospital Militar. No tiene que andar pidiendo como yo. Pero todo eso no importa.

Hay gentes en Chile que dicen que lo de colaborar bajo tortura es entendible, pero no que me hubiese quedado como funcionaria. Yo a eso no he respondido nada. Primero, no fui capaz de irme así no más, inmediatamente. Y en otra dimensión, necesitaba vivir. Recibí el sueldo cada mes a partir de marzo del 76 hasta octubre del 79. Fui al Hospital Militar para sanar las dolencias generadas en el período de la tortura. De todo eso sí soy responsable, y lo asumo. Tenía que enviar a mi hijo a un colegio, comprar su comida, etc.

M. L. *¿Ha dudado en algún momento posterior de su decisión de sobrevivir (y, como consecuencia, colaborar) en vez de no entregar ninguna información y aceptar las consecuencias de esa decisión?*

L. A. Estando en ese período de ser torturada, con el balazo de AK en el pié derecho, hospitalizada, operada varias veces, a cada instante sentía que morir sería una liberación. Pero no morí. Mi intención era resistir. De hecho soporté la tortura diaria durante seis meses –los más largos de mi vida– sin entregar ninguna

información. Por ejemplo, interrogada y torturada en Londres 38, antes de ser colaboradora, se me pidió bajo tortura que firmara una declaración diciendo que el soldado Rodolfo Valentín González Pérez de la Fuerza Aérea (a la fecha desaparecido) era un traidor a la DINA. Me negué a hacerlo. El oficial Krassnoff parecía apurado y me apremiaba a que firmara rápido para evitar el dolor. Y negué nuevamente. Hasta que cansado ya, Krassnoff ordenó que pusieran mi huella digital en el documento. Yo estaba desnuda en la parrilla, atada de pies y manos, y alguien corrió a buscar una tinta y un timbre, y a la fuerza pusieron mi pulgar en el tampón y luego en un papel que nunca vi ni leí. No sé qué pasó con ese documento. ¿O estará en la FACH? ¿O sólo era para el superior de Krassnoff? ¿Habían asesinado ya al soldado? No sé. Muchas cosas ocurrían así en la DINA. Por cierto ese día siguieron torturándome, sólo para que aprendiera.

Supongo que está todavía generalizada la idea de que murieron o desaparecieron sólo las personas que no colaboraron. No es así. Sé de casos en que las personas entregaron información e igual murieron. Y le aclaro que no lo sabía al momento de ir a la Comisión Rettig. Fueron los abogados que me demostraron cómo algunos compañeros desaparecidos o ejecutados sí entregaron gente antes de morir. No todos los que sobrevivimos colaboraramos, pero sí más de los que se dice. Pero todavía muchos piensan en Chile que morir a manos de la DINA era siempre sinónimo de la no-colaboración. Morir era una posibilidad permanente en esos días. Ni la colaboración sustraía a uno de esa posibilidad.

M. L. *Varios sobrevivientes con quienes yo he hablado me han comentado que entre los detenidos la colaboración fue más la norma que la excepción. ¿Le fastidia a veces que a Ud. le hayan etiquetado de "colaboradora" y que no haya habido una visión más "realista", entre comillas, de lo que fue la colaboración en tiempos de dictadura?*

L. A. Claro, eso no se dice mucho todavía. Aunque ya se dice muchísimo más que en los 90, por ejemplo. En los años 80, 90, eran la Marcia, la Carola y yo. ¡Y punto! ¡Nadie más colaboró!, ¿me entiende?... En este país, ¡nadie! Éramos las únicas. Todo el resto eran héroes, y nosotras tres las traidoras! ¡Todos los que murieron fueron héroes!

M. L. *¿Cómo es hoy su relación con aquella zona de su experiencia como víctima y colaboradora?*

L. A. Reitero que no entregué en ningún momento ni a mis jefes, ni a nadie de la dirección del partido ni de otros partidos de izquierda que conocía.

Eso está establecido en la justicia de mi país. Cuando sentí que no tuve alternativa, pensando que las personas que nombré saldrían de ahí vivos, entregué compañeros que eran parte de la periferia de los partidos, personas que aunque entregaran información no permitirían que la DINA llegara a la jefatura de la organización. No quiero que vaya a entender con esto que estas personas eran menos importantes como personas. Pero sólo recuerdo que cuando sentí que entregaría a alguien, lo hice pensando como supuse lo haría un militante.

Todavía recuerdo las líneas de los manuales del MIR que leíamos en la clandestinidad y la voz del compañero que los leía (aunque éramos del PS). Leíamos esos textos fotocopiados para poder mantenerlos a buen recaudo, y conversábamos acerca de la represión en aumento en los primeros días de la dictadura. La actividad de leer esos manuales nos hizo pensar en nuestros compañeros que iban siendo detenidos. Y decíamos: "Si hay un momento en que no podemos resistir, hay que entregar a los compañeros de la periferia partidaria". Eso hice. Entregué a ayudistas, a simpatizantes, a gente de las brigadas de propaganda que sólo habían pintado letreros en los períodos de elecciones. Sinceramente pensé que además de unos golpes y un período en prisión, no pasaría a mayores.

Sabía en esos días que la DINA no se contentaría con eso, pero pensé que entenderían que a seis meses de ser detenida no podían esperar que los dirigentes siguieran viviendo en las mismas partes como para que yo los entregara.

No fue así. Esos compañeros están desaparecidos hoy.

Durante años siempre pensé que ellos estaban en algún campo de concentración, en algún lugar del país, o incluso que a lo mejor los habían liberado. No fue sino hasta que ya de funcionaria pude leer en el diario *La Segunda* la publicación de la "Lista de los 119" que vi sus nombres.[11] El artículo decía que se habían matado entre ellos en riñas fuera de Chile. Pero no podía creerlo. Aún así, luego de leer ese periódico, continué albergando la esperanza de que los compañeros estuviesen vivos. Fue en el año 78 que me entero que hay procesos en los tribunales y que me buscan como testigo. Antes, en el 76, sabía ya que me buscaban como testigo, pero no pensé que era por la muerte de esas personas. Fue en el 78, entonces, que tomo conciencia de que ya no están, no sólo por esos procesos a los cuáles no tuve acceso, sino también porque trabajando en el computador pude ver la lista de compañeros y compañeras desaparecidas que había publicado la Vicaría de la Solidaridad. Eso era contundente. No podía dudar más de la información escrita. *La Segunda* o cualquier otro diario publicaba lo que la DINA quería, pero el Informe de la Vicaría, de ése no podía dudar. Poco tiempo después, no sólo por eso, claro, ya me era imposible seguir ahí, y presenté mi primera renuncia a la CNI.

Pensando desde el hoy, reconozco que la delación y la colaboración es algo que yo fui capaz de hacer. Ya no me sirve ese pensamiento de estar actuando acorde al manual del militante. Pienso en muchas cosas, hasta en Carlos Mariguella. Todos nuestros manuales en Chile provenían de sus enseñanzas de Guerrilla Urbana, las enseñanzas de él y de los compañeros tupamaros...

M. L. *Al sentarse a escribir* El infierno, *¿en qué público pensaba? ¿Tenía miedo de las represalias que podrían resultar de hacer público su testimonio?*

L. A. Cuando tomo la decisión de publicar mi percepción de los hechos, tenía algunos objetivos personales relacionados con el período de mi vida en que me encontraba en el año 90, viviendo fuera de Chile. Me pareció en esos días que *El Infierno* podría aportar, desde lo que se pudiese colegir a partir de mi recuerdo, una relación de personas involucradas de los que tenía conocimiento (tanto víctimas como victimarios), indicaciones sobre los lugares de reclusión que conocí, e información sobre la forma de

operar de la DINA-CNI. Eso me plantea la editorial alemana que me compró los derechos de autor del libro, y me pareció un argumento razonable como para intentarlo.

El libro se pensó como un sumario alfabético de personas, como un sumario temático, y como una detallada descripción de la forma de vida y los intereses dentro de los organismos represivos. En algún momento pensé incluso en incorporar dibujos hechos por mí de recintos, así como estructuras orgánicas de los organismos, pero no tuve tiempo para hacerlo al momento de publicar, ocupada como estaba con las declaraciones. El trabajo de los dibujos y los esquemas se hizo posteriormente junto a los jueces chilenos que ordenaron reconstituciones de escena mucho más completas. Para esa tarea se contó con el aporte no sólo de mí sino de muchos otros sobrevivientes que empezaron a declarar desde el año 92 en adelante. El objetivo era servir de ayuda a las personas relacionadas al ambiente de Derechos Humanos en Chile.

Entre que empiezo a reorganizar mis escritos en el año 90 y la publicación de *El infierno* a fines del 93, ocurrieron cosas tanto en Chile como en mi vida personal que me hicieron considerar otros objetivos que al final incorporé al libro. Cuando partí para Europa, había pensado que declarar ante la Comisión Rettig haría permisible que los tribunales en mi país llevaran a cabo procesos que establecerían los hechos, la verdad de lo ocurrido a varias personas detenidas desaparecidas o ejecutadas de cuyos casos tenía conocimiento, y que para eso bastarían mis declaraciones ante los abogados de la Comisión Rettig que antes de viajar dejé firmadas autorizando su uso en tribunales. Viviendo el año 91 en Europa, descubrí que no era cierto, que no estaba sirviendo. Me di cuenta entonces que era necesario volver y declarar personalmente ante tribunales y cortes en Chile. Volví y comencé un largo periplo de declaraciones que duró años...

M. L. *Según dice en la primera página de su introducción a El* infierno, *uno de los motivos del libro fue intentar contradecir una "leyenda negra" que circulaba en Chile en torno a su figura. ¿Cuál era la naturaleza de esa leyenda y quiénes la propagaron?*

L. A. Yo supongo que una "leyenda negra" comenzó a circular fundamentalmente porque yo estuve prácticamente "desaparecida" desde mi detención en marzo del 74 hasta fines de septiembre de 1990 cuando reaparecí y declaré ante la Comisión Rettig. Se creyó en la versión de que yo había entregado a los organismos represivos a la gran mayoría de los militantes detenidos o desaparecidos. Había, por tanto, una expectativa desproporcionada respecto de cuánta información yo realmente podía entregar acerca de las personas desaparecidas.

Cuando volví a Chile a inicios del 92 y comencé a declarar en tribunales, Manuel Contreras Sepúlveda, ex director de la DINA, declaró que yo había entregado a prácticamente toda la gente de todos los partidos y movimientos de izquierda del período. Es más, cuando llegaron a careos o tribunales los oficiales y subalternos de las Fuerzas Armadas, intentaban decir que yo fui decisiva en la actividad represiva. Luego, cuando no encontraban eco en los jueces con ese argumento, trataban de desacreditar mis declaraciones aludiendo incluso a que yo habría ido a ofrecerme a la DINA para entregar información. Estos argumentos empiezan a acumularse a partir de que se hace pública mi declaración, sobre todo en tribunales, a partir de los años 90.

Es importante notar que había personas que conocían exactamente cómo yo fui detenida por la DINA, y en qué fecha, y mantuvieron esa información en silencio hasta el año 90 cuando abogados de la Comisión Rettig, a raíz de mi declaración, les preguntaron. La persona que me entregó a la DINA el día 17 de marzo de 1974, un militante del partido Socialista, quedó en libertad, sin ser recluida por la DINA en esa oportunidad. Aparentemente los agentes le detuvieron a la persona, la torturaron, y llegaron a un trato a cambio de entregar a las personas que llegaron a su casa o, como en mi caso, fueron llamados para un punto. Esta persona nunca admitió que me entregó a la DINA. Continuó con su vida, incluso participando en actividades de Derechos Humanos y publicando libros sobre el tema.[12] Todo esto lo supe cuando declaré ante la Comisión Rettig.

M. L. *La reconciliación y el perdón cristianos figuran en el centro de su discurso público y constituyen un eje organizativo de El infierno. Todavía me parece difícil creer que aunque uno decidiera conscientemente reconciliarse consigo mismo, con sus opresores o con el país en general, que realmente lo pueda lograr. Desde ahí, ¿es posible la reconciliación? ¿No sentiría odio si hoy se topara en la calle con un Contreras o un Romo?*[13] *¿Cómo logra perdonar a gente así? Estoy tratando de calibrar hasta qué punto la Reconciliación es una suerte de ficción política proyectada a través de los discursos oficiales y hasta qué punto es real.*

L. A. Creo que odio no sentí nunca, aunque debo reconocer que nunca supe si era demasiado terror el que me impidió sentir odio. Acepto que es probable haya sentido odio, sólo que yo no he podido identificarlo como tal. A fines de los 80 y durante los 90, logré sentir rabia, mucha, muchísima, como si ésta se hubiese apilado ahí dentro de mí, pero nunca sentí nada similar al odio.

Pienso sinceramente que uno puede reconciliarse. Supongo que hay diferentes momentos o etapas y es en la cotidianeidad que he ido descubriendo los prejuicios que pautean mis conductas.

En cuanto a Romo, fui careada con él el 23 de noviembre de 1992, pero antes lo vi en el pasillo de tribunales. El primer impacto en el pasillo fue que Romo no era la persona que yo recordaba. En mi recuerdo aparecía alto, monstruoso, imponente; ese día se veía de menor estatura. Alguien opinó después que tal vez porque en prisión siempre estábamos tirados, o en una parrilla, o porque nuestra situación vital era muy precaria, esa gente se veía como más imponente físicamente que lo que en realidad eran.

Años después, vistos desde otra perspectiva, se ven diferentes. Aunque Romo continuaba igual de asqueroso que en mi recuerdo, con el pelo grasoso, con las uñas roídas y sucias etc., ese día, arrastrando una pierna, me pareció encorvado. Me pareció incluso mucho mayor de lo que yo misma había envejecido en esos años. Cuando se me acercó, no identifiqué nada parecido al odio. Más bien sentí asombro de esta percepción diferente y lo deteriorado que Romo se veía en ese momento. Él estaba mal de salud. Recuerdo haber pensado: "¿Y éste hombre es quien me ha causado tanto terror?"

Luego, en el tiempo, en varios careos con diferentes jueces, fui constatando que Romo no había cambiado mucho. Era el mismo, sólo plagado por la enfermedad y los años. Sin embargo, en un momento determinado pidió conversar conmigo después de un careo cuando él ya estaba recluido en la enfermería que se encuentra en la calle Pedro Montt. Ese día en el careo, como de costumbre, mintió, pero accedí a hablar con él. Gente de la Policía de Investigaciones me estaba protegiendo, y todavía estaban por ahí la juez y varios compañeros aguardando a que saliera. No tuve lugar a sentir miedo. No lo racionalicé, sólo no sentí miedo. Romo, durante nuestra conversación, me pidió papel higiénico y papel para escribir cartas a su mujer. Le dije que sí, que le enviaría. Me pidió dinero, porque dijo no tener desodorante, jabón y esas cosas esenciales. Como a mí me llevarían en vehículo a casa, le pasé todo lo que tenía en la cartera y con posterioridad le envié con gente de la Policía lo que me pidió: papel higiénico y un block de papel para cartas aéreas y unos sobres para cartas. Me nació hacerlo. A ninguna persona, ni al peor criminal, le negaría esas cosas. Yo sé lo que es carecer de ellas, sobre todo si uno está en prisión.

No hubiera dejado de ayudar a Romo por lo que podrían pensar terceros. Naturalmente yo no sería jamás amiga de Romo o de Contreras. No creo que pudiera tampoco sentir afecto por ellos. Quiero que sean condenados por sus acciones en la medida que lo indique la ley chilena. Eso me significaría recuperar muchas cosas de las que aún carezco. Pero tampoco busco venganza, menos para las familias de ellos. Tampoco sé lo que estas personas sienten en los momentos en que están solos consigo mismos. Yo sólo sé lo que yo siento cuando estoy sola conmigo. Me refiero a esos procesos de introspección de uno, aunque en el tiempo he ido pensando que parece que no todas las personas están hurgándose para descubrirse a sí mismos o conocerse lo más posible. De hecho, yo me esforcé en no hacerlo por años. Muchas veces, desde mi fe cristiana, le pido al Señor que esas personas, aunque sea en su último momento de vida, y aunque no se sepa públicamente, puedan reconocer al menos ante Dios, todo lo que hicieron en esos días en contra de personas y arrepentirse por sus acciones.

En el caso de Romo, pese a que él me violentó y me torturó personalmente, me es más fácil perdonarlo que a Contreras, por ejemplo. Creo que Romo tenía menos herramientas para defenderse del mundo de la DINA. De hecho, pienso que para la DINA fue un hombre desechable, usado, violentado también, sólo que él no lo sabía. Hay quienes dicen que Romo también pasó por la tortura (aunque parece que no a manos de la DINA), pero de eso no estoy segura. Creo que en su caso influye también su vida de joven, nada fácil. No pretendo exculparlo, menos justificar sus acciones. Sólo trato de entender.

NOTAS

[1] Quisiera agradecer a Nadine Retamal su ayuda en la preparación de este manuscrito.

[2] Pido prestados estos términos de los estudios de Nelly Richard sobre memoria y postdictadura. Véase especialmente *Residuos y metáforas (ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)* (Santiago: Cuarto Propio, 1998) y *Pensar en/la postdictadura* (Santiago: Cuarto Propio, 2001), coeditado con Alberto Moreiras.

[3] Sobrenombre de Miria Contreras Bell, ex secretaria personal de Salvador Allende.

[4] El "Tancazo" se refiere a un primer intento de golpe fracasado frente al Palacio de la Moneda con fecha 29 de junio de 1973.

[5] Arce se resistió a reiterar aquí los nombres de las cuatro personas que dice haber sido directamente responsable de sus desapariciones. Gracias a documentos obtenidos del Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior del Gobierno, he podido constatar que Arce se refiere a los siguientes individuos, hasta la fecha detenidos-desaparecidos: Álvaro Barrios Duque (detenido el 15 de agosto de 1974), Sergio Alberto Riveros Villavicencio (detenido el 15 de agosto de 1974), Rodolfo Alejandro Espejo Gómez (detenido el 15 de agosto de 1974) y Oscar Manuel Castro Videla (detenido el 16 de agosto de 1974). Estos nombres también están documentados en *El infierno*.

[6] La referencia es a Miguel Krassnoff Martchenko, oficial de la Brigada Águila que estaba a cargo de la represión del MIR en Villa Grimaldi.

[7] Ricardo Lawrence Mires, teniente de Carabineros en 1974. Fue jefe de la Brigada Águila de la DINA.

[8] Se trata de Marcia Alejandra Merino Vega (la "Flaca Alejandra") y María Alicia Uribe Gómez ("Carola"), quienes, junto con Arce, eran también colaboradoras y funcionarias de la DINA. En el mismo año que Arce dio a conocer *El infierno*, Merino publicó su testimonio titulado *Mi verdad, más allá del horror, yo acuso* (Santiago: A.T.G., 1993). María Alicia Uribe nunca dejó de trabajar para los servicios de inteligencia del Ejército. Se jubiló recientemente en la DINE (Dirección de Inteligencia Nacional del Ejército).

[9] Rolf Wenderoth Pozo era el oficial que más protegía a Arce dentro de la DINA y que tuvo con ella una relación afectiva-sexual.

[10] En febrero de 1975, la DINA montó una conferencia de prensa en la cual cuatro presos Miristas fueron obligados a declarar públicamente en TVN que el MIR había sido derrotado y, por tanto, cualquier resistencia contra la dictadura sería inútil.

[11] En julio de 1975, diversos medios de la prensa chilena, a instancias de la DINA, afirmaron falsamente que 119 Miristas o se habían matado entre sí o que éstos habían sido exterminados en el exterior en enfrentamientos con las fuerzas de seguridad de diversos países. La "Lista de los 119" formó parte de esta trama de encubrimiento relacionada con la llamada Operación Colombo.

[12] La persona a quien Arce se refiere en su respuesta es un ex militante de sobrenombre "Leo". Su nombre completo está publicado en *El infierno*. Arce me pidió no reproducir su nombre completo en esta entrevista para protegerlo de críticas dentro de Chile. Dijo Arce: "No se puede luchar por los derechos de las personas atacando innecesariamente a personas que ya tuvieron lo suyo".

[13] Manuel Guillermo Contreras Sepúlveda fue jefe de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) desde 1973 hasta 1977, y tuvo contacto con Luz Arce en Villa Grimaldi. Osvaldo Romo Mena, quien torturó a Arce personalmente, fue uno de los colaboradores civiles más notorios del régimen militar. Ambos se encuentran encarcelados actualmente.

La memoria pantalla

(acerca de las imágenes públicas como políticas de desmemoria)

Diamela Eltit

Los canales de televisión se disputan la atención en torno a los 30 años de la dictadura. Concurren, hasta un mismo formato, los analistas, las víctimas y los articuladores del Golpe de Estado, todo habitantes de una idéntica sede para construir un posible equilibrio. Se trata de relatos generales que van a obviar los matices. Narraciones visuales que desechan la relevancia del detalle. En cambio proliferan las anécdotas.
Muy tarde o quizás, lo suficientemente tarde, se abre una carrera turística hacia el pasado. Se percibe así el prolongado asedio de una dominación. Los 30 años y su conmemoración están enteramente bajo control.

Los canales de televisión se precipitan. Compiten por mostrar imágenes exclusivas e inéditas en torno a lo que fue el Gobierno de la Unidad Popular. Especialmente la caída del Gobierno consumada en el bombardeo a La Moneda. Resulta impresionante constatar el violento embate de las llamas a través de los poderosos bloques de cemento. Se repite.

Se repite incesantemente el incendio.

Después de 30 años las imágenes del Gobierno del Presidente Salvador Allende copan las pantallas.

30 años. Y aunque entiendo que es una aparición mediada por una masiva evanescente sed de mercado, observo el blanco y negro en que se consolidan las figuras. Unas imágenes que parecen -cómo expresarlo- ligeramente sobresaturadas. Excedidas. Desenfocadas.

Demasiado tarde.

Tantos años debían transcurrir, lentos o apresurados o ambiguos o extremadamente costosos para oficializar un tramo de la historia. Pero no es así. Se trata de una mera bacanal de imágenes, superpuestas hasta su estallido. Que no permiten ver nada. Nada más que un estallido de imágenes.

O se ve. Con la curiosidad que provocan las tecnologías ya definitivamente obsoletas, las imágenes parecen concebidas en un ritmo claramente desfasado, dotadas, para la mirada actual, de una cierta impericia. Allí radica el verdadero espesor temporal, pienso. En esa técnica. Y, claro, la furiosa conversión que permite ver la frenética movilidad en que ha transcurrido el tiempo tecnológico. Ahí, en ese cierto curioso anacronismo, se configura la materialidad de un pasado. Este pasado definitivo que, para millones de nosotros, constituyó una verdadera catástrofe social.

Y es esa técnica la que habría que examinar. Situarse allí, de plano, para intentar entender cual fue exactamente la velocidad de ese tiempo. Si fuera posible. Me refiero a la necesidad de articular una mirada técnica.

Pero ¿cuál?, ¿cómo fue la velocidad de ese tiempo?

(Los desfiles y sus cuerpos inacabables, aglutinados. La energía salvaje que destilaban las marchas, enfatizando, desde esa multitudinaria aglomeración, en cuánto era necesario oficializar la porción de poder que se reclamaba. Ah, sí, el poder. Evoco el resonante y monótono lema que hoy pudiese parecer extremadamente ingenuo: "Crear, crear, poder popular". Pero era poético y, de tan poético, enteramente político.)

Con seguridad es tarde y será irrepetible e irrepresentable en su paradójica conflictiva extensión. Ya el paso del tiempo se ha consolidado con su gestualidad nerviosa. Implacable.

De la misma manera en que se cursó un silencio realmente exagerado, se produce ahora la sobreabundancia de imágenes.

Una analítica serena, deliberadamente racional, se ampararía en la sensatez que necesitan los tiempos históricos para cristalizarse. Pero no. Son demasiados años de un blanco agresivo. Se ha ejercido la más pura y simple violencia. Esta violencia forma parte de un programa político represivo cursado desde todos y cada uno de los frentes. Me refiero a una complicidad multilateral sincronizada para silenciar. Interesadamente siniestra. Hay que decirlo.

Sí. Hay que decirlo. Aunque el sentido común tiene una eficacia y quizás porta esa sabiduría que le adjudican, es un instrumento de dominación abiertamente represivo que retarda y comprime. Ah, el sentido común y su gemelo, el lugar común. Ambos iguales, detestables.

Pero no. No es asunto de sentido común. No se trata de eso. Más bien, escudado tras el sentido común, refugiado allí, el espectro político instalado en el poder, propició la dilación de un segmento de la historia. En la era de las imágenes se propusieron escamotearlas para provocar su inexistencia. De esa manera se desencadenó una operación plural y perfectamente sincronizada, de un pacto de censura.

Primero la dictadura. Luego la Concertación se plegó.

Y ahora se precipita algo parecido a un carnaval, justo cuando esas imágenes ya han perdido toda eficacia, lanzadas al mercado incesante de la fragmentación y de la inercia de sus partes.

Muy tarde o quizás habría que decir: lo suficientemente tarde, se abre una carrera turística hacia el pasado. Administrada por la industria televisiva perteneciente a la derecha económica, que claro, para qué insistir, no es en absoluto neutral. Terriblemente comprimidos, entre cortes, con intervenciones descontextualizadas o majaderamente cuidadosas o moderadamente oportunas proliferan los testigos que se presentan para certificar. Y los adversarios. Y las advertencias.

Concurren, hasta un mismo formato, los analistas, las víctimas y los articuladores del Golpe de Estado, todos habitantes de una idéntica sede para construir (en un intento desesperado) un posible equilibrio. Ah, la sensatez odiosa de los equilibrios. De la manera más artificial posible se promueve la objetividad en medio de una situación que resulta inobjetable. Pero, en realidad, todo se confunde. Se funde.

Allende se erige en protagonista. Su persona. Abundan los detalles en torno a su familia, sus gustos, sus defectos, sus inclinaciones, sus habilidades. Sin embargo no es enteramente Allende lo crucial, sino el proyecto que hubo de encabezar y su efecto en la ciudadanía. Eso es lo que permanece en la trastienda de cada uno de los programas televisivos: las fuerzas, los flujos políticos, los intereses económicos, la torsión cursada a los imaginarios dominantes, la apuesta por matizar los ejes en los que se hubo de cursar históricamente el poder.

(La magnitud de la científica eficaz incesante intervención programada de los Estados Unidos para promover el Golpe de Estado.

Exactamente así, entre un conveniente paréntesis)

No obstante, ahora no parece ni resulta importante. Se trata de relatos generales que van a obviar los matices. Narraciones visuales que desechan la relevancia del detalle.

Porque no hay detalles políticos. En cambio, proliferan las anécdotas.

Se percibe así el prolongado asedio de una dominación histórica. Los 30 años y su conmemoración están enteramente bajo control.

Pero se trata de un control sutil. Complejo.

Justamente porque ahora producen las imágenes y los discursos, resulta perceptible el prolongado silencio. Así el mutismo se transforma en una evidencia.

Y porque estos discursos emergen a la luz pública es que forman parte de una tecnología política que lo que busca, en definitiva, es poner punto final a las imágenes. Las aniquilan a partir de un exceso.

30 años después las conmemoraciones parecen un festín para las nuevas masas (estas masas alineadas, alienadas ante la luz cada vez más tóxicamente superficial de las pantallas) O, al revés, el recuerdo como un potente fármaco administrado en grandes dosis para tranquilizar los ánimos, para acallar las (malas) conciencias. El olfato comercial de los patrocinadores de cada uno de los documentales no se equivoca. La moda de los 30 años se precipita. Constituirá el necesario blanqueo político que va a permitir la implantación de un tema que se desea transitorio.

Claro que sí. Las camisetas con el rostro de Salvador Allende se promueven extendidas a lo largo de las calles. Junto a una diversidad de productos, los vendedores ambulantes las ofrecen a viva voz. Allí están las camisetas, en los bordes de los paseos peatonales mientras los vendedores esperan, ansiosos, el próximo "hit" mediático que les va a permitir solventar su precaria mantención.

Las calles. Las imágenes de los documentales recogen, especialmente la ocupación de unas calles, en una ciudad que fuera transitada por sus cuatro costados. Miles de cuerpos ciudadanos comparecen manifestando su filiación a un programa político.

(Aunque en realidad, era más -puede que ya resulte inútil intentar reproducirlo- más cuerpo, más calle, más apropiación política de un proyecto que estaba radicalmente afuera, entregado a una parte de la ciudadanía que lo recorría de manera sistemática, que lo defendía de manera sistemática, que lo festejaba de manera sistemática. La fiebre política trepaba por los muros divisorios estableciendo las nuevas agitadas fronteras. Un amplio sector de la ciudad estaba totalmente inundado de una pasión húmeda y contagiosa.)

Ahora las calles parecen normalizadas, recorridas por una prisa distinta. Los cuerpos ocupan la ciudad de manera pragmática. La mediocridad que atraviesa el actual pacto político obliga a ejercer un paso productivo y terriblemente personalizado. Los correctos ciudadanos, caminan de un lado a otro, impulsados por el cumplimiento imperativo de sus menesteres. Caminan ya completamente domesticados. Caminan empujados por los signos de un sueldo que resulta imposible negociar. Caminan arrastrando sus salarios inestables. El cuerpo ha sido carcomido por la resignación irrestricta a una jornada que no acepta un milímetro de disidencia.

(Cada uno de ellos enfrentados a la ferocidad ambigua de sus salarios)

(Mientras atrás, miles de miles excluidos, participantes de la arista más dramática del goce social, parapetados tras una diversa épica ciudadana, los otros, los segregados, aquellos que ya no pueden, que ya no quieren, que ya no, no, no, transcurren marcados a fuego, oscilando como péndulos entre la droga y el delito.)

Unas calles monótonas, anestesiadas de sopor. Los ciudadanos se desplazan a esta hora con sus pasos modernos transitando la realidad de este nuevo presente. Grafican con sus cuerpos la época triunfalista del acatamiento y la conformidad. Nada resulta ya demasiado sorprendente. La ciudadanía sólo rompe su apatía cuando estalla el escándalo que se yergue como un necesario respiradero político. Una merecida algarabía que sabiamente administran los medios de comunicación. Son ellos sí -los medios- los que ahora controlan y dirigen los cuerpos. Son los medios los que permiten que estalle una pasión que se incrusta únicamente en un segmento del ojo voyerista.

Ah, la ciudadanía sólo emerge como espectadora para alimentar la función siempre improbable y voluble de las encuestas, anhelantes por medir los efectos del escándalo. Pero con qué prisa olvidan. Con qué prisa.

Nada resulta lo suficientemente sólido. Cómo le dan la espalda a los personajes que hasta ayer indagaban con fervor. A qué velocidad esta ciudadanía ultra manipulada borra sus febriles discusiones. Por un instante se extiende una peligrosa indiferencia. Habrá que poner fin a la indiferencia. Ya se urde la trama mediática que contiene candente la siguiente noticia.

Pero ahora mismo los canales de televisión se disputan la atención en torno a los 30 años. La Moneda se incendia y se incendia en cada uno de los programas. El cadáver del Presidente Allende ingresa en el carromato militar una y otra vez. El borroso cuerpo exánime presagia la voladura de la mitad del cráneo, la aniquilada desaparición de la faz.

(La descarga violenta de la metralla sobre sí, iba a augurar la precipitación de la sangre en los años venideros.)

No estalla la sangre venidera en los documentales. La herida aparece como narración de la herida en los sobrevivientes. Y en otra secuencia, las imágenes del Estadio Nacional y los alucinantes prisioneros.

Ah, pero pasan con demasiada rapidez los prisioneros en el Estadio. No se trata de una maniobra deliberada -pienso-. No. Es una apresurada sombra de vergüenza que resultó esquiva aún para las cámaras. La ignominia del Estadio es aminorada por la vaguedad de unas imágenes verdaderamente precarias. Habría que detenerse en la precariedad absoluta de esas imágenes y digitalizar a los prisioneros (difusos) ocupando las graderías.

Habría, sí, que aislar y congelar el rostro de ese preciso prisionero que atrás, en la gradería, muestra el brillo opaco de estupor en su mirada. Habría que hacerlo. Se podría proyectar su imagen congelada hasta hacerla estallar. Provocar el estallido de su mirada para así rehacer el drama en el Estadio, el sufrimiento en las graderías, el oprobio de una multitud de cuerpos confiscados en un recinto deportivo estatal.

La multitud de presos políticos retenidos en el Estadio Nacional y en el Estadio Chile parece un acontecimiento que podría ser entendido como posible en medio de la irregularidad de un Golpe de Estado.

Pero no lo es.

Habría que revisar conceptualmente cómo es que se pusieron en operación esos precisos campos de prisioneros, cómo se gestó la orden, cuál el programa al que obedecían, qué metodología carcelaria a medio camino entre la clandestinidad y el cielo abierto hubo de

precipitarse. El escándalo de esas imágenes es aminorado, diluido, parece un episodio más. Uno de tantos.

El Estadio Chile. El Estadio Nacional.

Quizás podría resultar importante reparar en la noción de estadio, en los nombres decisivos de los estadios, para así presagiar el prolongado asedio que alcanzó la detención.

Prisioneros sometidos a la visión de unas canchas vaciadas, entregados obligatoriamente a la rigidez de las graderías, sin más competencia en el horizonte que ellos mismos, donde lo que estaba en juego, en un juego más que perverso, eran sus propias vidas sometidas al espectáculo azaroso de sus disminuidos cuerpos.

(Las torturas. Los fusilamientos en los estadios. Las balas pulverizando los órganos. Los suicidios en el Estadio Nacional.)

Sin embargo hasta hoy sabemos tan poco, tan poco de cada una de esas vidas. Menos aún los instantes de sus muertes.

Y, como si toda penuria social fuera insuficiente, en la continuidad chilena, permanecen, entre la bruma histórica, los prisioneros y los muertos segregados por odiosas jerarquías.

Sí, porque los imaginarios sociales y sus componentes raciales y de clase, segmentaron las víctimas en muertos de primera y de segunda. Torturados de primera y de segunda. Memoria social de primera y de segunda. Qué miseria.

Concluyen los 30 años.

Fugaz resultó su moda.

La imaginación concentracionaria del Golpe:

el Estadio Nacional de Chile, lo siniestro y el fútbol

Felipe Victoriano

El Estadio Nacional, el recinto deportivo más grande de Chile, se convirtió tempranamente el día del golpe en el lugar de la imaginación concentracionaria de la dictadura. Dicha imaginación había calculado el número de "enemigos" con relación a la capacidad de público que El Estadio Nacional poseía (80.000 espectadores), convirtiéndolo aquel 11 de septiembre en el campo de concentración más grande en la historia del país.

1. Fútbol y Dictadura

"El fútbol es la patria, el poder es el fútbol: *yo soy la patria*, decían esas dictaduras militares."
-Eduardo Galeano

La relación entre dictaduras militares y fútbol ha sido un hecho recurrente de la historia política de los últimos treinta años en América Latina; pero ha sido también, un hecho sistemáticamente obviado, tanto por los estudios culturales y la literatura política, como por -tal vez con mayor razón- el espectro amplísimo de las letras deportivas. No se trata de una relación antojadiza, sino de un hecho político, a través del cual las dictaduras usufructuaron de los dividendos culturales que el fútbol, en su dimensión social, hasta hoy sigue generando. El fútbol, pasión de multitudes, se convirtió en un lugar de intervención político-militar, a través del cual la imaginación social desplegada en los estadios era puesta con relación al espacio de legitimidad que buscaban las dictaduras. En 1978, la dictadura argentina organizó el mundial de fútbol en pleno Proceso de Reorganización Nacional. El mundial, con cierta dificultad, lo ganó la selección local, al mismo tiempo que los gestores de dicho proceso ganaban popularidad en el país de los campos de concentración y tortura. Respecto del fútbol, fue el primer mundial organizado por la dinastía Havelange en la FIFA, quien se había hecho célebre pronunciando la frase: *Yo he venido a vender un producto llamado fútbol.* Después del mundial, Havelange nombrará como vicepresidente de la FIFA al almirante Carlos Alberto Lacoste, principal artífice del manejo administrativo y económico del evento, dejando con ello un signo irrefutable del modo en que, de ahora en más, la multinacional concebía los logros deportivos. Respecto de la dictadura, los operativos de control sobre la sociedad lograron articular, con bastante éxito, la escena del júbilo nacional del triunfo mundialista y el estado de excepción brutal en que se encontraban sometidos los argentinos. Como recuerda Beatriz Sarlo,

Durante el mundial, la gran mayoría de los argentinos vivió hechizada por el patriotismo de tribuna y salió a festejar por las calles las victorias del equipo local, sin percibir que esos festejos fortalecían la idea que la dictadura quería dar de las libertades públicas. La entrega de la copa mostró a Daniel Passarella junto a los dictadores Videla, Massera y Agosti, frente a un estadio delirante de alegría. (Tiempo Presente 127)

Esto último tiene que ver con lo que, no hace mucho, Hugo Vezzetti desarrollara en torno a las responsabilidades que le cupieron a los civiles en la masacre que siguió a la dictadura argentina. Al igual que en Chile, en Argentina se vivió un proceso de militarización que tuvo como objeto intervenir el cuerpo social sobre la base de una operación que contó no sólo con la infraestructura material de los ejércitos de la patria, sino también con el apoyo de amplios sectores sociales y políticos, a través de los cuales dichos "procesos" encontraron su legitimidad inmediata. Se trata de que "ese episodio agudo de *barbarización* política y degradación del Estado no hubiera sido posible sin el compromiso, la adhesión, la conformidad de muchos" (Vezzetti 13). El terrorismo de Estado, como Vezzetti caracteriza la dictadura en Argentina, debe pensarse a través de esa "trama de relaciones, complicidades, oportunismos" que armaron la base represiva con la que operó la máquina militar (Vezzetti 13). De este modo, la adscripción secreta, la traición, la delación y el miedo, constituyeron para la máquina militar, no el obstáculo social de su legitimidad en el marco de "reorganización nacional," sino su fundamento secreto, el soporte libidinal a través del cual la sociedad lograba "patrullarse a sí misma" (48). Se trata, como afirma Vezzetti:

(...) de mirar el rostro visible de la acción dictatorial a la luz de una trama menos visible de condiciones que la sostenían. En este punto me interesa destacar una inspiración (más que una tesis) tomada de los análisis de Norbert Elias sobre Alemania: las condiciones de un derrumbe civilizatorio como marco necesario del terrorismo y la masacre argentinos. (Vezzetti 13)

La referencia a Elias no es arbitraria. Alude a un texto, *Los Alemanes,* que intentó responder críticamente al carácter "incomprensible," y por tanto, excepcional, del Nazismo y su política de exterminio en la Europa de la posguerra. Para Elias, lo incomprensible de este "colapso" civilizatorio en el que se sumergieron las sociedades prósperas de Europa, respondía no sólo al hecho en sí, brutal e inédito, de la planificación racional de la muerte masiva de miles de hombres y mujeres, sino, sobre todo, a la "incompatibilidad de este hecho con las normas que se está acostumbrado a considerar como características de las sociedades más desarrolladas (...)" (Elias 354). De este modo, "la imagen colectiva" del progreso atribuido a la sociedad industrial desarrollada, contrastaba con su suplemento secreto, el conjunto de "sentimientos" de hastío y monotonía que hacían a la civilización, parafraseando a Weber, una gran"'jaula de hierro." Así, en la conciencia colectiva

(...) se mezclan el amor y el odio hacia sí mismos, el orgullo y el desconsuelo: orgullo de la extraordinaria riqueza de invenciones que se ha dado en su época [...]; y desesperación ante sus propias atrocidades desprovistas de sentido. (Elias 354)

El progreso producía demonios, del mismo modo que la dictadura argentina "soltaba los lobos en la sociedad" (Vezzetti 47). Las sociedades civilizadas, a las que Elias describía en torno a un proceso de control diferencial de la violencia, mostraban la herida interna del progreso, su fuera de sí, lo que Enzo Traverso llama, en sus ensayos sobre Auschwitz y la responsabilidad de los intelectuales europeos, "el carácter íntimamente contradictorio del proceso de civilización" (251), a través del cual se gestó la posibilidad real de los campos de la muerte: sus "condiciones *sociales,*" aquellas que "favorecieron este tipo de atrocidades y que pueden favorecerlas de nuevo en el futuro" (Elias 356).

Precisamente el concepto de *proceso civilizatorio*, a través del cual se mostraba el colapso de "las sociedades mecanizadas de masas" (357), encontró resonancia empírica en las investigaciones que Elias hiciera en torno al fútbol en Inglaterra. Así, la cita de Vezzetti hace referencia a un concepto que vio surgir sus frutos explicativos al interior de la sociología del deporte, y no, como podríamos pensar, en la literatura política. A lo largo del tiempo, los deportes, y especialmente el fútbol, habían sido objetos de un proceso de regulación tendiente a reducir la violencia, hasta el punto de hacerla coincidente a la "violencia socialmente permitida" (Elias, "La génesis" 177). Según Elias, esto constituía al deporte y a su evolución interna, en un indicador histórico capaz de describir "una determinada trayectoria en el proceso civilizador" de las sociedades occidentales ("La génesis" 177). En un texto conocido como "Un ensayo sobre el deporte y la violencia", Norbert Elias se preguntaba:

¿Cómo, en una sociedad cada vez más reglamentada, podía garantizarse a los seres humanos una cantidad suficiente de excitación agradable como experiencia compartida sin el riesgo de desórdenes socialmente intolerables y sin causar daño a otros? (212)

El fútbol constituyó un modo de articular las exigencias de normativización crecientes de la sociedades modernas industrializadas con la búsqueda de "satisfacciones agradables asociadas con formas de conducta más sencillas y espontáneas" ("Un Ensayo" 202). En definitiva, el fútbol era, para dichas sociedades, aquel fenómeno que

establecía "un nuevo equilibrio entre placer y restricción" (202). Ahora bien, si el fútbol es un deporte en el que, siguiendo a Norbert Elias, ha operado un proceso civilizatorio, caracterizado por la reducción de los umbrales de tolerancia social a la violencia, ¿cómo es posible que haya existido, en América Latina, relación alguna con ciertos regímenes destinados a someter parte esencial de la sociedad a una violencia político militar hasta entonces inédita?

Tal vez, responder a esta pregunta implique alejarnos un poco del carácter civilizatorio del fútbol, y enfrentarlo a su reverso obsceno, lo que obsede a la competencia reglada y que cita secretamente a la política y a la guerra. Así, podemos advertir que la lucha política de los pueblos tiene algo del fútbol. No hace mucho que, en su primera campaña electoral, Carlos Menem vestía la camiseta 10 de la selección argentina, o; cuando Fernando Enrique Cardoso, presidente electo del Brasil, pidió el ingreso a su gabinete a Pelé, como ministro del deporte. El fútbol ha sido un fenómeno que ha comparecido al campo de la política de manera sistemática en América Latina, ha irrumpido en el ámbito de la administración de los estados, y esto es un hecho que determina un modo peculiar de relación entre el poder político y la sociedad. Esto último no sólo debe resultar sintomático, sino, ciertamente revelador, puesto que la violencia ha llegado al fútbol del mismo modo en que la política ha utilizado los emblemas deportivos: revirtiendo el proceso de diferenciación social que ha construido, no la *civilización*, sino su lógica "modernizadora". De este modo, la política puede ser aquel punto de equilibrio entre "placer y restricción" del cual hablaba Elias, en la medida en que el fútbol ha ingresado ya a la lógica de los intereses nacionales, perdiendo su posición específica en el proceso de modernización latinoamericano. En una carta enviada por Javier Zanetti, capitán argentino de FC Internazionale Milano, al EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) se lee lo siguiente:

(...) convencidos de compartir con ustedes los mismos principios e ideales, en donde se ve reflejado el espíritu zapatista. Creemos en un mundo mejor, en un mundo no globalizado, sino enriquecido por las diferentes culturas y costumbres de cada pueblo. Es por esto que queremos apoyarlos en esta lucha por mantener sus raíces y pelear sus ideales. (Hernández 40)

Del mismo modo que los intereses políticos de una comunidad rebelde, asediada por las fuerzas gubernamentales del Estado Federal mexicano, coinciden con los intereses de jugadores de un club conocido por su política a favor de los inmigrantes (como el propio Zanetti), logramos ver el modo de articulación de una lucha que ha excedido el marco de administración en el que el fútbol y las comunidades sociales construyen sus representaciones políticas. El movimiento Zapatista, como se ha hecho mundialmente conocido, también cuenta con su selección de fútbol. De hecho, el 15 de marzo de 1999, en el contexto de la consulta nacional por los derechos de los pueblos indígenas en México, organizada por el EZLN, se enfrentaron en un partido amistoso en el estadio Jesús Martínez *Palillo* la selección zapatista y un conjunto de ex jugadores nacionales. Los insurgentes, que vestían el uniforme completo del ejercito Zapatista, incluidos sus pasamontañas, fueron derrotados 5-3 por el combinado nacional (Hernández 40).

Así, la relevancia está dada por el hecho de que los pueblos imaginan sus logros deportivos del mismo modo, tal vez, de la forma en que la lucha política imagina la conquista del poder, o la derrota del adversario. Si para Clausewitz la política era la continuación de la guerra en otros términos, el fútbol, no está de más decirlo, podría representar la prolongación de la política, esta vez en los términos con que se despliegan los espectáculos deportivos, como cuando las discrepancias entre los ministros del actual Gobierno de Lula y los líderes sindicales terminan con un tobillo roto. Antonio Palocci, ministro de finanzas,

[i]ntentó atajar a Carlos Alberto Grana, secretario general del CUT, durante un juego de fútbol en el palacio presidencial. Palocci avanzó impetuosamente sobre Grana con su pie derecho. Al extender demasiado su zancada, recargó su peso sobre el pie izquierdo y se fracturó la fíbula. (Bellos 21)

Pero la guerra, en cuanto extensión de la política, ha sido también el fútbol en otros términos. No olvidemos que El Salvador y Honduras, ambas gobernadas por dictaduras, vivieron la guerra una vez terminado un encuentro de selecciones, para las eliminatorias del mundial del 70'. En este contexto, se ha vuelto célebre la violencia de las naciones en los estadios, en donde las pasiones por el equipo desbordan la lógica de representación del espectáculo, tiñendo de sangre la derrota simbólica del oponente. Sin embargo, y este es el énfasis que nos gustaría proponer, se ha tratado también de una derrota que ha excedido la dimensión sociocultural de los deportes. El Estadio Nacional en Chile, iniciada la dictadura de Pinochet, fue utilizado como campo de concentración y patio de fusilamiento de miles de personas, oponentes naturales a un régimen que imaginó el despliegue de su poder allí donde el pueblo chileno imaginaba sus victorias nacionales. Si las Olimpiadas de Berlín, en 1936, ponían en escena la perfección racial alemana, al igual que la máquina que ideológicamente la promovía, no cabe duda que el deporte, en nuestro caso, el fútbol, se muestra receptivo a un conjunto de operaciones políticas concernientes a resignificar su posición actual en la cultura. Esto último resulta emblemático en América Latina, donde el campo de la política no sólo se vio, y se ve, forzado a utilizar metáforas deportivas para volver efectivas las ideas del Estado, sino a reactualizar una escena cultural que las propias dictaduras, especialmente las del "Cono Sur", supieron poner en funcionamiento.

De lo poco que hoy podemos encontrar, destaca el libro del escritor Eduardo Galeano, titulado *El Fútbol a Sol y Sombra, en* cuyos apartados encontramos el texto "Los generales y el fútbol." En él, leemos lo que sigue:

En pleno carnaval de la victoria del 70, el general Médici, dictador del Brasil, regaló dinero a los jugadores, posó para los fotógrafos con el trofeo en las manos y hasta cabeceó una pelota ante las cámaras. La marcha compuesta para la selección, Pra frente Brasil, se convirtió en la música oficial del gobierno (...) Cuando Argentina ganó el

Mundial del 78, el general Videla utilizó con idéntico propósito la imagen de Kempes imparable como un huracán. (158)

A Beatriz Sarlo, le debemos también algunas páginas en torno al fútbol y el proceso militar, a través del cual la dictadura argentina diseñó su "victoria cultural" más significativa: el triunfo de la selección y la copa del mundo, en el mundial de Argentina (Sarlo 124). Así, Sarlo se pregunta: *¿Por qué el mundial de fútbol de 1978 es un hecho inolvidable de la historia política tanto como de la historia deportiva de este país? Ni la miniserie mundialista "Maradona y el doping" [mundial de USA, 1994] tuvo la intensidad de aquellos días. El mundial del 78 queda como un hecho especial, aislado en la perfección con que se construyó un remanso popular en el país de los desaparecidos y los campos de tortura.* (123)

Ciertamente, habría una historia que relatar al respecto; una historia indisociable de lo que dichas dictaduras imaginaron podían apropiar del fútbol. Sería, si lo planteamos bien, la historia de una cierta apropiación simbólica del fútbol, puesta al servicio del hecho más significativo de esas dictaduras: la inauguración de una racionalidad sistemática de exterminio hacia cierto cuerpo social, percibido por entonces como aniquilable. Se trata, como vemos, de una historia política a la vez que deportiva, dejando ver con esto no sólo una relación al cuerpo, que, sin discusión alguna, tanto al deporte como a la política le son modernamente propios, sino también la relación a una fantasía, una imagen cultural que mostró la proximidad entre los triunfos futbolísticos y los triunfos de una guerra interna que tomó lugar incluso en los recintos del deporte; una "guerra," o una forma de guerra sin precedentes en la historia de América Latina.

En las páginas que siguen, intentaremos trazar el curso de una historia: la que une al Estadio Nacional de Chile y la dictadura de Pinochet. Para ello, será necesario recuperar la imagen de un episodio que, según Eduardo Galeano, se conserva como "el partido más patético de la historia del fútbol" (162). Dos semanas después del golpe de estado en Chile, el 26 de septiembre de 1973, se jugó el partido de ida por un cupo al mundial de fútbol de Alemania, el mundial del 74', entre la selección chilena y la selección de la Unión Soviética, en el estadio Lenin de Moscú. El partido de vuelta estaba programado para el 21 de noviembre, y se jugaría en El Estadio Nacional, por entonces, campo de concentración y tortura de la junta golpista.

2. La Clasificación Mundialista de la Dictadura

"Cuatro días después del golpe me avisaron que me estaban buscando por ser simpatizante de Allende, me buscaron por todas partes y no me encontraron. Justo en esa época la selección debía viajar a la URSS. Entonces, el técnico me buscó con un almirante y nos fuimos a Pinto Durán. Una vez ahí, sabía que no iba a tener más problemas."
-Carlos Caszely, ex seleccionado chileno

Con algunas dificultades, pues se trataba aún de la selección de la "Unidad Popular," el equipo salió de Chile el lunes 17 de septiembre con destino a Buenos Aires, en lo que sería el inicio de una accidentada gira de preparación para al decisivo encuentro en la URSS. Después de jugar un amistoso en México, la selección volaría a la capital italiana, donde estaba planeado un partido con la AS Roma. Estando ya el equipo chileno en Europa, la jefatura de la policía romana suspende el amistoso, aduciendo motivos de seguridad pública, pero donde se entendía había razones políticas. Luego de jugar en Suiza con el Xamax, la selección chilena arriba a suelo moscovita, en momentos en que la URSS, tardíamente según los protocolos de camaradería internacional, rompía relaciones diplomáticas con la Junta Militar. Este hecho diplomático, que determinará el ambiente internacional previo al encuentro futbolístico más politizado del momento, comprometió a cierta disidencia chilena recién exiliada en Europa. La misión era precipitar un pronunciamiento de Moscú respecto de la situación en Chile, sobre la cual mantenía, vísperas al partido de eliminatorias, un prolongado y sospechoso silencio.

De acuerdo al escritor Armando Uribe, que por entonces se desempeñaba como embajador de Chile en China, el rompimiento oficial de las relaciones entre Chile y la URSS se debió a una reunión celebrada en Roma, entre el secretario general del Partido Comunista Italiano, el célebre "marqués Berlingüer," y algunos representantes del gobierno de Allende, entre los cuales estaba el también escritor y Senador Volodia Teiltelboim. En dicha reunión, Uribe le planteó a Berlingüer, y a la comitiva que lo acompañaba, la preocupación por la tardanza con que Moscú tramitaba un pronunciamiento respecto de la situación chilena. Recuerda Armando Uribe que, en dicha oportunidad, el secretario general le dijo: "'De eso tenemos que hablar y yo voy a hacer algo'." Así, *[A] los dos o tres días de esta entrevista, Berlingüer viajó a Sofía, en Bulgaria, donde estaba de visita Brejsnev, y se entrevistaron con él Pajetta y Berlingüer. Al día siguiente, vueltos a Roma los italianos, la Unión Soviética cortó oficialmente relaciones con la junta y Chile.* (605)

El encuentro de ida no fue televisado, y según trascendió, concluyó con un "histórico" empate a cero, ante aproximadamente 60 mil personas, y respecto del cual se harían célebres los talentos defensivos de Quintano y Figueroa. Sin embargo, la clasificación al mundial dependía del partido en Santiago. Tempranamente, el presidente de la federación de fútbol soviética, Valentín Granatkin, había manifestado su rechazo a jugar el partido de vuelta en El Estadio Nacional. La decisión final provino del Kremlin. De acuerdo al libro de Gilberto Agostino, *Vencer ou Morrer. Futebol, Geopolítica e Identidade Nacional,* la selección soviética desistió de jugar ante el temor de una derrota como visitante en un país verdaderamente adverso, y sobre el cual dependía de un pobre empate. De este modo, el fútbol generaba riesgos políticos, que requerían soluciones políticas, siendo con ello la selección soviética "una vez más objeto del poder gubernamental" (123). El centralismo de Moscú operaba con estrictos cálculos de Estado, los cuales diseñaban el comportamiento deportivo de sus selecciones. Habría que

recordar que, por aquel entonces, el Dínamo de Kiev ganó el campeonato nacional, desplazando así a los equipos de la capital, de tradición eslava. El festejo en Ucrania fue censurado, temiendo se produjera una efervescencia incontrolable de sentimientos nacionales. Tal vez, entre los jerarcas, se comentaban los sucesos de 1942, cuando el Dínamo de Kiev venció a una selección de Hitler, en plena ocupación alemana: "Los once fueron fusilados con las camisetas puestas, en lo alto de un barranco, cuando terminó el partido." (Galeano 39)

Sin embargo, las razones de no presentarse a jugar, aparecerán oficialmente el 2 de noviembre de 1973, difundidas por la agencia UPI:
Por consideraciones morales los deportistas soviéticos no pueden en este momento jugar en el estadio de Santiago, salpicado con la sangre de los patriotas chilenos (...) La Unión Soviética formula una resuelta protesta y declara que en las condiciones actuales, cuando la Federación Mundial de Fútbol, obrando contra los dictados del sentido común, permite que los reaccionarios chilenos le lleven de la mano, tiene que negarse a participar en el partido de eliminación en territorio chileno y responsabiliza por el hecho a la administración de la FIFA. (Iturriaga 347)

La URRS no jugaría el partido de vuelta, menos en El Estadio Nacional. En términos formales, esto significaba que Chile clasificaba al mundial de fútbol por "secretaría": la Unión Soviética no pisaría El Estadio Nacional, "salpicado con sangre," permitiendo así la victoria del elenco chileno por falta de rival. Sin embargo, un detalle importantísimo en este contexto, sería la mención que el comunicado soviético hace de la FIFA. Tendría expresa relación con una comitiva, liderada por un suizo y un brasileño, que arribaron a Chile en su representación el 24 de octubre, y con manifiesta intención de garantizar El Estadio Nacional como escenario viable para una eliminatoria. Estuvieron 48 horas, dentro de las cuales se reunieron con el ministro de defensa de facto, almirante Patricio Carvajal, y visitaron el estadio, en cuyos recintos permanecían aún cerca de 7 mil personas detenidas por los militares y sus organismos de inteligencia. Jorge Iturriaga, en un valiosísimo artículo dedicado a conservar la memoria de estos hechos, resume así la presencia de la FIFA a los días de instaurada una de las dictaduras más feroces del Cono Sur:
Para cerrar su visita al país, los emisarios ofrecieron una conferencia de prensa con el ministro de defensa (...) a quien le regalaron un prendedor de corbata y unas colleras de oro con el sello de FIFA. 'El informe que elevaremos a nuestras autoridades será el reflejo de lo que vimos: tranquilidad total'. El brasileño tranquilizó a los dirigentes chilenos: 'No se inquieten por la campaña periodística internacional contra Chile. A Brasil le sucedió lo mismo. Pero luego pasará'. (Iturriaga 347)

Pasó en Brasil, cuando Emilio Garrastazu Médici capitalizó el triunfo de la selección de Pelé en el mundial de México, en 1970. En dicha oportunidad, el propio dictador impuso a su tirador preferido, Dario, en clara desavenencia con el entonces entrenador de la escuadra brasilera, João Saldanha.

Se temía que el entrenador llegara a México con una lista de presos políticos en el bolso, y, en entrevista colectiva, delante de los micrófonos y cámaras de todo el mundo, denunciara las violaciones a los derechos humanos que venían ocurriendo en Brasil. (Agostino 160)

Se haría célebre, sin embargo, la frase de Saldanha, *o presidente escala o ministério dele que eu escalo o meu time*, costándole el puesto algunos días antes de que saliera la selección a México. Sucedió, ciertamente en Argentina, 8 años después. Una vez el Papa enviara su bendición,
Al son de una marcha militar, el general Videla condecoró a Havelange en la ceremonia de la inauguración, en el Estadio Monumental de Buenos Aires. A unos pasos de allí, estaba en pleno funcionamiento el Auschwitz argentino, el centro de tormento y exterminio de la Escuela de Mecánica de la Armada. Y algunos kilómetros más allá, los aviones arrojaban a los prisioneros vivos al fondo del mar. (Galeano 175)

Han pasado más de treinta años de los "incidentes" que llevaron a Chile, recién iniciada la dictadura, al mundial de fútbol de 1974. Sin embargo, lo que vuelve citable esta historia no radica sólo en la presión internacional que obligó a la URSS a cortar relaciones con Chile, influyendo en las garantías internacionales de los jugadores chilenos y soviéticos en tierras, ahora, formalmente hostiles. No se trata tampoco de las razones que tuvo Moscú para retrazar su posición respecto del golpe, en torno a la cual, ciertamente, debieron existir motivaciones extra-futbolísticas (las intervenciones del poeta Armando Uribe y el partido comunista italiano). Incluso, mucho menos, de los esfuerzos que la FIFA realizó por garantizar el encuentro en El Estadio Nacional, puesto que correspondía a la lógica de defensa de los intereses de una institución multinacional denominada a sí misma como "apolítica" (efectivamente, El Estadio Nacional contó con los votos de Argentina, Colombia, Ecuador, México y Senegal). Lo ejemplar de esta historia radica en el hecho de que, mientras la presencia de la escuadra soviética fuera descartada con anticipación, dejando con ello la clasificación *en el bolsillo*, el encuentro de vuelta en El Estadio Nacional se jugó de igual manera aquel 21 de noviembre de 1973.

Las razones por las cuales se jugó el partido de vuelta con la "URSS" en El Estadio Nacional, pueden resultarnos, ahora, anecdóticas. Jorge Iturriaga nos revela que acudieron sólo 11 mil espectadores ese domingo de septiembre. La selección chilena vistió de rojo, con una formación compuesta por los mundialistas Quintano y Figueroa, Reinoso, Valdés y el gran Carlos Caszely. Así,
La parodia fue completa: el orfeón de carabineros tocó el himno nacional, izándose la bandera chilena. Un árbitro hizo sonar el silbato y dos jugadores chilenos salieron en busca del 'arco soviético'. Trotando, sin rivales enfrente, pasándose la pelota entre ellos, los chilenos llegaron a un arco vacío. A un metro de la línea de gol, Chamaco Valdés convierte un tanto ficticio. (Iturriaga 349)

Ese gol ficticio, le deba la clasificación a Chile al mundial de Alemania de 1974, constituyendo el triunfo deportivo más importante iniciada la dictadura. Sin embargo, la puesta en escena de ese gol ficticio necesitó devolver El Estadio Nacional al horizonte de una significación que había repentinamente perdido. En efecto,

mientras la Asociación Chilena de Fútbol (ACF) organizaba aquel patético encuentro en El Estadio Nacional, miles de chilenos permanecían prisioneros, sufriendo los nuevos procedimientos de la política represiva impuesta por los militares. Tal vez, esto último venga expresado de modo siniestro por las palabras de un miembro del Comité Ejecutivo de la FIFA, ante la negativa soviética de pisar el Estadio Nacional:
Si Granatkin dice que el Estadio Nacional está ocupado con detenidos, yo saco una carta en la cual el Gobierno de Chile asegura que varios días antes del 21 de noviembre dicho escenario estará a disposición del fútbol. (Iturriaga 346)

El Estadio Nacional, el recinto deportivo más grande de Chile, se convirtió tempranamente el día del golpe en el lugar que representó la imaginación concentracionaria que instauró la dictadura. Dicha imaginación había calculado el número de "enemigos" con relación a la capacidad de público que El Estadio Nacional poseía (80.000 espectadores), convirtiéndolo aquel 11 de septiembre en el campo de concentración más grande en la historia del país.

3. El Campo de lo Siniestro

"(...) Y en política o en moral, lo mismo que en matemáticas, la negación de una negación encierra una afirmación."
-Declaración de Principios de la Junta Militar, 1974

A diferencia de lo siniestro, que es la irrupción de otra escena en la escena, lo obsceno consiste en un dejar ver, brusco y elemental, aquellas condiciones de posibilidad que hacen a la escena representativa. Lo siniestro, lo ominoso, tal como lo define Freud, es el devenir infamiliar de lo familiar, lo *Un-heimliche*, "aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo" (220), y que se precipita de improviso, de sorpresa, dislocando el estado de familiaridad en el que el mundo se tiene. Lo obsceno, en cambio, incomodidad desafiante, consiste en decir o hacer lo que no se puede decir ni hacer sino bajo la forma de lo sobredicho y sobreactuado. De acuerdo a esto, la obscenidad dejaría entrar a escena lo que la escena como tal ha declarado proscrito, pero que, sin embargo, clandestinamente alienta: la trama invisible de relaciones exteriores a su discurso que la hacen posible. Así, el gesto obsceno mostraría la impostura total del discurso, su falta de control, su descontrol respecto a lo que, de la representación, debió quedar en los términos de un máximo secreto: el origen impropio y vulgar de su permanencia en escena. Igualmente, como un gesto obsceno, podría entenderse la puesta en escena de aquel triunfo que clasificó a la selección chilena al mundial de Alemania.

La dictadura no sólo había derrotado efectivamente las fuerzas de una tradición heredera del imaginario revolucionario bolchevique, sino que, además, obscenamente había concebido la escena en la cual, dicha derrota, adquiría su máxima expresión simbólica. Al no presentarse la URSS a jugar, las condiciones de posibilidad del encuentro fueron anuladas; digámoslo así: la ley interna

de los juegos de competencia fue suprimida. No se trata de que el *match* no tuviera ya sentido, sino de que la estructura misma del juego se disuelve al no haber rival con el que competir. Sin embargo, la dictadura organizó el evento, precisamente, bajo ese énfasis negativo: lo que se jugaba allí, en El Estadio Nacional, no era la victoria que la URSS había *cedido*, con anticipación y por razones políticas, a la escuadra nacional; no era la puesta en escena de la victoria "política" sobre los soviéticos, sino la escena de excepción total a través de la cual el evento mismo era sostenido en el ámbito de lo público. Así, la derrota de la URSS muestra el estado ambivalente de la ley militar, su repentina crispación sicótica, puesto que produce en la escena pública precisamente al suplemento obsceno que la determina, y sin el cual no encontraría expresión su fuerza represiva.

Lo obsceno, por tanto, no radica en poner a jugar a la selección *como si* las fuerzas soviéticas estuvieran ante ellos, sino, por el contrario, en montar un espectáculo nacional en el que dicho *como si* representara, a fuerza de obseder la escena, el origen del discurso represivo de la dictadura. Se trata, como vemos, de apreciar el "suplemento obsceno," no como un obstáculo impúdico de loca fascinación totalitaria, sino como el constituyente secreto de la ley marcial. Así, el "estado de sitio" total, la operatividad de la ley marcial y la ley de la guerra, el toque de queda y la estricta prohibición a la deliberación pública, muestran las condiciones reales en las que se desarrolló la escena "político-deportiva" en El Estadio Nacional, por entonces, el principal escenario de violencia de la dictadura. En este contexto, la dictadura organizó una ficción deportiva, un evento público, televisado, puesto a circular como propaganda disuasiva del estado de "control y orden" que vivía el país, dejando con ello al descubierto el *modus operandis* de la ley dictatorial: su duplicación en el orden del discurso; la bipolaridad obscena de su ley marcial.

En este sentido, a la ley marcial le es constitutivo un reverso oculto, no público, y que presenta su efectividad bajo la forma del "secreto a voces": *todos lo saben* (la ubicación de los centros de tortura, de quienes son los informantes, de que no están los rusos, etc.) y sin embargo, nadie habla de ello, puesto que la eficacia del "estado de sitio" requiere que el mensaje de "refundación nacional" sea comprendido en torno a una literalidad que sólo parece desplegarse en el terreno oblicuo de lo sobrentendido.

En efecto, según recuerda Iturriaga, la clasificación de Chile provocó por entonces grotescos comentarios, tales como los vertidos por el periodista de televisión Jaime Celedón, quien sostenía irónicamente que "el pronunciamiento militar del día 11" había clasificado a Chile para el mundial. Incluso, llegó a agregar que los soviéticos no se atrevían a jugar en Santiago,

(...) ya que los 4 [miembros de la Junta Militar] estaban en sus puestos y con las estacas firmes. Además la barra que pensaban tener aquí para que los alentara [los prisioneros en el campo], ya estaba en el Estadio cantando que se las pelaba con lo cual iban a estar sin fuelle ni ganas para ver el partido el 21 de noviembre. (Iturriaga 348)

La realización de la ley marcial en el terreno de las pasiones deportivas, funciona como un exceso destinado a comunicar la efectividad simbólica del golpe, la excepcionalidad brutal con el que la ley opera. Lo obsceno de la ley marcial no es su torpeza escénica, su ridícula ensoñación triunfalista, sino su propio reverso operativo: el estado clandestino y profundo de intervención en el que se encontraba el imaginario público de la sociedad chilena. De este modo, como sostuviera Slavoj Zizek respecto de la dictadura en Argentina:

(...) el discurso público [militar] era siempre acompañado por su doble sombrío: un discurso secreto en el que el "enemigo" era reducido a un objeto impotente de tortura; un discurso que hablaba de "desaparecidos"; el discurso de la llamada "guerra sucia", el cual, en nombre de la salvación nacional, permitía violar las normas legales y los derechos humanos más elementales; un discurso en el que emergía un goce obsceno generado por el hecho de que la razón de Estado transforma nuestra indulgencia con las pulsiones sádicas en la realización del Deber patriótico. (Porque no Saben 85)

Como veíamos, al no haber rival, al ser ficticio, los jugadores chilenos fueron puestos a jugar contra sí mismos. No entre ellos, sino puestos a jugar contra las condiciones de posibilidad del juego mismo. En la arremetida contra el "rival," incluso si este aún no había llegado, o si su presencia era imaginada, la dictadura tramó un discurso donde se jugaba, simultáneamente, el acceso de su triunfo (cívico-militar) al orden de las representaciones sociales. La escena en El Estadio Nacional del "triunfo" sobre la URSS, representa no sólo el gesto a través del cual la dictadura muestra el carácter impune de su ley, sino, sobre todo, el lugar donde queda al descubierto la propia fantasía totalitaria de ley, aquel goce obsceno que la anima a desdoblarse secretamente. De este modo, el simulacro nos devela, con su silogismo futbolístico, el punto en el cual la dictadura imagina el despliegue total y efectivo de su fuerza fundadora.

El "gol ficticio" fue, en este contexto, un "autogol." El autogol es el gol (anglicismo que va más allá de la *meta*) que implica la propia derrota. Entonces, habría que agregar, la selección chilena fue puesta al servicio de una máquina que desplegó, sobre el carácter simbólico de aquel evento político-deportivo, la "derrota del otro" obsedida por la propia derrota. Bastaría recordar que, en dicha oportunidad, fue invitado el Santos de Brasil, sin Pelé, para cerrar la gloriosa jornada de clasificación: Chile 0 Santos 5. En el mundial de Alemania del 74' Chile no ganará ni un sólo partido.

Sin embargo, los eventos que tomaron lugar el 21 de noviembre son, también, profundamente siniestros. En El Estadio Nacional se asesinó, se torturó, se hizo desaparecer a miles de personas en función de un proceso que tuvo por objeto destruir el imaginario político de izquierda, destruyendo su soporte material. La consigna fue: extirpar del cuerpo de la nación el cáncer marxista, la parte del cuerpo que no pertenece al cuerpo y lo corrompe desde adentro: el "enemigo interno," el "elemento subversivo," lo que el Almirante Merino (miembro fundador de la junta golpista) tiempo después denominara *humanoides*.

De este modo, el golpe instaura una lógica de guerra que tendrá como explícita misión eliminar la base material de la tradición de izquierda; pero donde esta base material ya no correspondería a las estructuras de representación del imaginario republicano tradicional. No se trata esta vez, para la racionalidad militar, de los partidos políticos de izquierda, de las universidades, de los Derechos Humanos y las instituciones jurídicas, deportivas, etc., sino de sus militantes, de los estudiantes, del cuerpo social *mismo* a través del cual dicha tradición se expresaba. La dictadura puso en funcionamiento una máquina que tuvo por objeto al cuerpo; y El Estadio Nacional representó, en ese contexto, un espacio idóneo para desplegar la fuerza de inscripción con que dicha máquina operaba. En un texto clave de la postdictadura, "Las dos caras de La Moneda," Diamela Eltit lo expresa del siguiente modo:

El fascismo, que sólo circulaba como una forma pesquisable en microsituaciones, se había vuelto [el 11 de septiembre] concreto, invasivo, se incrustaba en una ciudad configurada por nuevos signos que pregonaban una refundación nacional. Una refundación obligatoria y selectiva que, para volver a llevar a cabo su empresa mesiánica, miraba de manera absorta a los cuerpos y los ponía bajo el microscopio del procedimiento militar. (29)

Lo siniestro, la ocupación violenta de una escena en otra escena, es para Freud, como veíamos, el evento de una irrupción interna, constitutiva de lo interior, y que torna lo familiar y lo propio (¡el interior mismo!) en *eso* otro que, creíamos, permanecía suprimido en su oscuridad. En este sentido, lo siniestro del Estadio Nacional radica en la total inversión del horizonte de sus significaciones sociales. En él, lo siniestro viene dado no sólo por el hecho de haber servido como espacio de despliegue de una cierta racionalidad de exterminio, a la vez que servía a los logros deportivos de la nación, sino, principalmente por el hecho de que ambos planos se vuelvan, *in situ*, coincidentes. De modo abrupto, El Estadio Nacional dejó de ser aquel espacio social en el que la *multitud*, para usar un término de moda, expresaba la fuerza de su voluntad colectiva. Allí, no hacía mucho que Colo Colo, equipo histórico del fútbol chileno, contará con una de sus más célebres presentaciones: los cinco goles de Carlos Caszely sobre el Emelec del Ecuador, en Abril de 1973. Allí, a comienzos de diciembre de 1971, Fidel

Castro, en visita oficial a Chile, se dirigió por última vez al Pueblo Chileno; también lo hizo Pablo Neruda, exactamente un año después, con motivo del homenaje por el Premio Nóbel de literatura.

De golpe, sin embargo, el estadio es ocupado por una violencia destinada a revertir el sentido social para el cual había sido concebido. Pero, y este es el énfasis que nos gustaría hacer, se trata de una violencia que no expulsa el sentido, no lo exilia, sino que lo copta, lo invade, lo habita. El lugar ha sido ocupado por su contrario, traicionándose así mismo, como en la célebre novela de la postdictadura, *Una casa Vacía (1996)*, de Carlos Cerda, en el que sus protagonistas son confrontados a presenciar, bajo pequeñas imágenes siniestras, el cambio brutal del escenario como soporte real de sus relaciones. De este modo, el espacio destinado a la intimidad, lo familiar y lo hogareño, aloja simultáneamente el espacio de su negación radical: la interioridad misma como amenaza. En la novela de Carlos Cerda, la "casa" es siniestra - Freud diría: "ein unheimliches Haus, una casa encantada (habitada por fantasma)" (Derrida 193)- debido a que, años atrás, había servido como centro de tortura de la dictadura, volviendo con ello no sólo inhabitable su interior, sino la propia interioridad en el que se fundan las relaciones entre los personajes. "Lo siniestro en el mundo de 'Una Casa Vacía' -sostiene Hernán Vidal- queda concebido como dos estratos de realidad superpuestos y coexistentes en el espacio de la casa abandonada" (44), imágenes que se sobreponen en torno a un mismo espacio, como cuando los detenidos en *el nacional* gritaban gol, cada vez que "la máquina cortadora de pasto atravesaba la línea de (...) los arcos." (Iturriaga 344)

Existe, sin embargo, otro énfasis en lo siniestro que habría que apuntar en torno a este contexto. Se trata de la irrupción del deseo, de su materialización inmediata, como le ocurre a aquel paciente de Freud que, en ocasión de haber ocupado un huésped una habitación de hotel que'él había previamente reservado, exclamó para sí ¡Ojalá muera esta noche!, lo que se realizó, como pudo comprobar, a la mañana siguiente: el huésped había muerto durante la noche (Trías 35). En este sentido, lo siniestro estaría dado por la irrupción misma de un deseo que, en cuanto tal, se mantiene en reserva, íntimo, secretamente prohibido. Lo siniestro, por tanto, es también el momento de revelación del deseo, su puesta en escena, el instante a través del cual la mirada interior coincide con la exterioridad que desea. Como lo ha desarrollado Eugenio Trías,

Siniestro es un deseo entretenido en la fantasía inconsciente que comparece en lo real; es la verificación de una fantasía formulada como deseo, si bien temida. En el intersticio entre deseo y ese temor se cobija lo siniestro potencial, que al efectuarse se torna siniestro efectivo. Lo fantástico encarnado: tal podría ser la fórmula definitoria de lo siniestro. (35-36)

Desde el 11 de septiembre de 1973, El Estadio Nacional representó lo infamiliar de la dictadura, el "golpe" a la representación, los'"nuevos signos" de la refundación nacional. Sin embargo, el golpe constituyó, también, la realización de un deseo, el acto fantástico de encarnación de un flujo deseante que tuvo por objeto'"reducir" al máximo las fuerzas colectivas, al punto de extraer de ellas el cuerpo mismo que las hacía posibles. Los cuerpos, repentinamente, fueron objeto de un deseo que atravesó las nociones de "cuerpo social," "de masa," de "poder popular," en busca de aquella singularidad última y real a la cual refieren. Sobre ese *campo*, se puso en juego un aparato extractor de diferencias, un lugar de selección que tuvo la misión de procesar los cuerpos al punto de destruir su singularidad deliberante. Los torturadores, agentes claves en esta nueva administración del cuerpo, cumplieron la tarea de expurgar la diferencia, de borrarla del cuerpo a fuerza de calculadas y letales inscripciones. Tal como lo ha concebido recientemente Willy Thayer:

Los torturadores se parecen a los afiladores de escalpelo que, en lugar de pasar cuchillos y tijeras por la nuez, pasan a hombres, mujeres, animales, para borrarles el contrato social, el lenguaje, la memoria, la personalidad, la biografía, la amistad. (56)

De este modo, El Estadio Nacional, que hasta entonces constituía el lugar de expresión de pasiones sociales, repentinamente se volvió aquel 11 de septiembre en un campo de exclusión a través del cual el cuerpo mismo haría ingreso a una red de tecnologías destinadas a regularlo. En primer lugar, habría que señalar el abrupto paso que va de la lucha política concebida en el terreno de las representaciones públicas, a la guerra contra el cuerpo como el límite estructural de la política. En segundo lugar, la obsesión por el cuerpo que caracterizará a las técnicas represivas de la dictadura, coincidirá con la aparición del cuerpo como último sustrato de la conciencia política a la que hay que reprimir. La tortura, las técnicas de administración del sufrimiento humano, cuya imagen más brutal seguirá siendo la desaparición del cuerpo, constituyeron al interior del estadio un espacio en el que tuvo lugar una operación que puso a la vida como el horizonte político de su efectividad.

Así, lo siniestro viene dado por un conjunto de escenas coincidiendo brutalmente unas sobre otras: el Estadio Nacional y el "campo de concentración"; espacio de exclusión (del "cáncer marxista"), y espacio de inclusión del cuerpo a una nueva administración política; la incorporación del cuerpo del rival a la imaginación concentracionaria, y su brutal desaparición en la gesta deportiva. Estas inversiones siniestras logran máxima resonancia en lo que, recientemente Giorgio Agamben ha desarrollado bajo el concepto de *campo*:

[T]he camp is a piece of land placed outside the normal juridical order, but it is nevertheless not simply an external space. What is included in the camp is, according to the etymological sense of the term 'exception' (ex-capare), taken outside, included through its own exclusion. (Homo Sacer 170)

Agamben está pensando el "campo de concentración" no respecto de su excepcionalidad en el despliegue de la Modernidad, o de la civilización –en términos de Elias, sino, por el contrario, en la secreta complicidad que los maquina, el punto en el que "el proceso civilizatorio" *explica* la emergencia de los campos. Para Agamben, la excepcionalidad del colapso civilizatorio estaría dado

desde el origen mismo de la ley moderna: con el nacimiento de "la excepción" como el punto a través del cual, la norma jurídica que rige al Estado moderno, produce las condiciones de su suspensión. Los "campos de concentración" en la Alemania Nazi, encuentran su más visible vínculo a ley moderna, precisamente cuando ella configura el "estado de excepción," a decir: la excepción de sí misma, como un acto legal y soberano. Así, la excepción a la ley es la ley misma; es la ley en relación excepcional consigo misma. De este modo, y este sería el razonamiento que nos gustaría destacar, la excepción a la ley no es un hecho particular y extraordinario que se sustrae a la regla, sino que es la regla misma, suspendiéndose, retirándose del evento, que da lugar a su excepción.

El campo, indistintamente si se tratara de un campo de fútbol o de un campo de concentración, se encuentra, en el contexto de la dictadura, profundamente determinado por la ley; en especial, por la ley marcial, cuyo plano paradojal de aplicación está autorizado por el "estado de excepción" con el que irrumpe el golpe. En este sentido, lo que fue incluido en El Estadio Nacional, *sacado fuera*, siguió manteniendo una relación con el orden legal, aún así dicha conexión significaba la suspensión total de cualquier garantía jurídica. Por tanto, lo que tendría de ominoso el *campo*, y en este caso El Estadio Nacional, no sería su extrañeidad, su exterioridad al ámbito de las regulaciones públicas, sino su "familiaridad" absoluta con el reino de la ley.

Importante será, en lo que sigue, retener esta noción de campo. A partir de ella resulta visible en Chile un proceso de administración del cuerpo social que tuvo como fundamento último la intervención de la vida misma; una vida que, repentinamente, había perdido cualquier relación con la ley, al mismo tiempo que padecía el rigor indecible de la nueva normativa de inscripción en la ciudad. Así, el campo construye un espacio donde la vida, desprovista de cualquier derecho, la "nuda vida" (Agamben), es puesta en relación con el derecho total de manipularla. Se inaugura así un vínculo entre ley y vida que Agamben denominará bajo el concepto de *biopolítica*. La biopolítica es el espacio de indistinción que el *campo* abre entre la exclusión a la ley como exterioridad, y la inclusión como relación de excepción de la ley. Sin embargo, como podríamos pensar, la intervención de la vida no es la suspensión de los Derechos Humanos (el que una parte significativa del cuerpo social perdiera sus garantías legales), sino, por el contrario, que dichos derechos siguieran en relación con aquellos *humanos* que habían sido puestos al margen de las normas legales. En este contexto, el espacio biopolítico que abre el golpe en El Estadio Nacional es ejemplarmente siniestro. En él no sólo se violaron los Derechos Humanos de miles de chilenos, sino que, sobre todo, se violaron a los "humanos" mismos, al cuerpo viviente que quedó excluido de la ley y, sin embargo, incluido en un espacio biopolítico de inscripción y muerte.

Así, el "elemento subversivo" en El Estadio Nacional, al igual que el "material biológico" en los campos de concentración, poseen la misma y abyecta característica: la pérdida de los Derechos Humanos como condición legal de administración de la vida en el *campo*, como el soporte suplementario que hace al derecho relacionarse con la propia exterioridad siniestra que produce.

OBRAS CITADAS

Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. Sovereign power and bare life*. Stanford: Stanford U P, 1998. (Tr. Valencia: Pre-textos, 1998).

—. *Remnants of Auschwitz*. New York: Zone Books, 1999. (Tr. Valencia: Pre-textos, 2000).

—. *El Lenguaje y La Muerte*. Valencia: Pre-textos, 2003.

—. "El Rostro." *Medios sin Fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-textos, 2001. 79-86.

Agostino, Gilberto. *Vencer ou Morrer. Futebol, geopolítica e identidade nacional*. Rio de Janeiro: MAUAD, 2002.

Atías, Guillermo. *...Y Corría el Billete*. Santiago: Quimantú, 1972.

Avelar, Idelber. "La Muerte y la Doncella o la Hollywoodización de la Tortura". *Revista de Crítica Cultural* 22 (2001): 20-23.

—. *The Untimely Present: Postdictatorial Latin American fiction and the task of mourning*. Durham, N.C.: Duke U. P. 1999.

—. *Alegorías de la Derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.

—. "La Práctica de la Tortura y la Historia de la Verdad." *Pensar en/la Postdictadura* (Richard, N.; Moreiras, A. Eds.) Santiago: Cuarto Propio, 2001. 175-195.

Beasley-Murray, Jon. "La Constitución de la Sociedad." *Pensar en/la Postdictadura* (Richard, N.; Moreiras, A. Eds.) Santiago: Cuarto Propio, 2001. 23-40.

Bellos, Alex. "El fútbol y Brasil." *Letras Libres* 58 (2003): 21-24.

Benjamin, Walter. *El Origen del Drama Barroco Alemán*. Madrid: Taurus Humanidades, 1990.

Bergalli, Roberto. "El vuelo del Cóndor sobre la cultura jurídica y el sistema político." Samuel Blixen. *Operación Cóndor*. Uruguay: VIRUS Editorial, 1998. 5-24.

Bernard-Donals, M.; Glejzer, Richard. *Between Witness and Testimony: the Holocaust and the limits of representation*. New York: SUNY Press, 2001.

Beverley, John. "Introducción." *La Voz del Otro: Testimonio, Subalternidad y Verdad Narrativa* (Beverley and Achurar, Eds.) Pittsburgh: Latinoamericana Editores, 1992. 7-18.

Borges, Jorge Luis. *Obras Completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1974.

—. *Historia Universal de la Infamia*. Buenos Aires: Emecé, 1954.

Borón, Atilio. "El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina." *Revista Mexicana de Sociología* 2 (1977).

Bosteels, Bruno. "Del complot al potlach: política, economía, cultura." *Revista de Crítica Cultural* 26 (2003): 38-45.

Brito, Eugenia. *Campos Minados. Literatura post-golpe en Chile*. Santiago: Cuarto Propio, 1990.

Brossat, Alain. "El Testigo, el historiador y el juez." *Políticas y Estéticas de la Memoria* (Nelly Richard, Ed.). Santiago: Cuarto Propio, 2000. 123-134.

Brunner, José Joaquín. *La Cultura Autoritaria en Chile*. Santiago: FLACSO, 1981.

Calloni, Stella. *Los Años del Lobo*. Buenos Aires: Ediciones Continente, 1999.

Casullo, Nicolás. *Modernidad y Cultura Crítica*. Buenos Aires: Paidós, 1999.

—. "Vanguardias Políticas de los 60'. Marcas, destinos y críticas."

Revista de Crítica Cultural 28 (2004): 4-13.
—. *Pensar entre Épocas. Memoria, sujetos y crítica intelectual.* Buenos Aires: Editorial Norma, 2004.
Cerda, Carlos. *Una Casa Vacía.* Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones, 1996.
Corvalán Marquéz, Luis. *Los Partidos Políticos y el Golpe del 11 de Septiembre.* Chile: CESOC, 2000.
Costa-Gavras, Constantino, dir. *Missing.* 1982.
Délano, Poli. *En este lugar sagrado.* México: Grijalbo, 1977.
Deleuze, G.; Guattari, F. *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia.* Valencia: Pre-Textos, 1988.
Derrida, Jacques. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional.* Madrid: Trotta, 1995.
Dorfman, Ariel. *Ensayos Quemados en Chile.* Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1974.
Dos Santos, Theotonio. *Socialismo o Fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano.* Santiago: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1972.
Elias, Norbert. *Los Alemanes.* México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999.
—. "La génesis del deporte como problema sociológico." N. Elias; E. Dunning: *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización.* México: F.C.E., 1996. 157-184.
—. "Un ensayo sobre el deporte y la violencia." N. Elias; E. Dunning: *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización.* Op. Cit., 185-212.
Eltit, Diamela. "Las dos caras de La Moneda." *Revista de Crítica Cultural* 17 (1998): 28-31.
Fernández Labbé, Marcos. "Nuestra forma de alienación es simultáneamente nuestra única forma de expresión. Debate intelectual, política cultural y compromiso político en la intelectualidad de izquierda en Chile, 1970-1973." 1973. *La Vida Cotidiana de un Año Crucial.* Santiago de Chile: Editorial Planeta, 2003. 97-136.
Franco, Jean. *The Decline & Fall of the Letterd City.* Cambridge: Harvard U P, 2002.
Freud, Sigmund. "Lo ominoso." *Obras Completas.* Buenos Aires: Amorrortu, 1995. tomo XVII. 219-51.
—. "Our Attitude Towards Death." *Reflections On War And Death.* New York: Moffat, Yard and Company, 1918.
Foucault, Michel. *La Verdad y las Formas Jurídicas.* Barcelona: Gedisa, 2003.
—. *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión.* México: Siglo XXI, 2003.
Galeano, Eduardo. *El fútbol a Sol y Sombra.* México: Siglo XXI, 2002.
Galende, Federico. "La izquierda entre el duelo, la melancolía y el trauma." *Revista de Crítica Cultural* 17 (1998): 42-47.
Garretón, Manuel A.; Moulian, Tomás. *Análisis Coyuntural y Proceso Político: las fases del conflicto en Chile.* San José: Centroamericana EDUCA, 1978.
Giunta, Andrea. "Chile y Argentina: memorias en turbulencia." *Pensar en/la Postdictadura* (Richard, N.; Moreiras, A. Eds.) Santiago: Cuarto Propio, 2001. 261-82.
González, Horacio. *El filósofo cesante: Gracia y desdicha en Macedonio Fernández.* Buenos Aires: Atuel, 1995.
—. "Una imagen filmada de Azucena Villaflor: reflexiones sobre la muerte y los símbolos del hórrido morir." *Confines* 8/10 (2001): 44-53.
Hernández, Luis. "El gol del Inter contra el olvido." *La Jornada* [México] 12 de junio 2004: 40.
Hauser, Thomas. *The Execution Of Charles Horman, An American Sacrifice.* USA: Harcourt Brace Jovanovitch, 1978.
—. *Missing.* New York: Penguin Books, 1982.
Iturriaga, Jorge. "Proletas, limpios, cobardes y burgueses. El fútbol en 1973." 1973. *La Vida Cotidiana de un Año Crucial.* Santiago de Chile: Editorial Planeta, 2003. 297-352.
Lafourcade, Enrique. *Palomita Blanca.* Santiago: Zig-Zag, 1971.
Larrain, Jorge. *Identity and Modernity in Latin America.* UK: Polity Press, 2000.
Lechner, Norbert. *Los Patios Interiores de la Democracia. Subjetividad y política.* Santiago: F.C.E., 1988.
Levi, Primo. *Si esto es un hombre.* Buenos Aires: EDITOR, 1988.
Levinson, Brett. *The Ends of Literature: The Latin American "Boom" in the Neoliberal Marketplace.* Stanford: Stanford UP, 2001.
—. "Pos-transición y poética: el futuro de *Chile Actual.*" *Pensar en/la Postdictadura* (Richard, N.; Moreiras, A. Eds.) Santiago: Cuarto Propio, 2001. 41-54.
Levitas, Emmanuel. "Sin Identidad." *Humanismo del Otro Hombre.* México: Siglo XXI, 1974. 112-36.
Marín, Germán. "El golpe avisa." *¿Qué Hacía Yo el 11 de Septiembre de 1973?* (M. Rivas; R. Merino, Eds.) Santiago: Lom Ediciones, 1997. 23-33.
Moulian, Tomás. *Chile Actual: Anatomía de un Mito.* Santiago: Arcis-Lom, 1997.
O'Donnell, Guillermo. "Reflexiones sobre la tendencia de cambio en el Estado Burocrático-Autoritario." Buenos Aires: Documentos CEDES, 1976.
—. "Las fructíferas convergencias de la obra de Hirschman, Salida, voz y lealtad e Interés privado y acción pública. Reflexiones desde la reciente experiencia argentina." *Democracia, Desarrollo, y el Arte de Traspasar Fronteras* (Foxley, A.; McPherson, M. S.; O'Donnell, G. Eds.). México: F.C.E., 1989. 263-82.
Pérez-Villalobos, Carlos. "Pasión, muerte y resurrección en la saga de Patricio Guzmán." *Extremoccidente* 2 (2003): 51-53.
Poulantzas, Nicos. *Fascismo y Dictadura.* México: Siglo XXI, 1998.
Rama, Angel. *Los Dictadores Latinoamericanos.* México: F.C.E., 1976.
Rojas, Sergio. "La visibilidad de lo fatal: historia e imagen." *Pensar en/la Postdictadura* (Richard, N.; Moreiras, A. Eds.) Santiago: Cuarto Propio, 2001. 285-97.
Ruiz, Eduardo. "La crisis del intelectual por el cambio. Notas acerca de la experiencia chilena." *El Golpe de Estado en Chile.* México: F.C.E., 1975. 287-321.
Sarlo, Beatriz. *Tiempo Presente. Notas sobre el cambio de una cultura.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2001.
—. *Escenas de la vida posmoderna: intelectuales, arte y videocultura en Argentina.* Buenos Aires: Ariel, 1994.
—. *La Pasión y la Excepción.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
Schmucler, Héctor. "Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello. Reflexiones sobre los desaparecidos y la memoria." *Revista Confines* 03 (1996): 9-12.
Soto, Hernán."Muchos testigos no recuerdan." *¿Qué Hacía Yo el 11 de Septiembre de 1973?* (M. Rivas; R. Merino, Eds.) Santiago: Lom Ediciones, 1997. 55-62.
Thayer, Willy. "El Golpe como consumación de la vanguardia." *Extremoccidente* 2 (2003): 54-58.
Touraine, Alain. *Vida y Muerte del Chile Popular.* México, Siglo XXI, 1974.
Traverso, Enzo. *La Historia Desgarrada. Ensayos sobre Auschwitz y los intelectuales.* Barcelona: Editorial Herder, 2001.
Trías, Eugenio. *Lo Bello y lo Siniestro.* Barcelona: Ariel, 1999.
Uribe, Armando. *Memorias para Cecilia.* Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2002.Valdés, Hern
án. *Tejas verdes.* Santiago de Chile: LOM Ediciones y CESOC, 1996.
—. *A partir del fin.* México: Ediciones Era, 1981.
Verdugo, Patricia. *Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte.* Santiago de Chile: Catalonia, 2003.
Vezzetti, Hugo. *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
Vidal, Hernán. *Chile: Poética de la Tortura.* Santiago de Chile: Mosquito Editores, 2000.
Virilio, Paul. *La velocidad de Liberación.* Buenos Aires, Manantial, 1997.
—. *La Inercia Polar.* Madrid: Trama Editorial, 1999.
—. *Pure War.* New York: Semiotext(e), 1983.
—. "Pure Power." *The Paul Virilio Reader* (Steve Redhead, Ed.). New York: Columbia UP, 2004. 45-56.
—. "Candid Camera." *The Paul Virilio Reader* (Steve Redhead, Ed.). New York: Columbia UP, 2004. 121-34.
Zizek, Slavoj. *Porque no Saben lo que Hacen. El goce como un factor político.* Buenos Aires: Paidós, 1998.
—. *El Ocaso de las Fantasías.* México: Siglo XXI, 1999.
—. *Welcome to the Desert of the Real.* New York: Verso, 2002.

El irrecuperable Allende de Guzmán

Carlos Pérez Villalobos

La opción de Patricio Guzmán en Salvador Allende no es rescatar la vida del ex presidente, sino confirmar e inscribir la acción del olvido sobre la figura de Allende. Porque poeta de la gesta primordial –en La Batalla de Chile-, Guzmán no puede ser sino el poeta del tiempo desgraciado, el de los saldos y despojos. Guzmán es un melancólico consagrado a dar inscripción lúcida no a la veneración del objeto perdido (aquí, Allende) sino a la poetización de su imposible recuperación. Si busca vestigios, lo hace para confirmar que no los hallará, toda vez que la ya larga actualidad de historia chilena posgolpe se ha elaborado sobre la premeditada voluntad de destruir, hacer desaparecer, condenar al olvido todo vestigio de la historia que fue.

Sólo existe la lucha por recobrar lo que se ha perdido y encontrado y vuelto a perder muchas veces: y ahora en condiciones que no parecen propicias. Pero tal vez ni ganancia ni pérdida. Para nosotros, sólo existe el intento. El resto no es cosa nuestra.
T. S. Eliot

¿Cómo estimar la importancia de un documental sin considerar, antes que nada, el valor del evento referido? Y éste antes que ningún otro: el valor de acontecimiento, su irrepetibilidad. Mientras más irrepetible el evento registrado, más valiosa la inscripción perdurable de su registro. La razón es sencilla: un evento, pasado el minuto de su actualidad viva, no posee más existencia que los vestigios e impresiones dejados tras su pérdida irrevocable: en la memoria (finita y frágil) de sus testigos, en los testimonios conservados de éstos, en los materiales de archivo (fotos, documentos, monumentos, etc.), en los restos de utillaje que hizo la escenografía de lo ocurrido. Lo que ocurrió vuelve a ser actual retrospectivamente, únicamente gracias a las cosas, imágenes y palabras que permiten su evocación y elaboración póstuma. La vocación del documentalista es indisociable de tales cuestiones (que son, por lo demás, la fuente, desde siempre, de todo pensar y poetizar), a saber: tiempo, memoria, inscripción, historia y verdad.

Patricio Guzmán debe su prestigio a una ya extensa obra: es el autor –y éste es el hecho decisivo– de *La batalla de Chile* (1974) y –notario y albacea de ese testamento– ha sido capaz de desarrollar –en *La memoria obstinada* (1996) y *El caso Pinochet* (2001)– un ejercicio del género que vuelve explícita la poética y política del documentalismo. *Salvador Allende* (2004), es su último trabajo –aunque, en Chile, el primero que se estrena y distribuye comercialmente– y, cabe conjeturar, un momento de consumación (y capitulación) de la saga puesta en marcha por *La batalla de Chile*. ¿Qué documenta el documental *Salvador Allende*? No, ciertamente, la vida del sujeto nombrado, muerto hace ya más de treinta años, cuya historia se intentara reconstruir a través del reportaje y la investigación historiográfica, sino que el objeto es –quiere ser– la inscripción intimista de la impresión dejada por su figura pública en la memoria individual del autor. El trabajo, entonces, debe ser juzgado, creo yo, desde el punto de vista de la poética documentalista de Guzmán –y el contenido ideológico implicado–, y no desde el valor referencial que su título promete, lo cual nos pondría a riesgo de sufrir una decepción (entre otras razones, por ésta: muy poco del material editado procede de un registro actual con valor irrepetible).

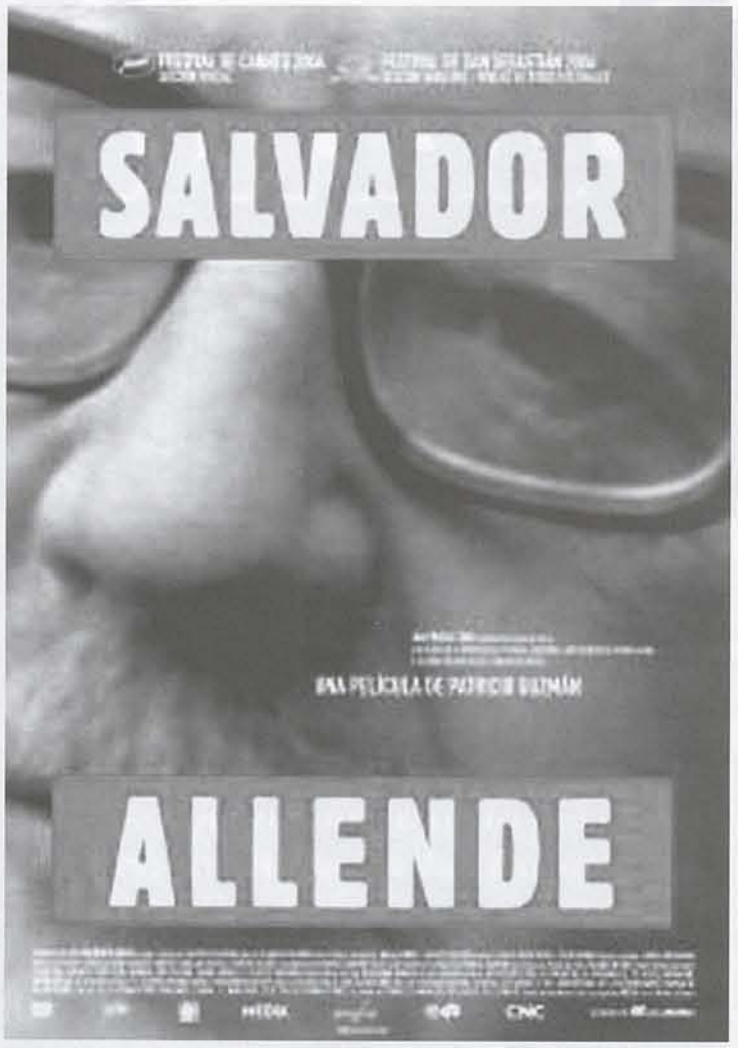
Digamos: el evento referido no es la vida del ex presidente, sino lo que queda de su recuerdo, según el particular punto de vista de quien, en lo que se refiere a la gesta que lo tuvo de héroe, fue su Homero. La hipérbole se justifica porque *La batalla de Chile* es un monumento épico ejemplar –y lo es no sólo por ser un documental histórico bien realizado, sino porque lo documentado es un proceso histórico extraordinario, a saber: el inédito proceso político-revolucionario, que tuvo lugar bajo el gobierno de Allende, y cuyo sujeto protagonista es el pueblo trabajador (así es, al menos, según la elaboración que hace Guzmán, tras un año de concluido violentamente el proceso, dando edición al extenso material registrado). El evento social impresionante puede –por el documental- seguir impresionándonos, dejando su impresión en quien lo vea, porque lo impresionante mismo queda conservado perdurablemente en el material filmado, y con una imponencia denotativa tal, que cualquier reserva o reticencia ante su inevitable sesgo connotativo queda desplazada por la potencia referencial del documento y la poderosa evidencia de lo referido, a saber: la epopeya de la clase trabajadora chilena, por vez primera protagonista de su historia y de la Historia, desde la victoria de Allende hasta su día último. El documentalista Guzmán construyó un testimonio de valor histórico inestimable de mil días irrepetibles, de los que él y su cámara fueron testigos. He ahí el milagro: gracias al documento volvemos a ser testigos del milagro –siendo posible actualizarlo, volverlo presente, gracias al registro que, en tiempo presente, Guzmán hizo del acontecimiento.

Más aun cuando de ese acontecimiento, de su presente épico, no quedaría nada, apenas restos mínimos, despojos, dada la acción violenta y destructora –premeditada política de desaparición y olvido– llevada a cabo por los conspiradores que acaban cancelando el proceso. Así (domiciliado en Francia, tras el trágico desenlace) Guzmán ha padecido la historia de Chile y de esa experiencia ha hecho la fuente de su posterior documentalismo.

La vida organizada dentro de los formatos impuestos por la dictadura –y cuya institución la postdictadura reprodujo– es vida nimia e impresentable, invivible, porque evidencia –como el fetiche para el fetichista– la desaparición de lo venerable perdido.

Pareciera que el escepticismo de Guzmán (de talante menos crítico que melancólico) registra en todo lo que registra que "El polvo suspendido en la atmósfera/Señala el sitio donde terminó la historia." (T.S.Eliot). Así, en *La memoria obstinada*, Guzmán ponía a prueba la frágil memoria de los sobrevivientes (veinte años después de ocurrido el naufragio), confrontándolos a la inscripción del presente épico perdido. (Me salto *El caso Pinochet*, que documenta el arresto del exdictador en Londres y en el que el tema de la memoria se actualiza como resistencia organizada que encuentra su fruto en ese evento).

En su último trabajo (al igual que en *La memoria obstinada*), el documentalista se enuncia a través del relato en primera persona que marca con su voz en *off* el desarrollo del film. No es la voz de un biógrafo; es la voz de quien nunca disimula que su objeto es, principalmente, dilucidar la experiencia propia, íntima, respecto a la acción del olvido como acción política que destruye y trama la historia. La referencia, entonces, no es un presente vivo, sino que (otra vez) el acontecimiento extraordinario, sobre cuya negación se levanta, hasta hoy, la historia de Chile y del que no se tendría más que despojos, de no ser por el documental *La batalla de Chile*. Mismo proyecto de *La memoria obstinada*, solamente que ahí se registraba conmovedoramente ese hecho en la actualidad viva de los sufridos sobrevivientes del naufragio y, también, en aquellos que, no habiéndolo padecido, vivían su instante de verdad, reconociendo la amnesia histórica de que eran hijos, gracias a ser confrontados al documento imponente. ¿Qué viene a agregar el último film, entonces? Pues, yo creo, que, para los chilenos, bastante poco en materia de información. El film, a diferencia de lo que hace imponente su obra decisiva, es principalmente connotativo y el material utilizado procede, en su mayor volumen, de aquélla. Que Guzmán sea hijo de su obra más reconocida –deba su nombre a *La batalla de Chile*–, significa que es hijo de la historia que dejó su inscripción en ella. Se trata, para el autor, entonces, de saldar la deuda con su experiencia primordial: hacer un documental sobre



el héroe de la victoria popular –más precisamente: sobre su olvido. En *La batalla de Chile* el protagonista, qué duda cabe, es el pueblo trabajador. Lo que se documenta es precisamente el extraordinario evento de ese protagonismo y su naufragio. Faltaba concentrarse en la vida del presidente sin el cual esa experiencia habría sido imposible (o inimaginable). Y hacerlo no según la regla biográfica –esto es, bajo el imperativo de la restitución o recuperación–, sino según el proyecto de obra de Guzmán –el de acusar la pérdida y el destrozo. Se entiende: la deuda no es con Allende, la deuda es con *La batalla de Chile*. De ahí las debilidades (al menos para el espectador chileno) apuntadas más arriba. El autor repite, pues, la estrategia lúcida probada en *La memoria obstinada,* sólo que aquí es Guzmán el que se confronta a los materiales de archivo y da edición a su impresión actual –en el registro (disfórico) de un melancólico que cree (sinceramente) ser el único atesorador del hecho primordial perdido y que si busca vestigios lo hace para confirmar su convicción previa de que no los hallará, toda vez que se parte del supuesto de que ya la larga actualidad de historia chilena postgolpe se ha elaborado sobre la premeditada voluntad de destruir, hacer desaparecer, condenar al olvido, todo vestigio, toda huella, de la historia que fue.

Nada –o muy poco–, entonces, de investigación periodística o historiográfica sobre la vida de Allende. Ni reportaje, ni documental de corte biográfico. Nada –o muy poco–, pues, de los rendimientos –en materia de información y de edición periodística– del que fueron testigos los chilenos, durante septiembre del 2003, hace dos años atrás, gracias al frenesí mediático desplegado por los departamentos de prensa de la TV chilena, con ocasión de los treinta años del golpe[1]. Bajo ese respecto el documental no avanza, se limita a restos más bien pobres, bajo el recurso de entrevistar, poner en escena, testimonios insignificantes, o bien por domésticos o bien por consabidos. Si juzgáramos el film según dichos criterios, podríamos prescindir del último documental de Guzmán. Cobra valor si lo que interesa no es Allende como objeto de examen, sino Guzmán y su poética.

Se sabe que un objeto principal de toda poética (de Aristóteles a Jakobson) es el arte de dar existencia a imágenes sobredeterminadas semánticamente. La poética de Guzmán funciona cuando quiere alcanzar, sin dejar de ser documentalista, un punto de coincidencia entre poesía y documentalismo: registro de imágenes con alto poder connotativo, construcción, se diría, de metáforas visuales. Me refiero a la toma de imágenes cuya ambigüedad (que no significa imprecisión o vaguedad) provoca en el receptor un excedente interpretativo. Mismo imperativo que definiría la vocación artística de cualquiera que ejerza un medio técnico de registro. Esto es, que la riqueza de la imagen dependa menos del artificio del artífice (cual es el caso del arte según su concepto estético), que de la realidad captada por la cámara. Lo poético (en la dimensión archivística) residiría en el hallazgo más que en la construcción o invención, con el consiguiente corolario (de muy antiguo linaje): la función del poeta –así fue desde la Antigüedad y hasta, por lo menos, el Renacimiento– consiste en dar inscripción perdurable (y la maestría técnica se mide desde ese criterio) a lo que es en sí mismo extraordinario, digno de ser recordado. El poeta –verbal o plásticamente– consagra su saber técnico a la erección del monumento de aquello monumental, la gesta primordial, el acontecimiento originante de la historia, del sentido de la historia, el pasado fundamental que, de no ser por su relato o representación en un medio exterior duradero, pasaría a pérdida, caería en olvido, con el último de los testigos que lo recuerde. El poeta es un servidor de la verdad, y la inmortalidad de su nombre queda asociada a la maestría que consagró a dotar de inscripción eficaz esa verdad memorable (*alethés*), y de cuya memoria porvenir dependerá el destino de las generaciones venideras.

Esta concepción premoderna del arte y la función social del artífice (propia a esas edades del mundo en que la épica fue posible) retorna –se diría secretamente– en la emergencia de la vanguardia artística, con Baudelaire. En "Sobre el heroísmo de la vida moderna" (1845), pronostica lo que debe ser el arte porvenir: "Pintor, verdadero pintor, sólo lo será quien consiga aprehender el lado épico de la vida contemporánea...". El imperativo de "politizar el arte" (Benjamin), dentro de la línea referencialista (o "realista") del arte moderno, adopta la forma de captar el presente en curso, que ahora está despojado de todo contenido metafísico, extrahistórico, y que es el presente (preñado de futuro) de la revolución social, que pone a la historia en su verdad advenidera. El artista consagra su maestría en un medio técnico no para

expresarse (contenido individualista-burgués), sino para dejar testimonio de los acontecimientos sociales que escriben el destino de la Historia[2].

Bastan estas indicaciones (que podrían ser interminables dado lo fundamental del asunto) para reconocer la vocación de Guzmán y adivinar que, para su conciencia político-estética, el hecho fundamental de su vida es, a un tiempo, el momento histórico del gobierno de Allende y la elaboración documental que lo registra. He ahí el tesoro que su trabajo (incluido su último film) no puede dejar de atesorar. Los filmes que siguieron al poema documental no hacen sino explotar, desarrollar, actualizar ese inestimable tesoro. No en el sentido de administrar la inversión afortunada para capitalizar narcisísticamente sus rendimientos. No. El trabajo de Guzmán ha desarrollado, desde esa obra decisiva las cuestiones que esa obra comprometía: la relación de verdad histórica, olvido, y memoria como trabajo inscriptivo. Y *Salvador Allende*, pese a una primera impresión (que hace pensar en la restitución trivial de la figura monumental del ex presidente), parece ser la reflexión de un modernista (que a mí, como se deja adivinar por las citas, me recuerda la poética de T.S.Eliot) que entiende que del presente perdido –sólo que aquí el presente primordial es el de la revolución social– no queda nada y ello porque la ley de la historia consiste en la acción destructiva y premeditada del olvido. Pareciera que Guzmán desea consignar, desde el principio, que el rescate de la vida del sujeto (en su dimensión no inscriptiva) está condenada de antemano al fracaso, sobre todo cuando las fuerzas que se impusieron a su proyecto producen premeditadamente el devastamiento de cualquier vestigio que lo recuerde. (Que la memoria –y la acción del olvido– es el tema de Guzmán lo confirma esa metáfora visual –más notable, creo yo, que cualquiera de las intentadas en el presente film– elaborada en *La memoria obstinada*: las manos viejas de su tío anciano –quien, en ese film, ejerce como testigo memorioso– que equivocan las notas mientras intenta sin éxito ejecutar al piano el fragmento de una conocida sonata).

De ahí que el último film comience con el inventario de los escasos objetos de uso particular del muerto, únicos restos que quedan (billetera, fragmento de sus anteojos, carné de militante, reloj, etc.), saldos rudimentarios de su intimidad, despojos mudos, mínimos, relictos insignificantes. De la vida privada de un sujeto sólo quedan las cosas que hicieron el utillaje de su contexto usual y las impresiones dejadas en la memoria (más bien frágil) de quienes formaron parte de su escena doméstica. En el caso de Allende, a más de treinta años de su muerte, no queda nada de ese contexto de uso y ello, en su caso singular, por el inmoral despojamiento que, el mismo día del golpe, se hizo de su casa particular (bombardeada), saqueo perpetrado por los soldados victoriosos y, también, por los decentes vecinos del presidente (importante punto del documental). En lo que respecta a los testigos de la historia doméstica, muy poco: Guzmán conversa (nunca entrevista), por ejemplo, con la hija de quien fuera la nana del señorito, y el testimonio logrado es más bien insignificante (lo es menos la toma de la secretaria e íntima de Allende, cuya silenciosa reserva respecto al secreto a voces es de una pudorosa elocuencia).

Pareciera que el material editado quiere ser premeditadamente insignificante (en términos denotativos), precisamente porque el propósito es (poética de Guzmán) connotar la ruina de la vida –su desaparición– a través del olvido –inevitable y provocado.

Habríamos podido esperar del arte del documentalista (y de su concepto de arte en general) el compromiso político de salvar la vida, lo que queda de una vida, del olvido; podríamos –bajo la promesa que abre el título del documental– haber esperado una singular recuperación del ex presidente. Ciertamente la opción de Guzmán es otra: confirmar e inscribir la acción del olvido sobre la figura de Allende. Porque poeta de la gesta primordial y su naufragio, Patricio Guzmán no puede ser sino el poeta del tiempo desgraciado, el de los saldos y despojos. Cuenta la leyenda que tras cantar la batalla de Ilión, Homero se dedicó a cantar la guerra de las ranas y los ratones.

Guzmán es un melancólico consagrado a dar inscripción lúcida no a la veneración del objeto perdido (aquí, Allende), sino a la poetización de su imposible recuperación.

Y es por eso que el documental concluye con un antiguo registro del poeta Gonzalo Millán recitando un poema que imagina conmovedoramente la imposible vuelta atrás de la historia. Nos podrá defraudar el resultado, pero –cómo no reconocerlo– seamos justos con su proyecto.

Notas

1 Me permitiré citar al respecto un ensayo mío sobre la obra de Guzmán. "A diferencia de la dimensión épica del primer documental, que editaba la aventura colectiva y su naufragio, *La memoria obstinada* registra –en términos de tanteo– la pequeña historia (*story*) de sus sobrevivientes. Actualización del naufragio, tras veinte años de ocurrido, a través del testimonio personal de los que quedan. El documentalista es aquí un investigador cuya vida está implicada en el objeto de su investigación, a saber: la relación de memoria e historia (*history*) en la dimensión del recuerdo privado. Y, como en toda investigación, hay experimento. Si en el filme anterior se documenta en tono de gesta el experimento chileno de la revolución socialista, en el nuevo filme se trata de hacer, de producir, un experimento: Guzmán provoca la conmoción rememorante, objeto de la filmación, dispone performativamente las condiciones detonantes de la experiencia que quiere registrar. Y el dispositivo que sirve de percutor es esa inscripción monumental que es *La Batalla de Chile*, cuya imponencia denotativa vuelve presente lo que fue perdido y vuelto a perder." *Pasión, muerte y resurrección en la saga de Patricio Guzmán*, Rev. Extremoccidente, N°2, año 2003.

2 Debemos reconocerlo (cosa que Guzmán ignora): con mayor o menor fortuna, con mayor o menor conciencia de culpa, sumando y restando, de ese abundante y masivo despliegue informativo, quedó como rédito, con carácter definitivo, la figura monumental de Allende, dejando fuera de duda su dignidad a toda prueba. Y se lo hizo, en la mayoría de los casos, con solvencia profesional, ejerciendo con imaginación las reglas del género del reportaje, editando material de archivo, realizando investigación periodística sobre la vida del gran hombre, sus distintas facetas, entrevistando a quienes lo conocieron o lo desconocieron –leales o enemigos políticos, íntimos o testigos lejanos– y poniendo en escena, a treinta años plazo, un juicio matizado sobre la historia y sobre ese destacado protagonista de la historia. Un hito en la historia de la TV chilena y, por qué no decirlo, en la historia de la conciencia histórica chilena.

Allende, Guzmán y la estructura mítica de los sueños

Federico Galende

En Salvador Allende, se ha retirado al pueblo del teleobjetivo, reemplazándolo por una voz en off que se arroga el pasado de la Unidad Popular como un hechizo que sólo ella podía romper. Su lucha es un capítulo más de la guerra del buen archivista contra el barniz al que su país trata de someter la memoria. Lo que el documental reprocha a su época –su divina inconsciencia respecto del pasado de la Unidad Popular– se confunde con la propia irritación que al director le causa la deuda que siente que el país tiene con él. El autor que mantiene sus justas reservas respecto del imaginario de la Concertación, no lo ha hecho respecto de ese primo hermano que es la socialdemocracia europea, un público para el que Salvador Allende ha dispuesto la ruina de Chile de un modo demasiado didáctico, saltándose, por cierto, los muchos materiales publicados aquí durante los últimos años.

El último documetal de Guzmán sobre Allende, autor por cuya obra anterior no sólo siento una enorme admiración sino que, además, me sigue pareciendo configurador de un pasado que muy probablemente no habría llegado a existir sin su trabajo, no ha logrado esta vez ser inmune a la cadena de omisiones que castiga y sanciona, razón de más para que, a la hora de comentarlo, tengamos en cuenta algunas consideraciones. La primera de ellas consiste en que han pasado los años y que, en virtud de eso, resulta cada vez más dificil forjarse una idea adecuada acerca de quien fue Salvador Allende. La magia del descarte es el truco predilecto de la novedad y la catástrofe, y basta un instante de descuido, como pensaba Blanqui, para que a las laboriosas obras de otros días la naturaleza comience apasiblemente a demolerlas. Las hierbas o la arena que ahora las recubren no han llegado sin embargo allí por casualidad; se las ha dejado crecer, se ha colaborado con su reflejo de eliminación desde una cierta pasividad concertada. Y así como Duchamp o Gombrowicz no creían que una obra pudiera existir por sí misma, eximida de la declaración *"esto es una obra"*, no hay acontecimiento sin la bienvenida que a éste le da una cierta conciencia de época.

A la actualidad, en otras palabras, no la trama sólo el traidor –colaboran con ella la ceguera, el conformismo, el desconcierto–, y ésta desde la que ahora el documental que comentamos busca recuperar la memoria perdida de Allende, resulta de un largo proceso histórico al que una amnesia colectiva dejó volcar demasiadas canaladas de piedras. La reconstrucción de Chile ya hizo de Allende una ciudadela arrasada por la desmemoria y vuelta a levantar por ésta, y por supuesto que siempre podrá pensarse que incluso la memoria que nos queda, la misma que en los últimos tiempos ha tenido tan buena acogida en los círculos académicos internacionales, es producto de unas fases sucesivas de liquidación que han coartado de antemano la posibilidad de todo recuerdo elaborativo. En un texto referido al grado de destrucción que alcanzaron las ciudades alemanas después de los bombardeos masivos de los aliados, un tema sobre el que vuelve ahora el film *La caída*, Sebald cita el caso de una mujer que en Hamburgo, al día siguiente del ataque, limpiaba las ventanas de su casa en medio del desierto de escombros[1]. Creímos estar viendo a una loca, cuenta que escribió Nossack, sobre todo porque eso sucedía mientras los reclusos, a los que se utilizaba para eliminar los restos de los que fueron seres humanos, se abrían paso con lanzallamas hasta los cadáveres a través de nubes de moscas y ratas que se devoraban cuerpos hinchados por el calor de la guerra.

La escandalosa capacidad del ser humano para olvidar lo que no quiere saber y no ver lo que está ante sus ojos es parte de una historia colosal que avanza arrojando a los leones sus formas anteriores; ese insospechado virtuosismo, que le permitió a una porción importante de nuestra izquierda, si es que no a la totalidad del campo cultural, pasar en limpio las fojas negras de su desgracia para dedicarse de lleno al futuro, se expresa hoy en algunos puntos que no estaría mal enumerar a fin de contextualizar el documental sobre Allende. Uno de ellos, el más importante, consiste en la paradójica configuración de un campo crítico al interior del cual cada uno de sus miembros suele darse el lujo de ignorar por completo el trabajo de los otros. Miguel Vicuña comentaba hace poco en una entrevista cómo "lo que en nosotros ha llegado a primar es una cultura de la crueldad, una que recae no sólo sobre la obra de cada colega, que nadie lee o sólo lo hace con el propósito de destrozarla, sino sobre el campo de lectura en su conjunto, cuyas dificultades para revisarse a sí mismo han sido por lo general sustituidas por el cultivo de animitas menores levantadas al gran poeta exitoso"[2]. No son muchos los países en los que cada persona es capaz de mantener tal grado de reserva, desprecio o sospecha respecto de sus semejantes ni es raro, por lo mismo, que este cortocircuito lleve a un segundo punto: el de la búsqueda cada vez mayor de un espectador foráneo al que narrar las convulsiones de la historia desde un sospechoso grado cero de los hechos, lo que ayuda a elucidar que en cada país del mundo haya siempre un chileno decidido a animar alguna sobremesa imprimiéndole un protagonismo personal a los dolorosos sucesos de antaño, atrapando el complejo arco del infortunio en una especie de tiempo mítico o infantil. Ambas cosas se apoyan, sin duda, en un tercer punto, consistente en la extinción pública del archivo, que del Museo, la Biblioteca o la Universidad ha pasado velozmente a la casa del coleccionista, el experto o el curador, como si, tras la devastación tácitamente aceptada, algunos hubieran alcanzado a escapar de las ruinas con huellas de historia en sus mochilas. Que muchas de esas huellas se hayan perdido en el camino (a veces, como en nuestro caso, no sólo las cosas se pierden dejando tazas, se pierden también las trazas) muestra que nada de grave tiene la desaparición de la bandera o la del acta de independencia, emblema histórico que un soldado raso hiciera pedazos en un rapto de malhumor la tarde misma del golpe, comparado con el largo silencio mantenido al respecto.

Ahora bien, si me permito enumerar algunos de estos problemas (la vana omisión de obras que conforman nuestro presente, la deliberada afición por el tiempo mítico y el espectador extranjero, la recurrencia al archivo privado) es porque el documental de Guzmán, autor cuya obra anterior conociera la aceptación concluyente del público local y cuya obra actual habría ganado mucho en autenticidad si su título fuese *Allende y Yo,* no se los ahorra del todo. Eso introduce, es de esperar, algunas consecuencias, como por ejemplo que a diferencia de lo que sucediera con *La Batalla de Chile*, donde la comprensión de la historia como montaje –es decir, la comprensión cinematográfica de la historia– lo había llevado a editar las imágenes que eternizarían la era de la dignidad del país, superponiendo sutilmente coloraciones y primeros planos con rostros en cuya expresión fugaz se revelaba melancólicamente la constitución del pueblo como sujeto, en este documental la dignidad aparezca desarmada, digámoslo así, por las mismas claves de su recuperación[3]. En *Salvador Allende*, la figura del pueblo como sujeto se ha desvanecido definitivamente en un cúmulo de voces que en el opúsculo de sus vidas enuncian una última pertenencia a la especie. Si en *La Batalla de Chile* el uso del montaje era una máquina puesta al servicio de la exploración retrospectiva del tiempo, ahora, vaya política, Guzmán daría la impresión de haber decidido utilizar las imágenes como algo por medio de lo cual la nada nos mira. Es la nada de Chile, se entiende, una que, apelando a una vieja humorada de Dubillard, "resultó ser más delgada de lo que pensábamos".

La dificultad está en que para invocar esta nada, ardid que el director logra sacudiendo la cabeza del espectador distraído con golpes de fósiles muy bien articulados, se ha retirado al pueblo del teleobjetivo, reemplazándolo por una voz en off que se arroga el pasado de la UP como un hechizo que sólo ella ha temido romper. Guzmán literalmente privatiza el sueño de aquellos años vigilando ese hechizo por medio del uso de un material decolorado, uno que opone estratégicamente a esta luz californiana nuestra que Ruiz, no sin ironía, solía comparar con la luz de otro hechizo: el del cine de hollywood. El procedimiento no es menos completo, que interesante; por medio de éste, las decoloradas imágenes del archivo

buscan interrumpir el cine como máquina de sueños mientras esa máquina de sueños que fue la UP es evocada para interrumpir la decoloración histórica del pasado de Chile. Si esto es así, es porque Guzmán piensa que la memoria podría encontrar en la actualidad la colorida clausura que una pálida foto extraída de su bolsillo debe venir a interceptar. Su lucha es en este sentido estrictamente personal, acaso un capítulo más de la guerra del buen archivista contra el baño de barniz al que su país trata de someter la memoria.

No es fácil estar en desacuerdo con esto, salvo por el hecho de que obrando de esta manera, con el malhumor propio de quien se representa a sí mismo cansado de cachetear en vano la estatua mineral de la inconsciencia con la onírica de un registro privado, Guzmán ha transitado de una *teoría de la soberanía*, forjada en la impecable edición de la propagación colectiva de un proyecto histórico sin precedentes, a una *teoría de la ruina*, donde lo que queda de lo que fuimos no son más que delgadas hilachas de humanidad, testigos mudos de la hecatombe y restos taciturnos que, lejos de ilustrar desde su sobrevida el honor perdido de una época, expresan la mera posibilidad de lo humano para habitar lo inhumano. Si se observa bien, este tránsito Guzmán lo ha obtenido a través de un truco en la toma, haciendo que los mismos entrevistados que en *La Batalla* hablaban mirando de frente a la cámara, extravíen ahora sus miradas incautas en la penumbra del cuarto. Son almas en pena, racimos caídos de un sueño olvidado que, sin recordarse siquiera a sí mismos, acompañan al fantasma de Allende y al propio director en el desconcierto y el desalojo. Sus zapatos empobrecidos, tomados por Guzmán para alegorizar la falta de piedad del tiempo, navegan en el aire mientras sus pensamientos borrosos se retrotraen a un ejército popular de juguete en el que desfilaban con cañas. La nada que desde la imagen nos mira contendrá así miradas de nada en la imagen. Y aunque esto es aceptable en alguien cuyo sentimiento de desahogo ha escogido la lengua del cine para ponerse en evidencia, molesta por momentos que en lugar de ser Allende la reliquia extraviada que el historiador memorioso suma al jeroglífico del presente, sea el objeto dormido que alguien pugna por enrostrarle personalmente una última vez a un país al que no quiere.

Actuando en nombre de este descargo, lo que el documental reprocha a su época, al parecer su divina inconsciencia respecto del proceso que la teje, se confunde con la propia irritación que al director le causa la indiferencia de un público "ya epocado" respecto de su arte para situarla. El relato de lo confuso, escribió Baudelaire, no tiene por qué ser un relato confuso. Y sin embargo uno podría adivinar en el tono de Guzmán que esa deuda que confiesa tener con Allende es una deuda que siente que el país tiene a la vez con él, no sólo como loable editor de un pasado, sino también como consumador de un género, algo que, por lo demás, ha repetido en varias oportunidades, endilgándonos de paso un reconocimiento que le ha llegado lamentablemente de otras fronteras. Que el público chileno haya dado su espalda a un autor que, gracias a la distancia, le devolvía a través de las imágenes pizcas de su inconsciente óptico, no es ninguna novedad, pero no por eso dejará de ser novedad que ese autor se rinda a la posibilidad de contemplarnos como espectadores y que, en cambio, se consuele esta vez convidándonos sólo la rémora de un éxito cosechado en la lejanía. "¿De dónde saldrá el martillo verdugo de esta cadena?", dice un conocido verso de Miguel Hernández. La respuesta es que seguramente no de alguien que, manteniendo sus justas reservas respecto del imaginario de la Concertación, no lo ha hecho respecto de ese primo hermano que es la socialdemocracia europea, un público para el que *Salvador Allende* ha dispuesto la ruina de Chile de un modo demasiado didáctico, saltándose, por cierto, las muchas páginas, apartados, recortes, dossieres y documentales proyectados aquí durante los últimos años. La prueba está en que sobre el final del film, se nos dice que en Chile prácticamente nada se ha escrito sobre Allende, ni siquiera una biografía. O mucho me equivoco o, siendo más fiel al vicio histórico que reprueba que a su condición de investigador memorioso, ha olvidado Guzmán los inumerables testimonios, libros y ensayos publicados por González Camus, Hernán Valdés, Largo Farías, Mónica González, Tomás Moulián, Juan Seoane, entre cientos de otros, por no mencionar el relevo de archivos de tres mil seiscientas páginas de González Pino y Fontaine Talavera, que podríamos al menos discutir, las varias realizaciones de la televisión chilena a propósito de los treinta años del golpe o la biografía de Jorquera titulada justamente *El Chicho Allende*.

En esta última, por ejemplo, se nos cuenta que la primera en entrar a la casa de Tomás Moro, unos días después del Golpe, fue Moy de Tohá, quien, apenas franqueada la puerta, según su testimono, se encontró con los cuadros de Matta y Guayasamín acuchillados y flotando en el agua que entraba por los techos abiertos, los sillones descuartizados, la flor de marfil que les había regalado Ho Chi Minh partida en cuatro pedazos, un sinfín de papeles rotos desparramados por el suelo y, al final del recorrido, en el dormitorio del Presidente, a un soldado acostado con el torso desnudo bebiendo de una botella de wisky mientras a unos pocos metros una perra paría cuatro perritos. "En medio de tanta desolación, provocada por seres humanos, la vida pugnaba por imponerse a través de una perra", escribió Jorquera, quien dos o tres páginas después

nos detalla que lo que Tohá buscaba en realidad era un encargo de la ex primera dama, consistente en una "pulsera que se había mandado a hacer con las medallas ganadas por su marido y un billete de cien dólares"[4]. Llama la atención, por decir lo menos, que, descubierto recientemente el patrimonio de otra ex primera dama, uno que ha sido desplazado por la cobertura mediática de un tesoro más cuantioso hallado bajo la isla de Juan Fernández (con tesoros así bajo nuestro suelo, ¡para qué reparar en patrimonios perdidos sobre la tierra!), nadie haya apelado a aquel testimonio de Tohá para hacer, aunque más no sea, una mínima comparación, seguramente porque nadie conocía el testimonio. Ignoro si lo desconoce también Guzmán; no que, ante la posibilidad de ilustrar la pesadilla de la historia por medio de esa escena vergonzante, ha escogido por enésima vez la imagen del bombardeo a la Moneda.

En virtud de su valor exhibitivo, facultad que a esta altura le ha permitido ganarse un lugar más entre las ofrendas o reliquias de turismo, la imagen de la Moneda en llamas opone hoy muy poca resistencia al "ojo de la patria", lo que prueba que Guzmán se la ha dedicado a las prudentes expectativas de un público no suficientemente informado. A nosotros, en cambio, nos dedica los restos empolvados del ajuar republicano, reliquias secularizadas que enuncian la experiencia difunta de una vivencia y que, "siendo lo único que ha quedado de Allende", nos vuelven responsables del módico sitio que han tomado al sustituir la promesa de unas alamedas que se abrirían. Esos objetos están allí para probar que los procesos sociales sí se detienen. Es la lengua de las ruinas, que arranca a la historia su destino salvífico para restituirle su pobre verdad mortuoria. En este punto la lectura más lógica radicaría en entender lo que mencionábamos unos párrafos más arriba, que a la *soberanía*, filmada a través del palacio en llamas como alegoría de la excepción, Guzmán la continúa con la *lengua de las ruinas*, que presenta a través de las reliquias seculares de la república, pero a mí me parece que no es así y que, dado que el litigio resulta de dos modos específicos de disponer el archivo ante el público, de lo que en realidad se trata es de una tensión entre un uso simbólico y un uso mítico de las imágenes. Esos dos usos se comunican entre sí.

Al uso simbólico lo explica la curiosa voluntad de Guzmán por volver una vez más, siendo tan rica nuestra era en imágenes de la destrucción, a la *Moneda bombardeada*, un recurso que, naturalizando un tipo de percepción sensorial ya modificado por la reproducción técnica de la desgracia, le permite envasar el caleidoscopio de la historia en una imagen fetiche. Difícilmente el público europeo esté al tanto del modo en que el blanqueamiento de la Moneda está ínsito ya en la Moneda en llamas, postal que abrevia simbólicamente la destrucción como revés de un jeroglífico epocal más complejo. El fin de la soberanía es un proceso, no un ejemplo, que como tal excede las pistas visuales que encierra el estuche burgués. ¿Intuye Guzmán tal cosa? Por supuesto que sí; por eso no ha tenido problemas en poner a circular el incendio simbólico de Chile reservando para sí, como *vanita* de ese cuadro social inanimado, una lectura mítica del pasado. Esta lectura mítica radica en la preservación de un sueño infantil como momento pasivo de la recepción del inconsciente histórico de Chile. Si nos permitimos antes hablar de hechizo, es porque resulta notorio que este documental sobre *Allende* tiene un lejano aire de infancia, membrana onírica inconsútil de la que el director se rodea a la hora de resitir la insoportable adultez del país. Esto hace que la excesiva dieta de citas, evocaciones y referencias al espacio crítico que le es contemporáneo, dieta que antes nos plantéabamos como síntoma de una forma nacional de narrar, quede justificada si la pensamos como la manera que tiene Guzmán de protegerse de la crueldad de la historia, crueldad abierta por un despertar colectivo al que *Salvador Allende* sigue enfrentando un intocado sueño de infancia.

Para dar cuenta del tiempo mítico, decía Benjamin, debemos considerar que cada época tiene un lado dirigido hacia los sueños, el lado infantil. Ese lado es el que Guzmán nos impone, perdurando en la experiencia física de un acontecimiento apabullado por el triunfo de una actualidad sin magia. Así los mismos objetos de los que podríamos extraer su líquido ruinoso, aparecen filmados como materiales transitorios de una onírica que ha dejado su huella en la memoria. Las imágenes son arsenales, criptas, museos. Pegatinas que atrapan la medialuna de la historia en el tiempo del ensueño. Pero ocurre –y por ningún motivo habría que dejar de decirlo– que el tiempo mítico antiburgués es también el tiempo infantil del tirano caprichoso, el del rey que dispone sus enunciados lúdicos sobre la tierra provisto de un énfasis despótico. No hace falta agregar que a este pequeño tirano, meritorio enemigo de los impulsos futuristas de Chile, de su sórdido paisaje burgués, de las arrogancias de una izquierda que despertó demasiado rápido de la siesta emancipatoria, hace años que lo vemos tomarse el dorso de la historia como una sustancia personal. No se trata, por cierto, sólo de Guzmán, aunque si ahora lo llamamos es porque esta posición corre siempre el riesgo de adoptar repentinamente el tono equívoco de un gran apocalipsis civil. José María Valverde definió alguna vez a Elliot, versión de derecha de este legado, como un poeta en negativo, en el sentido fotográfico del término, un poeta que retomando por momentos extractos de Pound y del Conrad del Corazón de las tinieblas (*Mistah Kurtz – he dead*, es la dedicatoria que aparece en el poema de 1925, *Los hombres huecos*) hizo la alegoría de una civilización nihilizada y dispersa respecto de la cual el poema debía funcionar como un conjuro de fragmentos, citas, restos de objetos y de voces que, en una fulguración instantánea, "abrieran grandes agujeros al vacío y a la muerte". Del infante que halla en los pliegues de sus sueños la forma mítica de la historia al apocalíptico que lee en las ruinas pórticos invisibles hacia la muerte, hay un paso. Nada de ese paso rozará la planicie burguesa. De eso Guzmán acaba de asegurarse, pero ¿qué importancia tiene si para hacerlo ha dejado a un lado el collage de la historia? Entre el "tiempo mítico" y el "tiempo burgués", un rumor ha quedado; ese rumor pesa seguramente menos que el sueño de Allende, más que Allende como sueño.

Notas

1. Sebald, W.G., *Sobre la historia natural de la destrucción*, Anagrama.
2. Vicuña, M., *Filosofía, universidad y devastación*, mimeo.
3. Para una revisión más completa de *La batalla de Chile*, ver Pérez Villalobos, C., "Pasión, muerte y resurrección en la saga de Patricio Guzmán", Revista Extremoccidente Nº 2.
4. Jorquera, C., *El Chicho Allende*, Ediciones Bat, pág. 327.

Genealogía de la mediatización política en Chile

(fragmentos de 1920-2005)

Juan Pablo Arancibia

Del mismo modo en que la revista chilena Sucesos de 1920 ejercía un discurso biopolítico que constreñía y reglamentaba la vida cotidiana, a través de lo minúsculo y lo superfluo, describiendo y prescribiendo la normalidad de la vida y la moralidad del cuerpo, ahora el dispositivo televisivo ejerce aquella función. La televisión no es sólo un medio técnico donde se formalizan unos contenidos, sino que ella misma comporta un trazado de relaciones sociales y de poder. Es parte constitutiva y constituyente del litigio por la hegemonía interpretativa de la sociedad, con sus diagramas de visibilidad y de invisibilidad, de decibilidad e indecibilidad, según los modos de tratar, el silencio y la omisión, con que naturalizan a la política.

El "desplazamiento" de la palabra por la imagen; la emergencia de nuevos "sujetos discursivos"; la configuración de ciertos géneros, soportes y lenguajes, la constitución de una temprana "industria cultural", así como la consumación de una "sociedad de masas" y la trans-mutación general de un espacio público-político, de cierto modo, componen un régimen de politicidad que aquí habremos de llamar: un diagrama biopolítico-policial.

(...) Pensamos que se trata de un cambio en el registro discursivo de un poder jurídico-político, de carácter fundacional, por otro que ahora se ocupa de expandir y materializar en el seno de la vida cotidiana aquellos universales constituyentes de la comunidad política moderna. El primer eje discursivo es la construcción e instalación de aquellos principios y normas jurídicas que constituyen a la comunidad política –soberanía, patria, nación, república, derecho, moral, orden, libertad, progreso, etc., y cuya entidad de realización en la escena moderna es el Estado–; el segundo, se encarga de convertir esos principios en vida cotidiana, en sentido común. Una vez que están asentados los principios y fundamentos articulantes del Estado, entonces es preciso expandirlos, materializarlos, volverlos prácticas de vida y ejercicios cotidianos. Ese proceso de expansión y materialización del poder en la vida cotidiana es propiamente un régimen biopolítico-policial.

Se trata de una racionalidad cuyo orden discursivo ahora se vuelca enunciativa y performativamente sobre la superficie de la vida. Con el estallido de microrelatos cotidianos se teje una retícula significativa de la vida, que organiza y dispone un conjunto de sentidos permanentemente reconstruidos. Ello tiene como rendimiento material producir y diagramar un orden, una serie de prácticas, espacios, relaciones, mecanismos y técnicas que gobiernan la vida cotidiana. Esa configuración de poder es el que podemos reconocer como *Policía*. Sugerimos establecer entonces la pregunta por las relaciones, nexos y articulaciones entre la emergencia y expansión del dispositivo icónico, el que se reconoce como propio de la sociedad de masas, con este nuevo régimen de policía.

Policía sería la expresión jurídica que constituía los mecanismos de control y normalización que el Estado ejercía sobre la población. Lo específico de la policía es que gobierna la vida en su dimensión micropolítica, y que su motivo de ocupación central es el gobierno del cuerpo en el espacio de la ciudad y en su cotidianeidad. Lo que luego se constituye como un régimen bio-político. La preocupación central de la policía es la Población, pues en ella se constituye y radica la fuerza propia de un Estado, en cuanto es el patrimonio activo que compone el poder del Estado. La policía debe custodiar y vigilar a la población, cuestión que se traduce en once tareas específicas de las cuales debe ocuparse: la religión; la moralidad; la salud –individual y pública–; los aprovisionamientos de la ciudad; el estado de los caminos, puentes, veredas y edificios públicos; la seguridad pública; las artes liberales –las artes y las ciencias–; el comercio; las fábricas y centros productivos; la servidumbre y los peones; los pobres e indigentes[1].

Con el advenimiento de nuevos lenguajes, formatos y agentes discursivos, los medios masivos constituyen un dispositivo discursivo que practica y ejercita este diagrama biopolítico-policial. Con la progresiva incorporación de la imagen, la caricatura, la fotografía, con la formalización de otros modos y registros escriturales, así como la cristalización de ciertos géneros y modos narrativos, estaríamos en presencia de series discursivas que ya no alojan o pertenecen a la matriz fundacional del Estado, sino que constituyen un plexo discursivo que realiza una racionalidad histórica, una *episteme*. Siguiendo esta intuición, por ejemplo, se podría rastrear en Chile, hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, la emergencia de diversas revistas inscritas en el género "magazine", como un dispositivo discursivo que ejerce prácticas y efectos normativos propiamente biopolítico-policiales.

La policía como dimensión y régimen específico de bio-poder no se ejercería sólo a costa de decretos, dictámenes y edictos, sino que se vuelca a la cotidianeidad, se introduce en la vida, se pliega y adhiere a la superficie de la vida cotidiana, constituyendo un saber y un conjunto de normas, criterios y racionalidades que cristalizan una forma específica de poder, de prácticas y orden social. Toda esta retícula de saber y de poder tiene como centro de gravedad al cuerpo. El cuerpo se instituye como superficie de inscripción, como entidad a producir, perfilar y docilizar. El propio cuerpo constituirá el epicentro sobre el cual recae y se ejercita toda una maquínica normativa, aquella que delimita el imperio de la ley, ahora devenida vida cotidiana.

Revista Sucesos 1920: un dispositivo biopolítico-policial

Examinemos un dispositivo biopolítico-policial como soporte específico: la revista *Sucesos*, de 1920[2]. La revista *Sucesos* fue fundada en septiembre de 1902 y circuló continuamente hasta 1934. En sus inicios, era una publicación semanal que aparecía los días jueves, tenía 38 páginas, y su perfil periodístico se inscribía en el género "magazine". La presencia de la imagen –caricatura, fotografías, dibujos y retratos– era un sello distintivo de su estructura, rasgo que se fue acentuando con el correr de los años. Hacia 1919 la revista ya contaba con 70 páginas, de las cuales, casi dos tercios eran destinadas a imágenes. Asimismo, conviven en su interior diversos géneros y subgéneros periodísticos, pero todos ellos remiten a una escritura breve, de lenguaje sencillo, descriptivo, ameno, y cuyo motivo central es la cotidianeidad. Así, crónicas de actualidad, crónicas de personajes, artículos y columnas de opinión, crónicas policiales, notas de páginas sociales, sección femenina, sección deportiva, se entremezclan con una diversidad de imágenes, muchas de las cuales también obedecen a una importante figuración de avisos comerciales[3].

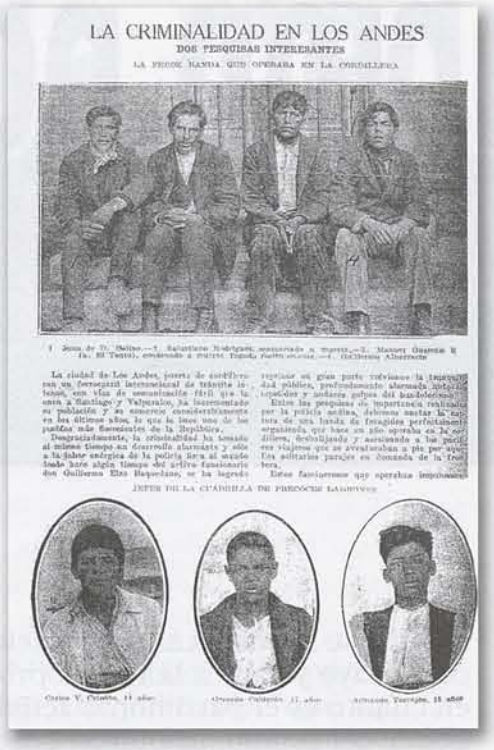
La revista *Sucesos* es significativa en nuestro análisis porque pertenece nítidamente al género "magazine". Trátase de un género periodístico, propiamente moderno y comercial, cuyo espesor o gravedad no se juega en un tipo de discurso altamente complejo, cuyos lenguajes, estructuras, recursos narrativos y argumentales, atienden directamente a la vida cotidiana, a una condición actual, superficial y efímera. *Sucesos* no es una revista especializada en ciencias o "disciplinas del saber", tampoco es estrictamente "periodística" o "eminentemente política". De ello, lo relevante es que sus motivos atienden a la superficie de la vida, a lo cotidiano, a lo minúsculo, a lo superfluo.

Por otro lado, el año 1920 se realiza la elección presidencial que corona a Arturo Alessandri Palma como Presidente de la República. Como se sabe, con frecuencia esta elección es considerada un hito de la incorporación de "las masas" a la política[4]. Se destaca el tipo de oratoria "demagógico-popular" del "León de Tarapacá" que eludiendo discursos

El asesino de don Julio Covarrubias Freire

EL PEDESTAL DEL LEON

MAXIMA-LISMO
INDECISION LIBERAL
CAMPA-NA de GUMUCIO
MIEDO DE LOS CONSERVADORES


LA CRIMINALIDAD EN LOS ANDES
DOS PESQUISAS INTERESANTES
LA FEROZ BANDA QUE OPERABA EN LA CORDILLERA

formales o más protocolares –que hasta ese entonces todavía constituían una matriz léxico-discursiva de la "clase política"–, opta por un lenguaje y una fraseología que le permite acentuar los vínculos y proximidad con la "querida chusma"[5].

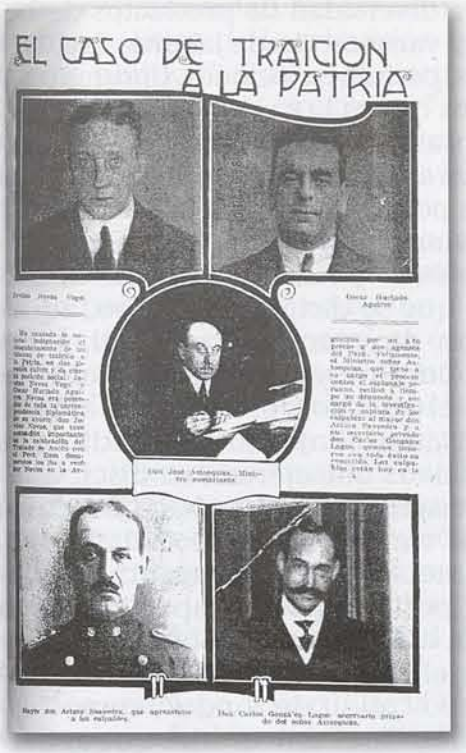
Diversas discusiones perduran todavía para elucidar el carácter histórico-político de la elección de 1920, acerca de la crisis, o giro hegemónico, que el triunfo de Alessandri representaría. Ciertas narraciones historiográficas niegan su condición de líder y lo presentan como "caudillo autoritario", cuestionan su arraigo en "las masas", observando, por ejemplo, que en aquellas elecciones hubo una abstención ciudadana superior al 50 por ciento[6]. Se afirma que Alessandri no respaldó el proyecto constitucional levantado por los movimientos sociales de la época, sino el de la clase política y la alta oficialidad del Ejército; que su acción constituyente sólo se limita a reformar la Constitución de 1833; que defendió a la oligarquía política, evitando una salida revolucionaria al rescatar el sistema político de su crisis, al tiempo que neutralizó y despotenció a los movimientos sociales[7]. Otras narraciones advierten que la candidatura senatorial de Alessandri en 1915 y la posterior candidatura presidencial en 1920, constituyen las primeras elecciones propiamente modernas, en cuanto reducen las prácticas de cohecho, clientelismo e intervención. Se destaca el compromiso de Alessandri con las demandas y aspiraciones de los trabajadores, mezcladas con las innovaciones propagandistas modernas y democratizadoras[8].

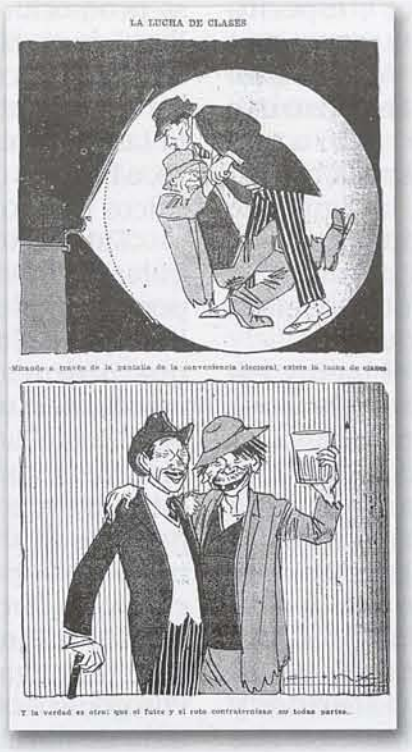
Sin embargo, más allá de los específicos debates que se han activado sobre la complejidad que este escenario político configura, por de pronto, este evento electoral pone en evidencia varios aspectos que cruzan y constituyen nuestro problema. Por un lado, la irrupción de signos, lenguajes, formatos, códigos, gramáticas, subjetividades, espacios discursivos y sujetos políticos. Por otro lado, –y el que más deseamos aquí destacar– más allá de cualquier referencia política al escenario electoral inmediato, la revista *Sucesos* constituiría un dispositivo discursivo biopolítico-policial que no se juega en su referencia a lo político contingente, no se juega en adscripciones electorales, sino que en un proceso enunciativo que describe y prescribe la normalidad de la vida y la moralidad del cuerpo.

Así pues, más allá de ser "un año político", lo relevante es que la revista *Sucesos* de 1920 obedece a un campo discursivo donde, tras un largo y complejo procesos de mutaciones[9], ya parece haberse consagrado una "industria cultural" y una "sociedad de masas" en Chile[10]. Por las características de su género, no sería una revista eminentemente política, y precisamente por su dimensión "no política", despliega una conjunto de recursos enunciativos constituyentes de un "sentido común" que evidencian su carácter propiamente policial.

Un análisis que se limite a las referencias explícitas que la revista *Sucesos* hace de la cuestión política y específicamente de la elección presidencial de 1920, para efectos de nuestra hipótesis, constituye un interés marginal. No obstante, observemos y productivicemos brevemente algunas señas que de ello se pueden extraer.

Por un lado, la presencia del soporte icónico es predominante en la estructura de la revista, por ello es frecuente encontrar un conjunto de recursos enunciativos de carácter iconográfico que atienden, de diversos modos, a la elección presidencial. Por ejemplo, son diversas las caricaturas que refieren a la elección, pero su objeto, ciertamente, no es ejercer un función indicativa y visual del referente, sino que establecer algunas paráfrasis conducidas a ironizar, reclamar, desconfiar y, otras veces, criticar la actividad política. Este gesto resulta relevante, pues acentúa el carácter "apolítico" de la revista. Así, se procura una toma de





distancia de la cuestión política –entendida ahí, claro está, como una esfera político-jurídico-institucional–, cuestión que trasunta en una perspectiva despolitizada, más "neutral" e imparcial en ese tipo de litigios. Circulan caricaturas de políticos, en tamaño página completa, a color, y en blanco y negro. Los textos icónicos se acompañan de textos lingüísticos[11] –generalmente representando breves leyendas, pensamientos o diálogos de los personajes–, remiten a una diferencia entre el mundo de los ciudadanos, los trabajadores y el mundo de los políticos. Aparecen textos señalando este divorcio, así como las "sórdidas" negociaciones y el descrédito del cual ya serían merecedores los candidatos.

Por otro lado, el soporte iconográfico reconoce en la fotografía "periodística" otro de sus nacientes y poderosos recursos. Se exhiben diversas fotografías (blanco y negro) de los candidatos, en una multiplicidad de actividades y funciones. Desde masivos actos políticos, encuentro con los ciudadanos y los electores, hasta situaciones de su vida particular y cotidiana. Particularmente significativo a ese respecto es un "reportaje fotográfico" que se hace del recién electo Presidente Arturo Alessandri Palma, que curiosamente, no se limita a presentarlo en actividades oficiales y protocolares, sino que lo muestra junto su familia, amigos, en su casa, exhibiendo y resaltando su "dimensión humana"[12].

Otra cuestión específica, pero técnica y semióticamente relevante, es que –siguiendo a Dübois–[13], la fotografía que ahí circula es todavía fuertemente referencial, mimética, de inspiración técnico-objetivista, cuya tarea central es "mostrar" los objetos, los personajes y el mundo real, tal y cual ellos son. Predominan los planos generales, los ángulos neutros o frontales, con escasos recursos técnico-enunciativos, como la composición o el manejo de la profundidad de campo. Pareciera existir una gramática de producción y reconocimiento[14] que alienta la idea de hacer "ingresar al interior de la fotografía todo el mundo posible", contener en ella toda la información que se pueda. La consagración de este dispositivo iconográfico, no es sólo un mero desarrollo técnico, sino que disloca y genera otro régimen de la mirada, otra visualidad, un nuevo *sensorium*[15].

Sin embargo, por sobre la circulación de textos icónico-verbales que hacen referencia a lo político contingente y electoral, existen otras operaciones enunciativas, de carácter "magazine", que atienden a otro espesor referencial, de un modo ya no crítico ni distante, sino que, explícitamente fervoroso y adscrito. Trátase de aquellos principios y fundamentos que antes mencionábamos, que operan como la plataforma y cimiento "suprapolítico" sobre el cual se erige la comunidad política moderna y civilizada.

Así, por ejemplo, sistemática, regular y enfática es la presencia de motivos como la Patria, la Nación, el Progreso, el Orden, el Trabajo, la Seguridad Nacional, la Moral, etc. Esta serie de motivos semánticos son transversales a todas las operaciones enunciativas, los soportes y códigos que despliega *Sucesos*. Circulan dibujos, caricaturas, retratos, fotografías, columnas, crónicas, notas informativas, poesías, etc. El sujeto de la enunciación que habita y se despliega en estos enunciados no expresa distancia crítica alguna acerca de estos motivos, antes bien, profiere un conjunto de interpelaciones normativas y morales que operan como imperativos universales: "los buenos ciudadanos", "los verdaderos patriotas", "los heroicos soldados" y "orgullosos chilenos".

Podemos localizar diversos textos icónico-verbales destacando frecuentemente estos motivos. Dibujos y caricaturas, tamaño a página completa, haciendo referencia a la gallardía heroica de los soldados chilenos, del impostergable "llamado" de la patria, o de la superioridad militar, moral y

civilizatoria sobre "nuestros enemigos", específicamente aludidos: Perú y Bolivia. Esta operación discursiva -siguiendo el esquema de Verón-, despliega una lógica de enfrentamiento, se construye un adversario, un contradestinatario, pero a través de un proceso de identificación genera prácticas de reconocimiento que cristaliza la figura de un prodestinatario. Dicho de otro modo, opera la lógica de un Otro positivo y un Otro negativo, la figura del amigo y del enemigo[16]. Nosotros y ellos. El bien y el mal. Civilización o barbarie.

Sin embargo, no sólo a un Otro foráneo y extranjero se hace referencia, no sólo se construye un enemigo externo, sino que también se construye la idea de un enemigo interno. Aquí yace una dimensión extraordinariamente relevante. Pues ya no se trataría de la mera diferencia partidista, no se trata de las legitimas y diversas adscripciones que se puedan seguir en el orden de lo político. Se trata de un conjunto de principios y valores "suprapolíticos", propiamente "civilizatorios", que deben ser transversal y universalmente adheridos y afirmados. Trátase de aquellos fundamentos que constituyen la posibilidad de la patria y la nación. Ningún "orgulloso chileno" ni "verdadero patriota" podría restarse o dudar de aquellos preceptos. Por cierto, cualquier distancia o quebrantamiento de ellos, configuran lo que Michel Foucault denomina el monstruo político y el monstruo moral[17].

Así se cristalizan las figuras del delincuente, del desertor, del anarquista, del traidor a la patria, del subversivo, del infractor, del individuo peligroso. *Sucesos* cuenta con una sección estable de crónica policial, en ella desfilan sistemáticamente toda esta gama de objetivaciones. Se componen páginas completas con textos icónico-verbales, donde destacan las fotografías y pies de foto que anclan el sentido de cierta lectura. En ellas, ya resulta nítido el tratamiento de la imagen que se realiza. Si bien antes dijimos que la fotografía todavía es aquí fundamentalmente mimética, ese afán referencial se comporta como una condición y una gramática de producción que -siguiendo a Bourdieu[18]-, el propio encuadre y la composición revelan cierto *habitus* que, en este caso, criminaliza lo criminal. Dicho de otro modo, el cuerpo del criminal es fotográficamente criminalizado.

Sin embargo, otras tópicas y enunciados también reclaman importancia para nuestra hipótesis. Se trata de temas absolutamente cotidianos, "desinteresados" y "descontaminados", que sólo atienden a la superficie de la vida cotidiana. De alguna manera, gran parte de estos temas están permanentemente referidos al cuerpo. La preocupación de la salud, la belleza, la higiene, la juventud, la vitalidad, serán sistemáticamente dispuestas como actantes significativos de este relato. Es relevante, además, que los enunciados se construyan sobre la base de cierta iconografía, a veces, más significativa de lo aparente[19]. Una manifestación de aquello es la diversa oferta de productos médicos que se avisan en la publicidad (remedios para la diarrea, la tos, la piorrea, la jaqueca, los dolores menstruales, los riñones, el resfrío, las hernias, las hemorroides, la estitiquez, la anemia, etc.). Asimismo, se promociona una diversidad de productos de belleza, para damas y varones: desde jabones "rejuvenecedores", cremas, perfumes, lociones, tinturas para las canas, shampoos contra la caída del cabello, hasta las más misteriosas pócimas traídas del extranjero, o bien los últimos avances y descubrimientos científicos promovidos por algún místico "doctor".

Tal como advierte Eduardo Santa Cruz -siguiendo a Traversa-, es posible identificar dos tipos de productos que se dirigen al cuerpo, aquellos que se aplican directamente sobre él, y los que procuran su confort y bienestar[20]. Pero las atenciones sobre el cuerpo no terminan ahí. Se despliega, además, un conjunto de predicados valóricos y normativos que ejercen su disciplinamiento. Este procesamiento que se hace del cuerpo y de la vida se transfigura en cotidianeidad, haciendo operar mecanismos de captura y sujeción que circulan por la innocua superficie de la vida cotidiana. Así, las tópicas de la familia, el trabajo, el hogar, la felicidad, aparecen como motivos genéricos, como "telón de fondo", como "estado de naturaleza" o fines universales que aguardan, en cada cuerpo, su realización.

Al mismo tiempo que se produce la objetivación de un cuerpo dócil, es decir, la narración de un cuerpo normal, moral, legal, productivo; a la inversa, también se objetiva el relato de un cuerpo anómalo. Trátase de un cuerpo defectuoso que porta los signos de la enfermedad, la miseria, la vejez, el ocio, la rebeldía. Este cuerpo anómalo e infractor es objeto de desconfianza, de temor, de amenaza. Nítidos son los ejemplos del "cholo" peruano y boliviano, del delincuente, del "anarquista", del vagabundo, del ladronzuelo, del traidor a la patria.

De esta manera, la revista *Sucesos*, en cuanto dispositivo discursivo, opera un régimen de visibilidad, trazando un diagrama biopolítico que tiene en el cuerpo su superficie de inscripción. En este proceso de reconfiguración y desplazamiento del dispositivo letrado al dispositivo icónico, interesante sería advertir aquel conjunto de mutaciones que se producen en el orden de las prácticas, mecanismos y técnicas de poder. Dicho brevemente, importa observar los cambios que se ejecutan en el registro discursivo, desde un poder "fundacional" -cuya tarea fundamental es sentar principios y fundamentos del Estado-Nación-, a un poder "expansivo" que requiere diseminar aquellos principios y fundamentos a la naturaleza de la vida cotidiana. Significativo resulta observar las mutaciones que operan entre un registro discursivo que funciona a través del decreto, la ley, el edicto, la ordenanza, y otro registro enunciativo que se disemina y comporta en géneros masivos. Así, el "magazine" aparecería como un dispositivo, como una forma específica de producción y divulgación de sentido común, un estado "natural" y "apolítico" de la vida.

Escenificaciones contemporáneas

Como hemos querido mostrar, lo más propiamente político de los medios no se realiza bajo el género o el formato de "lo político", no se encuentra tanto en el debate o en la franja electoral, sino que se desplaza, se descentra, se realiza y naturaliza

como cotidianeidad. En ese sentido, lo más propiamente político de la televisión no está en el "programa político", sino en el matinal, en el programa de asistencia, en el "magazine", en la teleserie. Ahí se despliega y cristaliza todo un reticulado de valores y saberes que capturan, visibilizan, docilizan y ordenan los cuerpos.

Una de las quejas que destacan en diversas conceptualizaciones de este proceso de mediatización de lo político, es la reducción de lo político a espectáculo. La crítica consiste en la subsunción de la política a lo mediático, la subsunción del "contenido" a la mera "forma". Ahí la denuncia central parece consistir en la desintegración del espesor de la política disuelta ahora en el espectáculo de la forma. Esta querella se asienta en que lo que verdaderamente constituía el aspecto central de la modalidad enunciativa del discurso político, era el razonamiento, la validez de los argumentos, el espesor de las ideas y la gravedad de las palabras: el imperio del *logos*.

Sin embargo, a partir de la irrupción de la televisión y su fusión con la política, esta dimensión espectacular de la política sufría un proceso de transformación creciente, el cual consistía en potenciar y acentuar esos rasgos de espectacularidad, exacerbar el régimen de la visualidad, en desmedro del espesor argumental. Esta acentuación del espectáculo, sin duda, se habría visto agudizada y expandida en el contexto de la mediatización de la política[21]. Este proceso se refiere a la emergencia de unos lenguajes, unas formas, de unos agentes, dispositivos, gramáticas y relatos que ponen en relieve el protagonismo de los medios de comunicación en la configuración del campo discursivo social. Una de las manifestaciones que mejor expresaría dichas irrupciones pareciera consagrarse con la supremacía o captura que la televisión ejercería sobre lo político, de modo que la televisión se ha vuelto una escena privilegiada de la política, o dicho de otro modo, en la sociedad contemporánea, la política no puede sino hacerse televisivamente[22].

Esta nueva modalidad espectacular de la política ha incentivado diversos estudios y variadas lecturas.

Primera lectura: la televisión subsume a la política y le sustrae su principio racional para instalar un principio impresionista mediático. El *logos* ha sucumbido a la imagen y a la pasión. La política ha devenido espectáculo de las formas y se le ha vaciado de contenido. Aquí la televisión constituye la desgracia de la política. Desde luego, esta matriz interpretativa opera asentada en aquella tradición –ingenua a nuestro juicio– que establece una oposición, dicotomía y fractura entre palabra e imagen. Uno de los más claros exponentes de esta comprensión lo encontramos en los trabajos del politólogo italiano Giovanni Sartori[23].

Segunda lectura: la política subsume y reduce a la televisión, sirviéndose de ella. Las "clases poderosas" se sirven de este "instrumento" para manipular y expandir su dominio sobre las "masas enajenadas". Aquí la televisión se concibe fundamentalmente como tecnología de transmisión, como un medio de persuasión, manipulación y consecución de objetivos políticos[24]. La televisión consistiría sólo de una "técnica neutra" que puede ser, eventualmente, utilizada "para bien o para mal". Fragmentos de esta lógica de "aparatos ideológicos de estado" se pueden encontrar en trabajos tan diversos como los de Armand Mattelart, Lorenzo Vilches, Francois Bourricaud.

Tercera lectura: la videopolítica sería un nuevo género textual. Se trata de una fundación televisiva donde la reunión entre la enunciación televisiva y la política se constituye en una propiedad del texto. De modo que la videopolítica aparece como una modalidad textual específica y diferenciable al interior de la malla programática televisiva, cuyo rasgo distintivo sería la exhibición mediática de la acción política. Se trataría de un engendro mediático que irrumpiría como nueva arquitectónica de relato y cuyos límites serían claramente identificados y circunscritos a la referencia de lo político. Esta interpretación básicamente se levanta desde el registro de estudios técnicos de propaganda, marketing, teoría de la información, análisis estructural del relato y neo-funcionalismo de la comunicación. Una clara exposición de esta perspectiva la encontramos en los trabajos de Philippe Maarek[25].

Cuarta lectura: la videopolítica anuncia la subsunción de la política al mercado. Aquí se concibe que la política ha sufrido un proceso de descomposición y de desplazamiento. Descomposición en cuanto ha quedado desprovista de substancia, de principios, de razones y argumentos. Desplazamiento en cuanto ha cambiado de lugar, la política ya no tendría lugar en el espacio público, dialógico y racional, sino que habría quedado confinada al mercado. La política ha devenido marketing. La videopolítica aquí aparece como un mero procedimiento publicitario de producción y circulación de mercancías simbólicas. La videopolítica se reduce a mero procedimiento técnico de venta, donde ya no se pone en circulación un entramado de ideas y proyectos sino que se venden imágenes y sensaciones. Diversos aspectos inscritos en esta región argumental, se pueden encontrar en trabajos como los de Pierre Bourdieu, Alain Touraine, entre otros[26].

Quinta lectura: la videopolítica o "comunicación política" no constituye ni flagelo, ni desgracia ni aniquilación de la política, sino más bien, en la sociedad contemporánea constituye su condición de posibilidad. La reunión de tres dimensiones –política, información y comunicación–, y tres agentes fundamentales para la política en la sociedad post-industrial –político, periodista, público-ciudadano–, vienen a constituir los fundamentos y condiciones para la existencia de lo político más que a proclamar su destitución. Si Bourdieu había dicho que el campo periodístico constituía una amenaza para la democracia y el patrimonio cultural de occidente, ahora Dominique Wolton27, no con menor convicción, sostiene lo contrario: la "comunicación política" no sólo es condición de posibilidad de la democracia, sino que es su más sana manifestación.

Estas cinco líneas constituyen los principales diagramas de comprensión que se levantan sobre la mediatización de lo político. Si bien, entre ellas

existen distancias, pero también complicidades, pareciera existir un acuerdo general y casi unánime, sobre la indiscutible y creciente relación entre Comunicación y Política.

Hacia una tipología de la videopolítica chilena

En lo inmediato, proponemos una caracterización provisoria y contemporánea, del modo en que parecen ser identificados algunos módulos discursivos de la mediatización de lo político. Actualmente, en Chile se pueden identificar diversas formas de aparición de la política en televisión, por ahora distinguiremos cuatro principales regímenes de visibilidad política-televisiva.

Primero, como Género: Programas que son rotulados como "propiamente políticos", aquellos que tienen por finalidad exhibir las figuras, las ideas, los proyectos y participación de los políticos. Estos tienden a utilizar un lenguaje formal, serio y generalmente adoptan la modalidad de la entrevista, del foro, del debate. Son realización de las áreas periodísticas de los canales, y son conducidos por periodistas del "frente político". Asimismo, este régimen de visualidad consagrado como "género" parece cristalizarse en estaciones televisivas de naturaleza casi exclusiva para estos fines, como es el caso de algunas estaciones de televisión por cable.

Segundo, como Referencia: Programas de actualidad, noticieros, reportajes y documentales que realizan alguna alusión o referencia parcial o directa a la actividad de personeros e instituciones políticas. Esta modalidad básicamente adopta el valor de información cotidiana y sistemática. Dentro de esta lógica, por ejemplo, particular relevancia adquieren ciertos hitos simbólico-políticos en la vida nacional. Al cumplirse 30 años del golpe militar de septiembre de 1973, la televisión, de modo muy intensivo, exhibió una malla programática abundante y recurrente. Fueron diversos los reportajes, documentales, entrevistas y noticieros que "recuperaban" los "acontecimientos" para reconstruirlos como memoria.

Tercero, como Espectáculo: Programas "magazine", de conversación, eventos y espectáculos. Se trata de módulos textuales que en principio se concentran en la farándula y el mundo del espectáculo, pero donde concurren los persones políticos en su calidad de "figura pública" y "estrella televisiva". Esta modalidad tiene el valor de presencia y figuración. Se revalida y confirma televisivamente al político como referente público, aún cuando su figuración mediática no distinga propiamente su función de "político" o "estrella televisiva". Generalmente, esta figuración pretende, por un lado, exhibir otras dimensiones del político, conocerlo más en su "dimensión humana", su vida familiar, su biografía, su intimidad, y con arreglo a lo anterior, por otro lado, pretende "acercar el político a la gente", mostrarlo "más humano", "más entretenido", y más próximo al campo de experiencias y representaciones del público y la ciudadanía. En el último tiempo, destacan las entrevistas de "Vivi Kreutzberger" a Ricardo Lagos, Michelle Bachelet, Soledad Alvear, Joaquín Lavín, Pablo Longueira, etc.

Cuarto, como Megaevento: Franja electoral, debates, microprogramas y cadena nacional. Se trata de una modalidad textual que si bien obedece a las características del género político, tiene su especificidad en la magnitud, relevancia, resonancia y espectacularidad que alcanza al interior de la escena mediática. Ya no se trata de la entrevista habitual o semanal, sino que de un verdadero acontecimiento político-televisivo. Tiene valor de evento político-mediático, sus formas enunciativas operan como protocolo y ritual de la política mediatizada. Es evento político y televisivo al mismo tiempo. De hecho moviliza a todas las fuerzas de la escena política y al mismo tiempo moviliza toda la infraestructura y espectacularidad televisiva, por ejemplo, el debate presidencial.

Sobre esta última modalidad, cabe hacer notar la perfecta coincidencia y armonía que logra el acontecimiento en este doble valor, evento político y evento televisivo. Coincide en el despliegue y mezcla de las estrellas políticas y el estrellato televisivo. Particularmente en Chile, en el marco de las elecciones presidenciales de 1999-2000, cuando se organizó el debate Lagos-Lavín, la escena estaba constituida del siguiente modo. Por un lado, en el centro de la escena, los candidatos en contienda. Frente a ellos, un periodista de cada canal, (un "rostro insigne" de cada estación), y como público, curiosamente, una mezcla entre -si cabe la distinción- "personalidades del mundo político" y "estrellas de televisión" (especialmente actores de telenovelas). Se producía ahí un interesante sincretismo mediático entre política y televisión. Una escena bastante semejante se reprodujo en el "debate de las primarias" entre Bachelet y Alvear.

Adviértase un dato de no menor relevancia: en las últimas elecciones presidenciales, en las municipales y parlamentarias, se activaron campañas televisivas para conminar a la "ciudadanía" a participar de los actos electorales. Estas campañas están básica y principalmente diseñadas sobre la imagen de "rostros televisivos". Son actores de telenovela, son animadores televisivos, y "artistas" mediáticos, los que convocan, informan y educan para la participación ciudadana.

Ahora bien, por sobre esta primaria y parcial tipología que hemos propuesto, sugerimos una sospecha más radical. Más allá de la cobertura televisiva a la política, podemos destacar que la significación política de la televisión no se juega sólo en una pura alusión o referencia, sino que ella estaría alojada en su propia producción y circulación discursiva. La política en televisión no se comporta sólo como referencia, no sólo como información, no sólo como aparición, no sólo como espectáculo, no sólo como evento, sino que la significación política de la televisión cruza más bien toda su malla programática, constituyendo a la propia televisión como un agente discursivo y un dispositivo de enunciación biopolítica. Del mismo modo que la revista *Sucesos* de 1920 ejercía un discurso biopolítico que constreñía y reglamentaba la vida cotidiana, ahora, el dispositivo televisivo ejerce aquella función. Habría una cierta mutación, pero también ciertos relevos en los mecanismos y agencias textuales que realizan los procesos de normalización.

Proponemos aquí una sexta lectura de la mediatización de lo político, ahora entendida como

producción de dispositivos discursivos biopolítico-policiales. Aquí los propios procesos de mediatización constituyen, por sí mismos, otro régimen de politicidad.

Pensamos a la televisión y a todo el tramado mediático como un campo general de discursos, propio y consustancialmente político[28], donde precisamente adviene y acontece la disputa, donde se visibilizan narraciones y agentes, se configuran los lenguajes y se traman los sentidos de aquellas disputas. La televisión no es sólo un medio técnico o virtual donde se formalizan unos contenidos, sino que ella misma comporta el trazado de relaciones sociales, es parte constitutiva y constituyente del litigio por la hegemonía interpretativa de la sociedad. Lo político de un discurso no es su contenido, sino la más propia posibilidad de acceder al discurso.

Si esto fuese así, la mediatización, en sí misma, como transformación histórica en los regímenes de significación portaría ya toda su politicidad. La mediatización de la política no habría de consistir en el hablar televisivo de un "agente político", sino que la mediatización en cuanto mutación y resignificación en los regímenes de habla, es propiamente una mediatización política. La mediatización comportaría en sí misma un régimen de politicidad en cuanto diagramas de visibilidad e invisibilidad, de decibilidad e indecibilidad. Si observamos cualquier modalidad textual que no pertenezca en absoluto al "género político", aun así sería posible rastrear y pesquisar la operación de significación que produce y pone en circulación el dispositivo televisivo. Donde las formas, los énfasis, el qué tratar y el modo de tratar, el silencio y la omisión, expresan ya naturalizaciones y petrificaciones de la política. La videopolítica no se reduciría a la especificidad de un género, sino que más bien se inscribiría en la legalidad de un discurso donde, por un lado, se constituye e instala un campo discursivo, y por otro, se autoriza y naturaliza la producción de un cierto sentido.

Notas

1 Un desarrollo más complejo y refinado del concepto de policía, lo podemos rastrear en: Foucault, M.: "Omnes et singulatim": vers une critique de la raison politique. Dits et écrits. Vol. IV. París. Ed. Gallimard. 1994. Págs. 134-161.; "Sécurité, territoire, population". Cours au Collège de France, 1977-1978. París. Ed. Gallimard. 2004. Págs. 319-370.; "Naissance de la biopolitique", Cours au Collège de France, 1978-1979. París. Ed. Gallimard. 2004. Págs. 29-133.

2 Es pertinente hacer notar que nuestra hipótesis sólo se sostiene sobre el examen de la revista *Sucesos* de 1920. No hemos estudiado la conducta del medio en su extensión.

3 Estos datos los hemos extraído del perfil que Eduardo Santa Cruz construye de *Sucesos*. Para acceder a una más estricta y detenida caracterización de la revista, Cfr. Ossandón, C.; Santa Cruz, E. El estallido de los signos. Inédito. Santiago, 2004. Págs.27-34.

4 Cfr. Millar, R. La elección presidencial de 1920. Santiago. Ed. Universitaria. 1981. Págs. 46-58.

5 Cfr. Vicuña, M. Hombres de palabras. Santiago. Ed. Sudamericana. 2002. Págs. 15-19, 136-139.

6 La investigación de Millar sostiene que votaron en todo el país 166.115 ciudadanos, cifra que representa el 9% de participación ciudadana en los comicios. Cfr. Op.cit. Millar. La elección presidencial de 1920. Pág. 173.

7 Cfr. Salazar, G; Pinto. J. Historia contemporánea de Chile. Vol. I. Santiago. Ed. Lom. 1999. Págs. 28-31.

8 Cfr. Pinto, J; Valdivia, V. ¿Revolución proletaria o querida chusma?, Santiago. Ed. Lom. 2001. Págs. 105-115.

9 Cfr. Ossandón, C. El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas. Santiago. Ed. Lom. 1998. Asimismo, véase: Subercaseaux, B. Historia de las ideas y de la cultura en Chile. T.II. Santiago. Ed. Universitaria. 1997.

10 Cfr. Ossandón, C; Santa Cruz, E. Entre las alas y el plomo. Santiago. Ed. Lom. 2001.

11 Para efecto de estas nomenclaturas analíticas nos hemos servido de las categorías que nos presta Lorenzo Vilches. Cfr. Vilches, L. La lectura de la imagen. Barcelona. Ed. Paidós. 1984. Págs. 165-230.

12 Este recurso es relevante en cuanto acusa su presencia mucho antes de que en la escena contemporánea se hable de la mediatización y espectacularización de la política.

13 Cfr. Dübois, Ph. El acto fotográfico. Barcelona. Ed. Paidós. 1994.

14 Estas categorías son extraídas de la teoría discursiva propuesta por Eliseo Verón. Cfr. Verón, E. La semiosis social. Barcelona. Ed. Gedisa. 1987. Págs. 157-208.

15 A este respecto, particularmente ilustrativo es el trabajo de: Ossandón, C. *"Zig-Zag o la imagen como gozo"*. En, Revista Mapocho. N°51. Santiago. Dibam. Págs. 219-234.

16 Cfr. Verón, E. La palabra adversativa. En, El discurso político. Bs. Aires. Ed. Hachette. 1987. Págs. 13-26.

17 Cfr. Foucault, M. Curso del 29 de enero de 1975. Los anormales. Bs. Aires. Fondo de cultura económica. 2000. Págs. 83-106.

18 *"Las normas que organizan la captación fotográfica del mundo, según la oposición entre lo fotografiable y lo no-fotografiable, son indisociables del sistema de valores implícitos propios de una clase, de una profesión o de una capilla artística, de la cual la estética fotográfica no es más que un aspecto, aún cuando pretenda, desesperadamente, su autonomía"*. Cfr. Bourdieu, P. La fotografía un arte intermedio. México. Ed. Nueva Imagen. 1979. Pág.23.

19 Particularmente sugerente es la iconografía del producto "El Hierro Nuxado", cuya leyenda dice: "El hombre vigoroso y potente triunfará". Este texto icónico-verbal guarda cierta semejanza con la posterior iconografía nazi-fascista de la década del 30 en Europa.

20 Cfr. Op.cit. Ossandón; Santa Cruz. La rebelión de los signos. Págs. 28-29. Asimismo, Cfr. Traversa, O. Cuerpos de papel. Barcelona. Ed. Gedisa. 1997. Pág.25.

21 Para un examen más detenido del concepto, ver: Verón, Eliseo. Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización. Buenos Aires. Oficina de Publicaciones del CBC de la Universidad de Buenos Aires. 1997. Asimismo, véase, Verón, E. El cuerpo de las imágenes. Bogotá. Editorial Norma. 2001.

22 Ver, Ferry Jean-Marc: *"Las Transformaciones de la Publicidad Política"*, en Op.cit. Ferry: El nuevo espacio público. p.13.

23 Ver, Sartori, Giovanni. Homo videns. La sociedad teledirigida. Madrid. Editorial Taurus. 1998.

24 Aunque con un enfoque más centrado en lo técnico y procedimental, a este respecto cabría examinar: Colomer, J. El arte de la Manipulación política. Barcelona. Editorial Anagrama. 1990. Asimismo, pero con un énfasis más bien puesto en la denuncia, adviértase: II Congreso de Facultades de Comunicación Social. Comunicación y política: los desafíos de la democracia mediatizada. La Plata. Ediciones de Periodismo y comunicación. 1997. Además, véase: Pizarroso, A. Historia de la propaganda: Notas para un estudio de la propaganda política y de guerra. Madrid. Ediciones de la Universidad Complutense. 1993.

25 Ver, Maarek, Philippe. Marketing Político y Comunicación. Barcelona. Editorial Paidós, 1997.

26 Aún cuando se exhiben matices y mediaciones, a este respecto cabría observar: Mouchon, Jean. Política y Medios. Barcelona. Editorial Gedisa. 1999. Asimismo, el valioso trabajo de Muñoz-Alonso, A. Rospir, J. Comunicación Política. Madrid. Editorial Universitas. 1995.

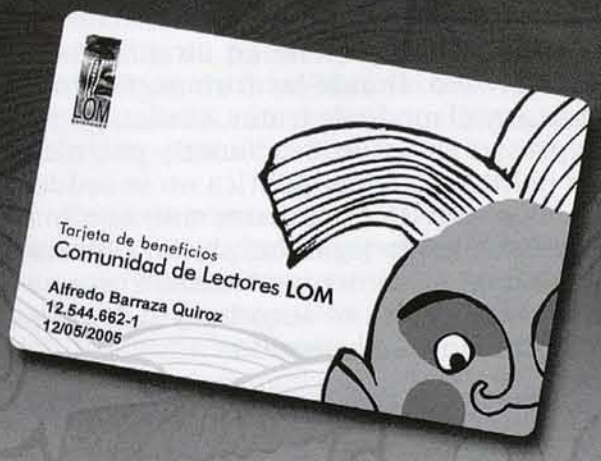
27 Ver, op. cit. Wolton, D. *"La Comunicación política: construcción de un modelo"*. Ver, Wolton, D. *"Las Contradicciones de la Comunicación Política"*, en Gauthier, Gilles y otros. Comunicación y Política. Barcelona. Editorial Gedisa. 1998. p.110.

28 Un trabajo interesante en este perspectiva, que se centra en el examen de las condiciones de producción e institucionalización de la televisión se encuentra en: Giordano, E; Séller, C. Políticas de televisión. La configuración de un mercado audiovisual. Barcelona. Icaria Editorial. 1999.

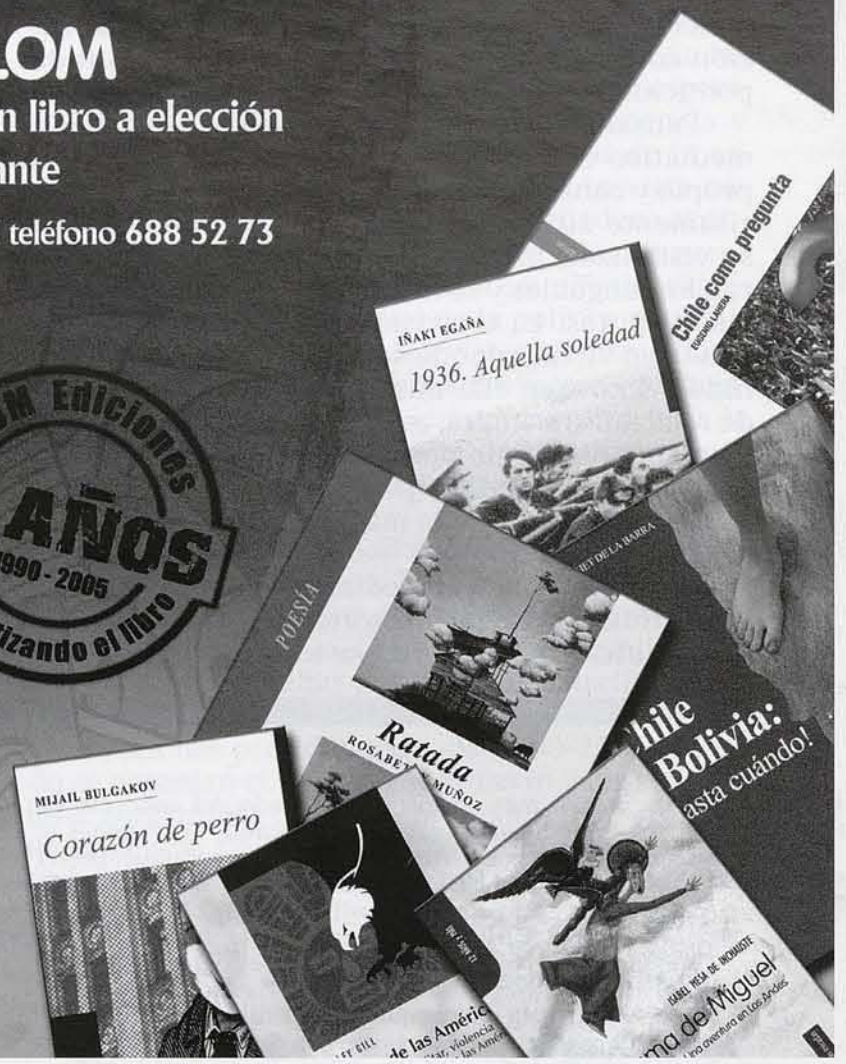
Suscríbase a la Comunidad de Lectores LOM

y reciba por un valor mensual de $ 5.000 un libro a elección o por $6.500 un libro más la Revista Rocinante

Contáctenos al E-mail comunidaddelectores@lom.cl o al teléfono **688 52 73**



LOM Ediciones 15 AÑOS 1990 - 2005 Democratizando el libro



LOM EDICIONES

Conozca todo nuestro catálogo en www.lom.cl

RANDOM HOUSE MONDADORI

GRAN LIQUIDACIÓN DE BODEGA

LIBROS

¡A PRECIOS INCREÍBLES!

DESCUENTOS HASTA **80%**

ISABEL ALLENDE - STEPHEN KING - BARBARA WOOD... Y MÁS

ENCUENTRA EL REGALO PERFECTO PARA ESTA NAVIDAD A UN PRECIO INSUPERABLE

Ingreso por Camino Agrícola 2291 al llegar a Marathon

SÁBADO 26 DE NOVIEMBRE 10:00 A 19:00 hrs

SUDAMERICANA · GRIJALBO · PLAZA & JANÉS · LUMEN · DEBATE · MONDADORI · DEBOLSILLO

BIBLIOTECA NACIONAL
25 ENE 2005
DEPOSITO LEGAL

DE LOS CREADORES DE CAMBIO DE ACEITE LLEGA

Inoxidable NEOPOP

LABORATORIO ARTISTICO Y TEORICO

- 28.OCT. 2005 A 31.ENE. 2006 * BUERAS 170, SANTIAGO
- LUNES A SÁBADO 10 A 18 HRS

EXPOSICION

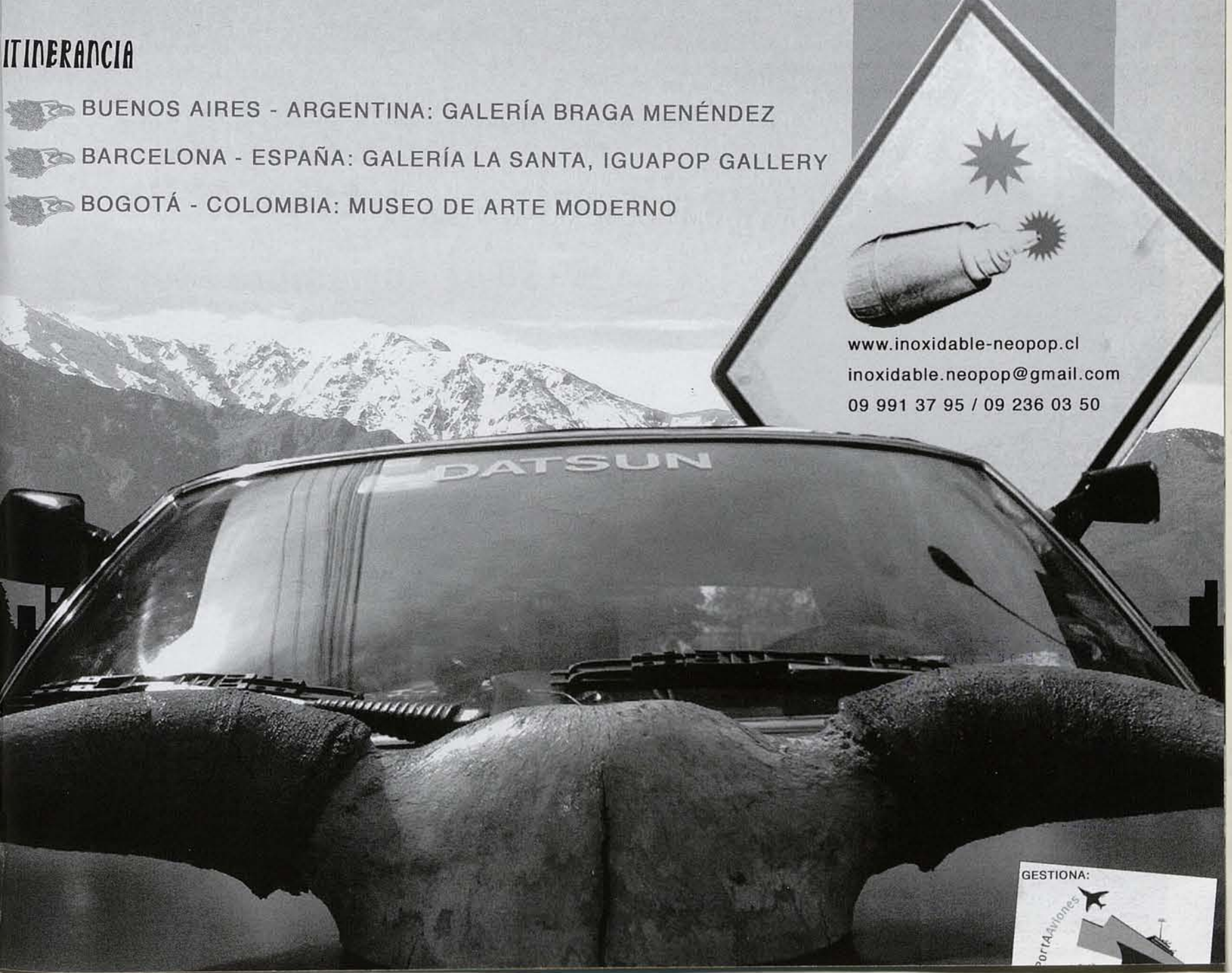
- 8.MARZO A 5.MAYO. 2006 * SALA GASCO (SANTO DOMINGO 1061)
- LUNES A VIERNES 10 A 17 HRS

INTERVENCION URBANA

- MARZO A MAYO 2006 * SANTIAGO

ITINERANCIA

- BUENOS AIRES - ARGENTINA: GALERÍA BRAGA MENÉNDEZ
- BARCELONA - ESPAÑA: GALERÍA LA SANTA, IGUAPOP GALLERY
- BOGOTÁ - COLOMBIA: MUSEO DE ARTE MODERNO



www.inoxidable-neopop.cl
inoxidable.neopop@gmail.com
09 991 37 95 / 09 236 03 50

GESTIONA:

Universidad de Chile
FACULTAD DE ARTES

ESCUELA DE POSTGRADO
AÑO ACADÉMICO 2006

DOCTORADO

- **FILOSOFÍA CON MENCIÓN ESTÉTICA Y TEORÍA DEL ARTE.**
  (Programa acreditado por Conap)

DIPLOMADOS DE POSTÍTULO

- FOTOGRAFÍA
- ARTE EN CREACIÓN GRÁFICA
- REALIZACIÓN CINEMATOGRÁFICA
- VIDEO CREACIÓN DIGITAL
- DIRECCIÓN ORQUESTAL
- DANZA APLICADA A LA EDUCACIÓN
- GESTIÓN CULTURAL PARA LA EDUCACIÓN.
- SEMIÓTICA DEL ARTE Y LA CULTURA
- INNOVACIÓN PEDAGÓGICA EN LA DOCENCIA DE LAS ARTES.
- DRAMATERAPIA

MAGÍSTER

- ARTES VISUALES
- COMPOSICIÓN MUSICAL *
- MUSICOLOGÍA
- DIRECCIÓN TEATRAL
- TEORÍA E HISTORIA DEL ARTE
- GESTIÓN CULTURAL * *

POSTÍTULOS DE ESPECIALIZACIÓN

- ARTES Y NUEVAS TECNOLOGÍAS: MULTIMEDIAS INTERACTIVAS.
- CRÍTICA DEL ARTE * *
- GESTIÓN CULTURAL EN ARTES VISUALES
- GESTIÓN CULTURAL EN MÚSICA
- MUSICOTERAPIA
- ARTE TERAPIA
- RESTAURACIÓN DEL PATRIMONIO MUEBLE
- MÚSICA ELECTRÓNICA * *

* Programa de Magíster y de Postítulo
** Programa en trámite

INFORMACIONES: LAS ENCINAS 3370 / ÑUÑOA / SANTIAGO / CHILE
TELÉFONOS: (56-2) 978 75 15 / (56-2) 978 75 10 - FAX: (56-2) 978 75 14
E-mail: rleon@uchile.cl / posgarte@uchile.cl / Sito web: artes.uchile.cl/postgrado/

Historiografía del arte y su problemática contemporánea:
historia / historiografía – arte / visualidad

Organiza Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes Universidad de Chile
Inscripción e informaciones Tel. 9787524
ehiart@uchile.cl – www.ehiart.uchile.cl · entrada liberada

Museo de Arte Contemporáneo · Matucana 464 · Metro Quinta Normal

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE ARTES
DEPARTAMENTODE TEORIA DE LAS ARTES

MAC
Museo de Arte Contemporáneo
Facultad de Artes
UNIVERSIDAD DE CHILE

CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES
FONDART

EL MERCURIO

MAC

Museo de Arte Contemporáneo

Facultad de Artes
UNIVERSIDAD DE CHILE

Reapertura MAC - Parque Forestal

DICIEMBRE 2005 - ENERO 2006

EXPOSICIONES HISTÓRICAS

Marco Bontá
Alessandro Ciccarelli
Emilio Jecquier
Exposición inaugural de 1947

EXPOSICIONES CONTEMPORÁNEAS

Eugenio Dittborn
Miguel Etchepare
Néstor Olhagaray
Equipo Crónica

Museo de Arte Contemporáneo (MAC)
Matucana 464 - Quinta Normal / Santiago - Chile
Tel.: (56-2) 681 7116 / Fax: (56-2) 681 8093 / www.mac.uchile.cl

fotografía: Miguel Etchepare

www.revista-de-critica-cultural.cl

suscripciones y números anteriores: (56-2) 563 0506
revista@entelchile.net / anamariasaa@hotmail.com

REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL

números disponibles
5, 10, 11, 14, 15, 17, 21, 22, 23,
24, 25, 26, 27, 28, 29/30, 31

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

PROGRAMACIÓN 2° SEMESTRE 2005 / 1° SEMESTRE 2006

REVERBERANCIAS:	**Chile**	**noviembre**
ARTE SONORO		
CARLOS HERMOSILLA	**Chile**	**octubre / noviembre**
Grabados		
ANDY WARHOL	**USA**	**nctubre / diciembre**
Grabados / Documentos / Films		
F. COPELLO / C. GIUSTI / C. Rojas	**Chile**	**noviembre**
"Estelar"/ *Instalación*		
ARTE EN VIVO	**Chile**	**noviembre**
Concurso-Taller / Librería Nacional		
CIRO BELTRÁN	**Chile**	**noviembre / enero 2006**
Pinturas		
CARLOS CAPELÁN	**Uruguay**	**noviembre / enero 2006**
Instalación		
ROSEMARIE TROCKEL	**Alemania**	**diciembre / marzo 2006**
Objetos / Dibujos / Fotografía / Videos		
ALEJANDRO REID	**Chile**	**noviembre / febrero 2006**
Esculturas		
V BIENAL MUSEO NACIONAL	**Chile**	**enero / marzo 2006**
DE BELLAS ARTES		
ALEJANDRA DOMÍNGUEZ	**Chile**	**marzo / abril 2006**
Pinturas / Grabados		
PILAR OVALLE	**Chile**	**enero / marzo 2006**
Esculturas		
GUILLERMO KUITCA	**Argentina**	**marzo / mayo 2006**
Pinturas		
ALEJANDRA RAFFO / BERNARDITA VATTIER	**Chile**	**marzo / mayo 2006**
Pinturas / Poesía / Instalación		
OSCAR GACITÚA	**Chile**	**mayo / junio 2006**
Pinturas / Dibujos		
FRANCISCA SUTIL	**Chile**	**mayo / junio 2006**
Pinturas		
ELLIOT ERWITT	**USA**	**junio / julio 2006**
Fotografías		

GOBIERNO DE CHILE
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

www.mnba.cl
Informaciones: tel. 633 4472 / Guías: tel. 638 4060
Tienda / Librería: tel. 633 5808

(Fotografía: archivo MNBA)

MUSEO NACIONAL BELLAS ARTES

orden, estando el abrig
sangre e impregnació
delantero derecho, manga
También se observan las
lado izquierdo del
cerebral atricionada s
lateral externa del la
derecha del pant n. Ma
observan en el rso d
calcetines. Man as de
observan tambi en el
posterior del vestón, y e
ado izquierdo. Las ropas
in

rpse of masculine sex, dre
ering other clothes. The c
erated cerebral substanc
side back. We can also ob
stance in splashes on the
erated cerebral substanc
of the right leg of the tro
ole of the right shoe and
ral substance can also be
of the jacket suit and in s
The ve